



Stoñdo
sobre la
Arenca

Erina Alcalá



Otoño sobre la Arena

Erina Alcalá



Primera edición en ebook: diciembre 2019

Título Original: Otoño sobre la arena

©Erina Alcalá, 2019

©Editorial Romantic Ediciones, 2019

www.romantic-ediciones.com

Diseño de portada: Isla Books

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



*En este mundo, sólo hay dos tragedias.
Una es no conseguir lo que se desea
Y la otra es conseguirlo.
La última es la peor.
Oscar Wilde.*

PRÓLOGO

*Un año antes
Nueva York*

En el centro empresarial de Manhattan, se situaba la Empresa Davisonn Enterprises. Una empresa puntera en construcciones y reformas inmobiliarias que se expandía en casi todo el país.

En los dos últimos meses se había disparado el movimiento en la empresa. La junta directiva quería expandir sus negocios a España, Reino Unido, Francia e Italia.

Habían pensado en Lucas Álvarez, para llevar los negocios en Europa. Era uno de los mejores arquitectos que tenía la empresa, era español, aunque llevaba ya muchos años en Estados Unidos y en Davisonn trabajando para ellos.

Desde que salió de la Universidad, primero como becario durante seis meses y luego, más adelante, en que formó parte de la plantilla, había trabajado en la empresa con muy buenos resultados y se había convertido en uno de los mejores arquitectos y trabajadores de la empresa.

Le iban proponer irse a Europa, ser director general allí de la empresa y montar la sede central en España, de dónde era Lucas y desde donde podría controlar las demás oficinas esparcidas por Europa. Ya, más o menos tenían una idea de los hoteles y edificios que quería comprar para la expansión. Sería Lucas, quién también se encargaría de seleccionar al personal, un director para cada sede y una vez empezado el trabajo, viajar de vez en cuando a supervisar a esos países como director financiero también.

Lucas, era arquitecto, pero era también un buen director financiero con muy buena visión en adquisiciones y compras, reformas y ventas. Así, la empresa tendría un buen profesional de confianza en Europa realizando y supervisando todos los proyectos.

Lucas, había sido llamado esa mañana a las once, al gran despacho donde estaba reunida la junta directiva. No tenía absolutamente ni idea de qué querían de él. Siempre lo había llamado el director general para algún proyecto nuevo, alguna observación, pero nunca la junta directiva entera, y se encontraba un tanto nervioso.

En la Junta estaba el director general y los socios. La secretaría le hizo entrar y Lucas saludó a los presentes en la sala. Una sala enorme, al igual que la mesa de roble ovalada y los sillones convenientemente dispuestos. Solo quedaba un solo sillón vacío, que supuso era para él.

—¡Buenos días! —saludó Lucas.

—Buenos días, Lucas, siéntate —dijo el director general de la Empresa.

Lucas se dirigió a la silla señalada, frente del director general, y algo alejado de él, dada la longitud de la mesa.

Caminaba seguro con su traje gris impecable, así como su corbata de igual color y su camisa blanca, zapatos marrones claros, con cinturón a juego. Un reloj de oro en la muñeca, e escrupulosamente bien peinado.

Era un hombre alto de treinta y dos años, moreno, con ojos verdes. Se cuidaba y deseaba ir siempre perfecto.

Se sentó y frente a él encontró diversas carpetas, pero no las tocó, sólo las observó.

—Bien Lucas, te preguntarás por qué te hemos llamado y seré lo más breve posible —dijo el

director general—. Estamos pensando en expandirnos a Europa. Bueno, ese punto ya está decidido. En un primer lugar nos expandiremos a Londres, París, Roma y España, aún no sabemos en qué, lugar pondremos la sede principal. Estamos valorando Marbella. ¿Qué te parece Marbella?, tú que eres español.

—Me parece un lugar que está creciendo a pesar de la crisis —Luca son titubeó—. Es un lugar donde está asentada la jet-set española y personas de países árabes que invierten en casas de lujo. Apostaría por Marbella.

—Eso hemos pensado, que Marbella sería un buen lugar en España y donde podemos poner la central del resto de los países. Si desea hacerse cargo de todo, allí vivirá, puesto que hemos pensado en ti para el trabajo.

—¿En serio? —preguntó sorprendido Lucas.

Él tenía su vida ya hecha en Nueva York. Aunque viajaba a otros estados del país, volver a España para quedarse... eso era otra cuestión.

Por un lado, sus padres vivían en Mijas, un pueblo cercano a Marbella, y los tendría cerca y a su hermano que vivía allí también con su mujer y sus dos hijos. Pero por otro estaba el pasado que lo perseguía. Y del que no había podido desprenderse.

Quizá podría solucionarlo de una vez y no tener más pesadillas nocturnas. Y por último era una oportunidad única difícil de rechazar. El puesto era enorme con enormes retos y responsabilidades y le gustó.

—Sí, hemos pensado en ti, por tu talento y porque eres el único español que hay en la empresa que domina cuatro idiomas. Serías un buen director, así como ya eres uno de los mejores arquitectos y directores financieros que tenemos ahora mismo en plantilla. Confiamos en ti.

—Gracias —¿Qué más podría decir?

—Por supuesto, te lo planteamos y necesitamos una respuesta lo antes posible. No pasa nada si no accedes. Hemos pensado en otras dos personas más, pero queríamos planteártelo a ti primero. Confiamos mucho en ti. Sé que tienes tu casa y tu vida aquí, pero si accedes, te explicaremos el proceso que queremos llevar a cabo. Ten en cuenta que sería un gran paso en tu carrera y una gran responsabilidad.

—¿Cuándo tengo que dar la respuesta?

—Tienes hasta mañana por la mañana. En quince días tendrás que irte. Claro está, si aceptas.

—Bien, les agradezco que hayan pensado en mí, creo que la respuesta es sí.

—¿Sin pensarlo Lucas?

—No tengo nada que pensar, es un buen proyecto y me gustaría hacerme cargo de él. Es un gran reto y una gran oportunidad para mí.

—Estupendo. Estaba seguro de que lo aceptarías. —El director parecía satisfecho—. Es un gran proyecto que hará que tu carrera suba como la espuma. Requiere mucha responsabilidad, pero confiamos en ti.

—Está bien, gracias de nuevo. No me lo esperaba y se lo agradezco a todos.

—Bueno, pues ya que estamos todos, dijo el director general, abramos la primera carpeta.

Lucas, no podía creerse la responsabilidad tan enorme que esto suponía. Ni el cambio que iba a dar a su vida de nuevo.

Para empezar debía vender su piso que daba a Central Park, su coche deportivo y empacar su ropa y enseres personales hacía Marbella. Una locura en menos de quince días. Y buscar una nueva casa en Marbella.

Conforme iban leyendo las carpetas, pertenecientes una a su contrato nuevo y sus

responsabilidades, su enorme sueldo aumentado con gastos incluidos cuando viajara, las normas y condiciones, le apasionaba, no solo el sueldo, que era mejorado en exceso sino que era como ser un gran empresario con sedes en cuatro países.

Había sido impulsivo al aceptar, pero actuaba por impulsos y era un hombre que pensaba con rapidez y le apetecía volver a España una vez que se lo plantearon.

En cada carpeta de los cuatro países donde la empresa Davisonn Enterprises, estaban las diferentes edificaciones a elegir y comprar. Debía Lucas, buscar oficinas, dejarlas listas y con el personal funcionando.

Luego iría a Marbella y esa sería la última, donde se asentaría y el resto era supervisar e ir comprando, restaurando y vendiendo edificaciones.

Todo cuanto se refería a la empresa era de lujo. Igual construían hospitales, hoteles, que bibliotecas, que adquirirían inmuebles, que no se habían acabado de construir debido a la crisis y los modificaban y convertían en apartamentos o villas de lujo.

Salió de la reunión pensando que había tomado una buena decisión.

En los días siguientes, Lucas se puso en marcha; vendió sus propiedades, hizo las maletas y con todos los documentos firmados y revisados, se puso en marcha camino de Londres para empezar en su nuevo puesto. Después iría a París y luego a Roma. Finalmente llegaría a su destino final: Marbella. Luego tendría algunos días de descanso para instalarse, y volver con más energía. Ya que le tocaba supervisar el resto de países.

Le costó casi tres meses situar la empresa en cada país, montar las oficinas y contratar un buen personal y dejar marchando Davisonn en Europa.

Ya llevaba unos meses en Marbella, y seis en Europa. Se había comprado una villa de lujo con unas vistas maravillosas al mar y a la montaña porque le gustaban los grandes espacios y aunque su apartamento de Nueva York era grande, no se le podía comprar.

Tenía unas oficinas increíbles con vistas al mar y a la avenida, llena de tiendas caras y estaba satisfecho del trabajo realizado.

Habían sido unos meses intensivos, pero no se arrepentía ni por un momento.

Era un proyecto ilusionante, y volver a España había sido la guinda del pastel ya que en Málaga estaba su familia.

Sus padres estaban admirados de lo que había conseguido. Iba a verlos casi todas las semanas a Mijas, el pueblo donde vivían desde que su padre se jubiló de la Guardia Civil. Comía con ellos, se juntaba toda la familia y disfrutaba de su compañía por todos esos años que no había podido hacerlo.

Cuando les invitó a su casa no podían estar más orgullosos. A sus padres se unieron su hermano y su cuñada que llegaron con sus sobrinos que vivían en otro pueblo corno de Málaga. Su Hermano también era Guardia Civil como había sido su padre.

—¡Qué bonita casa, hijo! —le decía su madre.

—Vaya hermano, parece que hemos prosperado en Estados Unidos.

—Ya sabes que puedes venir cuando quieras, así nos tomamos unas cervezas como ahora, y que los niños se bañen en la piscina.

—No se lo digas dos veces que estos se apuntan a un bombardeo.

Su padre, dio una vuelta por los jardines y miró la casa encantado. Siempre había querido que su hijo fuese guardia civil como él, y como su hermano, que estaba destinado en Benalmádena, un pueblo también de Málaga. Pero no le importaba, sus hijos eran ambos muy trabajadores y habían conseguido lo que tenían, con su esfuerzo personal, que era mucho y estaba muy orgulloso de

ellos. Y sobre todo honradamente y con trabajo, como él le había enseñado,

Y allí estaban, alrededor de la piscina todos comiendo en familia.

Lucas quedó absorto en sus pensamientos por un instante.

Y aquí... también estaba ella. En cualquier lugar de España. ¿Pero dónde? Esa es la incógnita que quería despejar.

CAPÍTULO 1

Un gran ventanal dominaba el estudio de arquitectura, situado en la última planta del edificio de oficinas OBAB de la empresa Davisonn Enterprises. Éste se encontraba en el paseo marítimo de Marbella, en una zona empresarial por excelencia. Apenas llevaba allí unos meses funcionando desde que Lucas se vino de Estados Unidos.

A un lado, una gran mesa de despacho, impoluta, de madera clara, cargada de informes, un ordenador portátil, con todo lo necesario para el trabajo. Detrás de la mesa, una pared de armarios y estanterías, repleta de archivadores. El despacho comunicaba con un baño personal y un vestidor con sofá cama con todo lo necesario para pasar las noches, en el caso que debiera quedarse a trabajar. Lo que más le gustaba a Luca, no era el mini-bar y los sofás de su area de descanso, sino la mesa de dibujo de grandes dimensiones frente al ventanal, con vistas al mar y al tránsito de la calle.

El despacho no podía ser más grande y espacioso, pero de colores claros, que le daban calidez y luz en su trabajo, como a Lucas, le gustaba. Para reuniones más grandes, o cursos, la empresa, tenía una sala preparada al uso en el mismo edificio.

Desde el amplio ventanal de su despacho, se divisaban a ambos lados, la parte nueva de la ciudad costera y turística. Al frente una magnífica vista de la calle y a lo lejos, de la playa y del mar en calma esa mañana.

Con un brazo apoyado en el ventanal, Lucas simplemente contemplaba el mar completamente ajeno, perdido en sus pensamientos miraba la lejanía sin ver nada. Descansando la vista.

Había algo oscuro y del pasado que a veces lo despertaba sudando en mitad de la noche y no lo dejaba vivir.

Esa había sido una de esas noches.

Descansaba poco cuando eso ocurría. Lo había llevado como el peso de una mochila a sus espaldas, toda la vida. Y lo seguiría llevando, pues solo le quedaba acostumbrarse a lidiar con ello el resto de su vida.

En su defensa, diría que él no era culpable del todo. Pero ese pensamiento no lo hacía sentir mejor ya que él había formado parte de lo ocurrido aquella noche oscura y terrible. Una noche terrible para él y para ella. Pero sobre todo para ella.

Lucas, tenía casi treinta y tres años y aquello había ocurrido hacía dieciocho años atrás, cuando él tenía apenas quince años, pero le había perseguido durante toda la vida como un fantasma negro que lo acechaba por las noches.

Y aunque había puesto tierra, agua y continente de por medio, jamás había logrado zafarse de tal pesadilla. Y olvidarla... nunca.

Cuando todo pasó, apenas era un adolescente y era un crio ingenuo e inocente, como todo el grupo de chicos de su edad, como todos sus amigos de la escuela. Era un adolescente que nada pudo hacer ante tal adversidad que le tocó vivir.

Al poco tiempo de aquella noche oscura y terrible, debía irse de aquél pueblo pequeño de Jaén, perdido de la mano de Dios.

Su padre era Cabo de la Guardia Civil. Había sido destinado dos años atrás a Higuera de Calatrava, en Jaén, y lo trasladaban al País Vasco. Y allí, en San Sebastián, permaneció hasta los

dieciocho años. Fue entonces cuando recibió una beca y su padre lo mandó a estudiar arquitectura a Estados Unidos, tras acabar el instituto. Estaba orgulloso, pues no fue él único en solicitarla, muchos compañeros se quedaron sin ella. Los más afortunados fueron los que mejor nota tenían en el instituto.

Lucas había sido uno de ellos. Se sintió como un niño con zapatos nuevos. Iba al otro lado del charco.

Pero de eso hacía ya tantos años... Y ahora que había vuelto de Nueva York, tras todos esos años viviendo y trabajando allí, estaba más vivo que nunca.

Era cierto que había vuelto algún verano a ver a su familia en vacaciones, pero nunca había sabido nada de ella, ni había querido ponerse en contacto con ella, con su familia o con alguna de sus amigas o chicos del colegio. Y podía haberlo hecho, pero no quiso o no pudo emocionalmente.

Habían pasado demasiados años y a veces pensaba que era mejor no desenterrar el pasado. Y cada vez que había vuelto: pensaba en ella. Y cada vez que se iba de nuevo a Estados Unidos: pensaba en ella. Y cada día de su vida: pensaba en ella.

Y ahora, estaba pensando en ella.

Suspiró.

No había nada que decir. Ni tampoco había hecho por saber de ella. Ni ella de él. La historia había tenido un final trágico para ambos.

Era muy probable que Reme no quisiera saber nada de él para no recordar. Si no fuese así, le hubiese contestado a tantas cartas como le escribió antes de irse del pueblo.

Quizá llevase también su mochila puesta. Y seguro que le pesaba más que a él, lo sabía con total seguridad.

Ahora, sus padres estaban jubilados y se habían trasladado a Mijas, un pueblo precioso, junto a la playa, en Málaga, en el sur de España.

Es por eso que él había elegido Marbella, también en Málaga, para estar cerca de sus padres y de su hermano, y porque era la ciudad más importante inmobiliariamente hablando. Allí era fácil adquirir casas, villas, apartamentos y hoteles de lujo. Estaba la jet set y era el lugar ideal para imponer allí la empresa. Y si tenía que tomar aviones, era la ciudad ideal para ello, desde el aeropuerto de Málaga salían aviones para casi todo el mundo.

Se había cansado de la vida estresante de Nueva York y sabía que necesitaba un cambio. Quería tener una vida más tranquila.

O en todo caso enfrentarse al pasado.

Y el cambio, le vino dado.

Cuando la empresa meses atrás le hizo la proposición, no lo dudó un segundo.

Había trabajado en la empresa desde que se licenció en arquitectura. Fue subiendo escalafones hasta conseguir estar en lo más alto, pero necesitaba un cambio de aires, volver a la vida tranquila, dar un giro y un rumbo distinto, de fiestas, y celebraciones nocturnas, mujeres tiesas, muy maquilladas, modelos vacías sin conversación y aunque en Marbella también tendría que asistir a ciertos eventos, sabría elegir y eliminar ciertas toxicidades que estaban minando su vida.

De esa parte, ya había tenido suficiente y eso no ocultaba su dolor. Ni siquiera lo había mitigado. En realidad si lo pensaba bien, su vida era el trabajo. Había tenido mujeres en sus brazos, bastantes, aunque no era un playboy. Las mujeres pasaban por su cama, como salían. No se comprometía y ellas lo sabían, porque se lo dejaba claro, y así, ninguna podía quejarse. Tampoco era capaz de salir mucho tiempo con ellas.

En algún momento de la relación, aparecía siempre ella, como una adolescente blanca en sus sueños y la relación se evaporaba como la lluvia de enero.

Por ello, ni las mujeres se quedaban, ni él, tampoco. No había tenido una relación larga más allá de unos meses. Quizá se debía a ella y a lo ocurrido, la relación que tenía con las mujeres. Puede que el pasado le jugara una mala pasada y buscara mujeres de ese tipo para esconder el dolor que sentía.

Para no encontrar una mujer que verdaderamente le interesara, que estuviera a la altura de sus expectativas.

No quería relaciones serias y cuando acudió al psicólogo en busca de ayuda por las pesadillas nocturnas que tenía en Nueva York, éste le dijo que salir con ese tipo de mujeres, era una forma de olvidarla, de solapar el dolor que sentía, de impedir mantener una relación seria, porque se negaba a olvidarla. Para mantener latente una culpabilidad que debía eliminar.

No quería enfrentarse a la realidad buscando una buena chica. Tenía miedo. Lucas, en un principio, se reía, pero si lo pensaba bien ahora, quizá el terapeuta tuviera toda la razón, o al menos parte.

En el terreno laboral, sin embargo, se había canjeado un gran éxito profesional. Tenía más dinero del que podía gastar. Una villa maravillosa con jardín y cascada. Le encantaba la cascada que daba a la piscina y el silencio arrollador del lugar. El frescor de la noche, el olor de las flores cuando cenaba allí, le recordaba al pueblo y a ella...

Había tenido que cambiar de estilo de vida por propia voluntad. Ya llevaba casi siete meses en Marbella, visitaba a sus padres en Mijas y llevaba una vida tranquila. Y sin sexo. Eso era raro en él.

No tener sexo en esos meses, no hubiera sido posible en Nueva York. Pero quería estar un tiempo así. Lo había elegido. Tampoco era tan malo no tenerlo. Para él era una necesidad física y nada más. Y si tenía un descanso sexual, no pasaba nada.

Si le preguntaran si era feliz... pensaría en las pesadillas que habían vuelto de nuevo con mayor intensidad. Ni los largos en la piscina que hacía cada mañana y noche apaciguaban esos momentos. Quizá tuviera que asistir de nuevo a un psicólogo en Marbella. Tendría que plantearse si continuaban las pesadillas.

Infinitas veces, recordaba a Reme. Lo hacía con su cara de adolescente de catorce años, de pelo largo y pecas en su nariz pequeña, como la vio por última vez.

Una sonrisa radiante de dientes perfectos, siempre en la cara. Se reía por tonterías y era extrovertida, bromista y divertida.

Para un adolescente como él, era inalcanzable y no sabía por qué. Ella daba esa sensación a los chicos, ser inaccesible, lejana. Pero ella, no lo sabía, lo hacía inconscientemente. Era su forma de ser.

Era su amor secreto.

Estaba completamente enamorado y loco por esa niña adolescente. Y ella, ni se daba cuenta. Así que se conformaba con ser su mejor amigo.

Una sonrisa aparecía cada vez que tenía esos bonitos recuerdos, antes de...

Pero también le pesaba en el alma, la cara de ella esa última noche que la vio. Su cara era lo último que recordaba de ella. La cara de aquella fatídica noche. No era ella. Había cambiado su vida en un instante.

Se pasó las manos por la cara y pelo, mientras los recuerdos se agolpaban en su memoria como un tsunami.

Se preguntaba, qué habría sido de ella, de su vida. Si para ella, también había sido una pesadilla todos esos años que habían pasado. Si se habría casado o tenía familia...

Ahora ya no era un chico torpe, era un hombre, un hombre alto y atractivo que vestía trajes de diseño, perfume caros. Con una casa maravillosa, dinero y un trabajo que le encantaba. Lo tenía todo...

Siempre pensó que se quedaría en el otro lado del charco toda la vida, y ahora tenía trabajo en España, quizás para muchos años o quizá para toda la vida.

Estaba pensando en ella, cuando en ese momento, entró Carmen, su secretaria, con un par de toques en la puerta.

Tenía unos cuarenta y tres años. Era una mujer baja y atractiva, muy eficiente. Llevaba siempre trajes de chaqueta y falda elegantes. Tenía mucha experiencia, por eso la había elegido.

No quería distracciones con chicas jóvenes, pero había resultado que Carmen, se hacía imprescindible con sus múltiples cualidades. Era graciosa, simpática, con un toque de ironía y los clientes y trabajadores estaban encantados con ella.

Su trabajo siempre estaba al día y no se iba del despacho con trabajo pendiente por realizar, por mucho que él había insistido a veces.

—Don Lucas, la reunión de las doce está aquí.

—Gracias Carmen, deme cinco minutos y hágalos pasar.

El día transcurrió entre reuniones por la mañana. Luego salió a comer a un restaurante cercano y por la tarde, transformando planos en proyectos. Al acabar el día, fue a casa como siempre. Unos largos en la piscina y cena en el jardín. Eso le relajaba. El jardín al lado de la piscina era su rincón favorito.

Tenía una vista espectacular y al fondo se veía el mar, con lo cual sentía una paz que no había tenido entre el ruido de Nueva York. Había contratado una asistente en una agencia de limpieza través de su secretaria para que le llevara la casa. Para él la limpieza y el orden, eran muy importantes. La chica, se encargaba de recoger la casa y mantenerla limpia, así como el jardín. Y dejarle la cena preparada. Le dio carta blanca para que limpiara como ella quisiera, siempre que su habitación y su baño y la cena, lo hiciera a diario.

Del resto de la casa, tenía que distribuirse el tiempo durante la semana para que la casa estuviese siempre limpia. También debía dejarle la cena hecha. Él se encargaba de hacer un pedido a un supermercado de la zona, los sábados y le llevaban la compra.

A la asistente, la había contratado por tres horas diarias, de lunes a viernes. Y si faltaba algo se comida, la asistente, se lo dejaba anotado en una libreta de notas encima de la encimera de la cocina, para que supiera que ese producto faltaba.

Estaba muy contento con la asistente. Era eficaz y le dejaba la casa como él quería. El sábado y el domingo, como él descansaba, no iba, pues Lucas, o iba a casa de sus padres o comía fuera o pedía comida para llevar, o se hacía algo sencillo él mismo y tampoco quería tener a nadie en casa. Quería estar solo.

En el fondo, ahora estaba disfrutando de la soledad. Y eso, también era una forma de felicidad, sobre todo después del trabajo intenso e intensivo que había realizado desde que viniera de Nueva York.

El mes anterior terminaron el complejo y casi todas las villas estaban ya vendidas. Ni qué

duda cabe que la suya, la empresa se la dejó por la mitad, aunque él nunca quiso, pero el gran jefe de Nueva York, así lo decidió por todo el trabajo que realizaba y estaba realizando.

Las casas se vendieron porque él reformó con gusto e hizo algunas modificaciones, se habían quedado a un tercio por hacer y les dieron un retoque lujoso a la urbanización, les pusieron medidas de seguridad, y cerraron el recinto, jardines, etc.

Y fueron adquiridas por gente de alto poder adquisitivo. No todas las villas eran iguales. Algunas eran inmensas, otras con más terreno, y esa desigualdad, gustaba a los clientes, que cada uno pedía algo distinto y no villas iguales.

Y para esas personas trabajaban ellos. Los caprichos eran caros y se pagaban.

CAPÍTULO 2

Diecinueve años antes

Higuera de Calatrava en Jaén, era un pueblo de apenas setecientos habitantes. Había sido importante durante la Guerra Civil Española. En sus buenos tiempos tuvo hasta cinco mil habitantes. Pero debido a la emigración a Cataluña, ahora era un pueblo pequeño, que parecía un camisón blanco sobre una loma, lleno de casitas blancas.

Había tenido un campo de concentración durante la guerra civil, un punto estratégico durante las batallas que se libraron. Y que hoy en día, algunos mayores aún recordaban. Quedó intacto el cuartel de la Guardia Civil, un lavadero antiguo y un mercado de abastos, aparte de un torreón perteneciente a un Castillo árabe en la parte alta del pueblo.

El cuartel de la Guardia Civil, en la entrada del pueblo, situado en un montículo, en el que se divisaban las diversas carreteras que llegaban al pueblo: una para Porcuna a la izquierda, otra para Santiago de Calatrava a la derecha y otra en el Centro que se dividía en dos al llegar a una Cruz en homenaje a los caídos en la guerra, que estaba a doscientos metros cuesta arriba. Esta, se bifurcaban en dos, una a la derecha para Martos, pasando por el puente del Arroyo Salado (cuyo nombre le venía porque el agua que llevaba era salada), y la otra, a la izquierda iba hacia Torredonjimeno, camino de la capital de la provincia y donde estaba situado el cementerio, a un kilómetro del pueblo.

Todas las carreteras, estaban adornadas de eucaliptos centenarios.

Al padre de Lucas, Cabo de la Guardia Civil, lo destinaron dos años a la Higuera, por lo que Lucas tuvo que realizar, debido a su edad, Séptimo y Octavo de Educación General Básica y después, como casi todos los chicos, iría al instituto. Y después a la Universidad. Siempre quiso desde pequeño hacer Arquitectura. Lo tenía muy claro.

El primer día de colegio, le resultó gracioso, pues venía de un pueblo de Jaén también, más grande: Úbeda, donde había muchos niños en su clase, sin embargo en la Higuera, en su clase, eran seis alumnos.

Cuatro chicas y otro chico, junto con él, Amalia, que su padre era cabrero y tenían cierta capacidad económica, como para no pasar apuros, vivía casi en el Centro del pueblo.

José, el primo de Amalia, muy bajito para su edad, que era un tanto vago y un cachondo mental. Su padre tenía un bar y vivía en la misma calle que su prima. Era muy vago y nunca hacía los deberes y en ese tiempo, ya empezó a tontear con los cigarrillos y la bebida.

Manuela, cuyo padre tenía una vaquería y vivía en la parte baja del pueblo, al lado del campo de fútbol y del cuartel de la Guardia Civil. Era la mayor, pues había repetido curso, alta e introvertida, siempre con una cola baja peinada, ayudaba a sus padres en la vaquería.

Luego estaban Rosa y Reme, que vivían en la parte alta del pueblo y eran muy amigas. Rosa era muy guapa y tenía una piel blanca y luminosa.

Todos los chicos estaban enamorados de Rosa y ella, era muy enamoradiza. Su padre era guarda del Sindicato Obrero del Campo y ganaba un sueldo suficiente como para alimentar a sus seis hijos, sin que estos tuviesen que trabajar.

Reme, vivía cerca de Rosa. Siempre estaba muy morena, pues cuando salía de la escuela iba

con su padre y su hermana Paqui a trabajar al campo y a una huerta que le trabajaba su padre a un señorito rico, terrateniente, que poseía una gran cantidad de tierras.

El señorito cogía lo que iba a necesitar de la huerta y el resto, lo vendía el padre y la madre de Reme en la plaza de abastos del pueblo.

Reme, tenía mucho carácter, era vergonzosa pero por contra, poseía una coraza de niña dura. En realidad era una soñadora y una romántica empedernida y siempre iba al campo con un transistor rojo, esperando que cantara Camilo Sexto, su ídolo, sobre todo en el campo, para llevar su amargura con una cierta felicidad irreal.

No se sabe bien por qué razón, siempre tuvo tendencia a defenderse de todo y de todos y a defender a los que ella consideraba más débiles, fuesen ricos o pobres, altos o bajos, feos o guapos, como una pequeña amazona con su espada de la justicia.

Siempre estaba a la defensiva, y siempre defendiendo. Y tenía una lengua afilada que no callaba nada.

Lucas, desde que la vio, se enamoró de ella como un adolescente virgen.

Su estrategia fue hacerse su amigo, enseñarle lo que sabía y tenía, su cámara de fotos, que a ella le parecía mágica.

Un año en su cumpleaños, le dejó una postal con un ramo de flores impreso para felicitarla.

Era el primer regalo que le hacía un chico. Ella no había conocido a ningún niño así. En el pueblo eran más brutos.

El detalle hacia las chicas, no se conocía y menos con trece o catorce años. Y ella conservaba aún aquella postal después de tantos años.

En aquella época, Lucas era un niño de pantalones cortos, muy alto para su edad, flacucho y desgarbado, pero muy inteligente. Lo sabía todo. Era un sabiondo.

Los demás lo envidiaban a la vez que lo odiaban por tener más dinero que ellos y una posición mejor. Y sobre todo, por tener más conocimientos que ellos.

A Reme, abanderada de los débiles, le daba igual y por esa razón, se hizo su mejor amiga.

Siempre había tenido amigas, pero todo cambió, cuando pudo darse cuenta de que podía tener un amigo que no fuese niña, sino niño.

Con ellos solía llevarse muy bien, pero amistad, poca había tenido con alguno en particular como con Lucas.

Lucas era un adolescente muy especial. Siempre interesado por todo, le encantaban los libros. Lector empedernido y dispuesto a ayudar a los demás en cualquier ocasión que se presentara.

Durante esos dos años que Lucas estuvo en el pueblo, crecieron juntos, e hicieron muchas cosas los dos, siempre que el tiempo libre de Reme, se lo permitía.

Hablaban de muchos temas, le enseñó a ella, que leer era interesante y que era un viaje a la imaginación. Podía ir donde quisiera con solo leer. Recorrer territorios desconocidos y ser protagonista de otras vidas. Y eso a Reme, le encantó, acostumbrada a su cárcel de pueblo y campo.

Era un niño adelantado a su tiempo. Sobre todo, recordaba las conversaciones políticas que tenían, él era más de derechas y ella más de izquierdas.

Y ahí sí que chocaban y tenían conversaciones interminables en las que Reme, no se dejaba convencer. Claro que en aquél tiempo ni la derecha era la de ahora, ni la izquierda era la de ahora tampoco.

Le encantaba discutir con ella. Le tomaba el pelo y ella se tomaba las discusiones políticas muy a pecho, porque a ella, le encantaba la historia y la política. En eso es en lo que chocaban.

Ella era muy rebelde y no daba su brazo a torcer en ningún momento. Pero se divertían mucho.

Lucas estaba enamorado de Reme, desde el primer momento en que la vio, nunca supo por qué, era una indomable y no había nadie que pudiese con ella.

Era una rebelde con mucha causa, pero ella, lo consideraba su amigo, nada más. Tampoco es que Reme supiera mucho del amor a esa edad.

Pero a Lucas le gustaba su cuerpo pequeño naciendo a la adolescencia, sus pechos duros y que asomaban ya a los trece años, su pelo largo y tieso como un junco, sus pecas y su mirada matadora para los niños imbéciles. No los soportaba. Todo cuanto quería decir, lo decía con una mirada.

Reme, nunca se preocupaba de los temas de amor, salvo en las novelas que leía o grandes historias de amor de la literatura rusa que tanto le encantaban, esas tragedias le parecían maravillosas con sus paisajes nevados y un tren siempre como parte de la trama.

Ni se preocupaba de esos temas si se refería a ella. El amor para ella a esa edad ni se lo había planteado siquiera. Ni con él ni con nadie.

Al padre de Lucas, lo destinaron al País Vasco, cuando terminaron Octavo, así que eso había sido todo, dos años de amistad y se separarían.

En esos dos años, lo pasaron muy bien en todas las fiestas que había en el pueblo. Y él la invitó en el día de la Virgen del Pilar, que era la patrona de la Guardia Civil dos años seguidos, porque se hacía una fiesta en el cuartel, con comida y baile.

Así que se sentaban juntos y se divertían mucho, luego había baile, cuando se recogían las mesas después de la comida y bailaban hasta la noche. Fueron dos años de amistad muy bonitos y de amistad sana.

A su hermana también la invitaba una amiga, hija de otro Guardia Civil; y el que iba a esa comida era agraciado. Y tenía mucha suerte.

Ella había solicitado una beca para estudiar Formación Profesional Administrativa en Martos, dado que en el Pueblo, no había Instituto. Cuando se lo dijo Reme, se sintieron muy tristes, pero quedaron en escribirse.

Les quedaba poco tiempo de estar juntos. Cuando pasasen las fiestas del pueblo, después de dos años de amistad, se irían, cada uno por su lado, pues su padre tenía que incorporarse en Septiembre y se iría al norte de España y Reme viajaría a diario a Martos a estudiar. Y sería un niño más que había pasado por la escuela.

Llegaron las fiestas del pueblo, a mitad de Agosto, cuyo divertimento era bailar con una orquesta en el baile de la plaza del Ayuntamiento, que estaba al lado de las carreteras, en la parte baja del pueblo y pasear por ellas, tomar una coca cola y poco más.

La última noche de la fiesta, todo cambió. Habían estado bailando un rato en el baile y cuando la orquesta hizo un descanso, se fueron a dar una vuelta por la carretera.

Iban dando un paseo por la carretera de Porcuna todos, los seis de octavo, pero hubo un momento en que el resto de los chicos se volvieron y ellos como iban delante hablando, no se percataron y se alejaron más de lo debido, y cuando se dieron cuenta, el resto del grupo se había dado la vuelta y no se veía más que la oscuridad y los árboles.

Como despedida, José había llevado una botella de litro de cerveza y habían estado bebiéndosela entre los dos en el parque mientras bajaban las chicas.

Lucas no había bebido alcohol en su vida, e iba tambaleándose un poco. Reme se lo dijo. Le

preguntó si se encontraba bien.

—¿Para qué has bebido? No tenías que haberle hecho caso a José —le dijo riñéndole.

—Es que me dijo que era de despedida porque me voy pronto.

—Como si no lo conocieras...

—No te preocupes, ya se me está pasando, juro que no beberé en mi vida.

—¡Vámonos de vuelta!, que estos se han ido ya y además ya no se ve nada —dijo ella, porque ya no se veía nada más que oscuridad.

En esos momentos los enfocó un coche que venía de Porcuna, con las luces. Venía por esa carretera, y se paró en el arcén, al lado de ellos. Bajaron rápidamente tres chicos mayores, que seguramente venían a la fiesta. Iban borrachos, estaban más cercanos a los treinta años que a los veinte y se les acercaron. Reme sintió miedo y se pegó a Lucas.

—¿Qué pasa chaval? ¿Te la has traído tan lejos para tirártela?

—¡Dejadnos en paz! —les gritó Lucas nervioso.

—Venga que te vamos a ayudar un poquito, nene. Hoy te vas a hacer un hombre.

Sin medir palabra siquiera y a pesar de los ruegos de los dos, a Reme uno le tapó la boca y la tiró al suelo y la llevaron lejos del arcén a través del campo, para que nadie los viera. Reme, empezó a llorar y a morderle la mano y a chillar.

Otro de ellos, le ayudó a sujetarla al lado de un árbol que había en mitad del campo y le bajó las bragas, por mucho que ella pataleaba y lloraba y la tumbó en el suelo y le abrió las piernas, mientras el otro la sujetaba por los brazos para que no se moviera hasta que la inmovilizó. Y ella lloraba sin parar y no quería mirar a Lucas de la vergüenza que sentía.

El tercero cogió a Lucas y le bajó los pantalones y lo colocó de un plumazo encima de Reme. Le sacó un cuchillo y se lo puso en el cuello a ella:

—Si no te la tiras, la mato aquí mismo —le dijo.

Todo sucedió muy rápido, Lucas no tuvo más remedio que hacerlo para protegerla.

Era un adolescente y era virgen como ella y no estaba preparado para hacer el amor y menos en esas condiciones, pero fue al entrar en ella y tener que romper su barrera, porque no tenía más remedio cuando su miembro se excitó y todo porque era ella y porque no podía resistirse a ella. Pero era una locura.

Él nunca hubiese querido hacer el amor con ella de esa manera, ni excitarse así, pero no tuvo más remedio. Se movió en su vientre y se vació en ella en segundos.

Todo fue rápido y todo duró una eternidad. Cuando quisieron darse cuenta, el coche arrancó dando la vuelta camino de nuevo por la carretera de Porcuna. Y sólo oían las risas de los que habían matados sus vidas para siempre. Ni siquiera oían las palabras que ellos riéndose, lanzaban a lo lejos a través de la ventanilla del coche.

En la oscuridad de la noche nunca reconocerían sus caras. Lucas se vistió y le dio a ella su ropa interior y la falda. Quiso abrazarla, le pidió mil veces perdón. Pero ella levantó un muro entre ellos.

La carretera hasta la plaza del ayuntamiento se les hizo larguísima y por más que Lucas le hablaba, ella iba como un fantasma mudo y ciego.

—Por favor Reme, perdóname. Di algo. Yo nunca hubiese querido... Lo siento. Lo siento tanto.

Pero ella iba muda, sin mirarlo y ya no le habló jamás.

Y cuando llegaron al pueblo, ni le dijo adiós, pero era un adiós para siempre con respecto a lo que a ella le concernía.

Lo dejó allí plantado y subió a su casa que estaba en la parte alta del pueblo. Se fue sin derramar una lágrima y ya nunca volvió a verla más.

Cuando Reme llegó a su casa, se bañó en silencio para que sus padres no la oyeran y se lavó bien. Se metió en la cama y entonces, sí que lloró.

Lloró un mar de lágrimas por lo que había perdido, que para ella era muy importante. Tenía un miedo horrible y el cuerpo le temblaba.

Por su parte Lucas, se quedó cerca del cuartel, en la oscuridad y también lloró. Lloraba poco, pero esa noche lloró un buen rato, como un niño que había hecho algo malo a su mejor amiga. Y no podría perdonarse jamás.

Jamás podía perdonarse haberle quitado su virginidad de esa forma, y menos a ella, conociéndola como la conocía.

Era una niña dura, pero bajo esa coraza, él la conocía como nadie y sabía que eso era muy duro para ella y muy importante y él la había destrozado sin querer.

Y al ver que no le hablaba, sabía que se iría y ya no le quedaría de ella lo que le debería haber quedado, dulces recuerdos, sino que le quedaría una maldita noche que nunca debió pasar y que jamás olvidaría. Y ella tampoco. Y eso los uniría para siempre, pero también los había separado para siempre.

CAPÍTULO 3

Cuando llegó Septiembre, Lucas se fue con su padre al País Vasco, allí, estudió en el instituto cuatro años y se graduó con buenas notas. Posteriormente se fue a Columbia University, Universidad en Nueva York, a estudiar Arquitectura con una beca.

La Universidad estaba ubicada en Manhattan, donde se graduó con honores también.

Allí pasó otros cuatro años de su vida, e hizo muy buenos amigos. Aprendió hablar perfectamente inglés, y con el tiempo aprendería también, francés e italiano.

Pero nunca pudo olvidarla. Sin embargo, al ser un adolescente y joven, y estar lejos, era más fácil vivir, ir de fiestas con amigos, divertirse y acostarse con chicas por supuesto.

Fue cuando pasó de los veinticinco años, cuando todo le acudía con más intensidad a su conciencia y empezó a tener las pesadillas nocturnas que le devolvían aquella noche.

Nunca pudo despedirse de ella.

No la vio más.

Le dejó un mensaje a Rosa para que se lo diera, pero ella lo rompió en mil pedazos, para borrar esa parte de su vida, y aquella noche negra que cambiaría su vida para siempre.

Lucas, le escribió un montón de cartas, cartas que no fueron respondidas y que Reme rompió conforme le llegaban, sin leerlas siquiera.

Algunas se las mandaba con Rosa los días que le quedaban por permanecer en el pueblo, y otras le escribió desde el País Vasco. Pero ella quería olvidarlo todo y para ello, lo mejor era no contestar.

Se sentía fatal aquellos días y para colmo tenía que disimular ante su familia, vecinos y amigos, porque le parecía desde su blanca adolescencia, que si se ponía demasiado triste o lloraba, iban a adivinar su secreto.

Reme, sabía que Lucas no era culpable, pero no podría volver a mirarlo a la cara, después de haber sido suya, de aquella manera.

Si recordaba bien, él había sido suave y casi amoroso, dentro del ambiente en sí. Había sentido un poco de daño cuando la penetró, pero no se enteró de más nada.

Tenía los nervios a flor de piel y estaba a punto del desmayo. A eso si le sumaba el otro tipo de dolor, su cuerpo temblaba como un títere.

Pero no podía, no podía... contestarle. De todas formas ya no lo volvería a ver, así que no tenía sentido responder a sus cartas ni recordar aquello.

Tendría que llevar esa carga sola el resto de su vida y tendría que intentar superarlo, como tendría que hacerlo él.

Pero aquello sí que iba a tener consecuencias, y antes de lo esperado.

Cuando al finalizar el mes de Septiembre, le vino la beca para estudiar en Martos, pero no el periodo y vomitaba más de lo normal por las mañanas. Su madre, como todas las madres no era tonta y se dio cuenta y la llevó a un médico a Jaén. Le confirmó que estaba embarazada de cinco semanas.

Con el mismo silencio y prudencia con que fueron a Jaén, la familia se reunió junto a la mesa

del pequeño salón por la noche.

Ella no quiso dar el nombre del padre ni que la mataran, así que hubo que tomar otra decisión. Iría a Málaga a casa de su tía abuela, la hermana de su abuela por parte de madre, que era viuda, no tenía hijos y estaba sola. Tenía cincuenta y ocho años.

Se lo preguntarían a su tía a ver si la acogía en esas circunstancias. Le comentarían el problema y si su tía estaba de acuerdo, se iría a Málaga. No había otra solución.

Allí tendría al niño y se pondría a trabajar en los hoteles como aprendiz hasta que diese a luz. Ganaría dinero para darle a su tía por tenerla en su casa y ahorrar para mantener al niño o niña, lo que tuviese.

Si sus padres, podían mandar algo, lo harían hasta que encontrase trabajo.

Le daría una cantidad a la tía para mantenerse ella y estaría acompañada y no habría habladurías en el pueblo.

Dirían que había encontrado trabajo en los hoteles, que no había querido estudiar y la gente se olvidaría con el tiempo.

La cuestión es que nadie podía saberlo, ni sus amigas, ni la familia, salvo la tía y ellos.

Contactaron con ella, le contaron el problema y la tía abuela Rosario la acogió en su casa.

Para ella, era una alegría, pasar de estar viuda y sin hijos y sola, a tener una hija y un nieto. Serían muy felices. Su tía la quería mucho. Y por supuesto, la invitó a vivir con ella.

Fue recibida con las puertas abiertas. No le dio tiempo de despedirse de sus amigas. Todo se hizo de noche y con alevosía.

En tren nocturno, se llegó a Málaga y de ahí a Marbella donde la tía Rosario tenía una casita preciosa relativamente cerca de la playa.

La casa de la tía abuela Rosario, era pequeña. Tenía una cocina, un comedor y un salón no muy grandes, y un patio precioso de flores que su tía cuidaba con sumo cuidado y esmero.

En el patio había un baño. El único que tenía la casa. Y en la parte de arriba, tres dormitorios. El de su tía y otros dos más pequeños.

Encontró trabajo limpiando hoteles pronto, a través de una amiga de su tía. Y estuvo en un hotel limpiando habitaciones hasta casi dar a luz, aunque su tía insistía en que no trabajara hasta después de dar a luz, que ella podía mantenerlos a los tres, porque aún era una niña muy joven.

Pero entró en un hotel como ayudante. En ese tiempo no se tenía en cuenta la mayoría de edad para trabajar como aprendiz o ayudante.

Reme era muy trabajadora, y aunque ganaba poco como aprendiz, era suficiente y se lo daba todo a su tía, no necesitó que sus padres mandaran dinero. Ella se lo daba a su tía, pero esta se lo metía en una cartilla a su nombre para el niño y para ella.

Apenas había cumplido quince años, pero Reme, a pesar de su edad, era muy trabajadora. Siempre lo había sido y nunca se quejaba de nada.

Su tía Rosario era una mujer encantadora y buena. Como una madre para ella. Era más alta que ella y tenía el pelo pintado de rubio corto y rizado con una permanente. No trabajaba, pues tenía una pensión muy buena de su marido que había muerto cinco años atrás y había sido funcionario de prisiones. Y tenía su dinerito ahorrado al no haber podido tener hijos.

Era de esas mujeres que eran delgadas de cintura para arriba y luego tenía anchas las caderas y las piernas algo gorditas.

Tenía una tez blanca e inmaculada y un cierto atractivo. Era tranquila y se tomaba las cosas con mucha serenidad y paciencia, y Reme encontró allí con ella, la paz que necesitaba, a pesar del cansancio diario.

Reme estaba encantada con ella. La tía Rosario tenía amigas y vecinas que eran maravillosas y a las que les había contado la historia de su sobrina nieta Reme y siempre iban con alguna ropita para el bebé que estaba por nacer y que con el tiempo se enteró de que sería un niño.

El tiempo pasaba y aunque ella pensaba en Lucas, nunca a esa edad pensó en ponerse en contacto con él. Tenía miedo y era una niña asustada.

Una mañana de Mayo, rompió aguas. La llevaron al hospital y debido a lo joven que era, no tuvo un parto fácil. A punto estuvieron de hacerle una cesárea.

Estuvo quince horas de parto, pero cuando tuvo a su pequeño en brazos, se olvidó de todo el dolor de tantas horas y se juró que sería un hombre feliz y de provecho y haría una carrera como la que ella no tuvo ni pudo hacer. Trabajaría para que su hijo no tuviera la vida que ella tenía.

Trabajaría duro para protegerlo y darle su vida, no importaba cuanto tuviese que trabajar.

Le puso Lucas de nombre y los dos apellidos fueron los de ella. No le importó que sus padres hicieran cuentas sobre el nombre. Al fin y al cabo no sabían el nombre del chico.

Pensaron que era un nombre que le gustaba. Además, Lucas era el patrón de Jaén y pensaron que era por eso.

Ellos no sabían cómo se llamaba ese chico. Y si lo imaginaban, no hicieron referencia jamás a nada.

Y si pensaban que era un chico del pueblo, tampoco dijeron nada, puesto que ella se negaba en rotundo una y otra vez a decir quién era el padre. Nadie, nadie, salvo ella lo sabía. Y su tía nunca le preguntó.

Además, nadie supo jamás en el pueblo que ella tuvo un hijo. Si se hubiese sabido y el nombre, sus amigas, no habrían dudado en saber de quién era el hijo.

La gente del pueblo le preguntaba a su madre por ella y les decían que estaba trabajando en los hoteles.

Que ya era malagueña, que no quería volver, que se había echado un novio. Y todo con el tiempo, se fue olvidando.

Ella era muy feliz con su tía y con sus vecinas y todas estaban dispuestas a ayudarle con el pequeño Lucas.

Era un niño precioso de ojos verdes. Se parecía cada día más a su padre. Y a ella no le quedaba más remedio que recordarlo porque lo veía a diario en la cara de su hijo. Y cuando cumplió quince años, era la viva imagen de su padre a esa edad.

Esa noche después del cumpleaños de su hijo revivió toda su historia y lloró amargamente como nunca. Pero tenía un hijo maravilloso. Y habían pasado quince largos años ya y sólo había vivido para trabajar para su hijo.

Había trabajado incansablemente para que no le faltase nada y además lo había protegido, casi en exceso al ser tan joven, y educado de una manera maravillosa porque para ella, Lucas, era el mejor hijo del mundo.

Para ese tiempo, su tía empezaba a estar enferma.

Los médicos le habían diagnosticado un año antes un Alzheimer avanzado y ahora, a ella le tocaba cuidar de ella, con el mismo amor que ella lo había hecho durante todos esos años.

Ni iba a estar sola ni iba a ir a una residencia. Ella jamás la llevaría, aunque tuviese que trabajar quince horas diarias.

Tenía medios, medios que había conseguido en tantos años de trabajo duro para que su tía estuviese bien cuidada en su propia casa.

La enfermedad de su tía fue muy dura y la tuvo que llevar con mucha paciencia, tanto ella

como su hijo que ayudaba también.

Reme recibió un curso en los Servicios Sociales de su zona de cómo afrontar esa enfermedad por parte de los familiares y le sirvió mucho para que su tía tuviese unos años dignos dentro de su enfermedad.

Empezó por no recordar a su marido, ni a ellos, deambular por la casa. Tenían que tener cuidado de que no saliera a la calle sola.

La chica que la cuidaba por las mañanas, mientras ella trabajaba, tenía un curso especializado en Alzheimer y hacía terapia ocupacional con ella, un rato por las mañanas, daban paseos, dibujaban con colores, le hacía ejercicios para reforzar la memoria y la cognición con el fin de retrasar lo más posible la enfermedad.

Con el tiempo fue perdiendo capacidades. Olvidos de haber comido, de no reconocerse en el espejo. Quitarse los pañales, etc.

Al final, le tuvieron que comprar un andador, y del andador pasó a permanecer todo el tiempo sentada sin poder moverse y de ahí a la cama acostada.

El fin de su enfermedad fue terminar en la cama, daba voces o dormía a deshoras. Ir al hospital cada dos por tres a urgencias hasta que la enfermedad la fue consumiendo y una noche murió.

Ella sintió mucho más su pérdida que todo el trabajo que tuvieron que hacer con ella esos últimos cuatro años, porque además su hijo entró en el Instituto y tenía que tener cuidado con quién iba, porque el cambio del colegio al Instituto era más peligroso para los chicos adolescentes.

Pero su verdadero sufrimiento era ver a su tía, lo que había sido y su cambio en constante declive.

En esos cuatro años, ella lloraba impotente, porque sabía el final. Él médico le había dicho que algunos enfermos duraban años con esa enfermedad, pero que a su tía no se le había diagnosticado antes.

Con total seguridad ella había sabido esconderla bien. Algunos enfermos se daban cuenta al principio que iban perdiendo nociones y no querían decirlo.

Así que cuando a su tía se lo diagnosticaron, ya parecía ser que llevaba unos cuantos años con la enfermedad.

Ya no pudo esconderla más, porque era una enfermedad degenerativa.

Así que al desgaste de atenderla, le llegó la dolorosa pérdida de una persona que había sido importante en su vida y que sin su ayuda no habría podido seguir adelante, ni ser lo que era.

Su tía había hecho que su vida fuese lo más feliz posible. Tenía siempre la comida preparada. Le compraba siempre cosas a su hijo. Lo cuidaba cuando ella trabajaba.

Todo, todo cuanto hizo por ella, no lo había pagado ella con cuidarla con el amor con que la cuidó cuando Rosario lo necesitó, aunque a veces terminara rendida y derrotada.

Tuvo que recomponerse por su hijo, porque había sido lo más parecida a una madre que había tenido, pero la vida seguía y estaba su hijo y su empresa, y tuvo que luchar por los dos. Sólo se tomó una semana cuando su tía murió, porque su amiga Estrella se lo recomendó, que descansase, que estaba agotada. Que arreglara los documentos de su tía y que pusiera en orden la casa, y eso hizo.

Fue a darse algunos masajes y pasó por unos baños para relajarse. Y esa semana se sirvió para descansar y recomponerse. Pero sabía que para olvidar, nada mejor que el trabajo y en una semana estaba preparada para trabajar.

Todos los días se acordaba de ella y lloraba y aún después de ocho meses, la echaba de menos.

Había sido una madre para ella y una abuela para su hijo. Le había abierto su casa y su corazón grande, tan grande que no le cabía en el pecho.

Jamás tuvo un encontronazo de nada con ella. Eran uña y carne y su tía jamás consintió que le diese dinero y el que le daba se lo metía en su cartilla y posteriormente cuando montó la empresa e hizo dos cuentas distintas, una para la empresa y otra para sus ahorros, allí se lo metía.

Con su hijo fue una mujer maravillosa, y no consintió que llevara a su hijo a una guardería, ella se lo cuidaba por las mañanas hasta que venía Reme y cuando entró al colegio, ella lo llevaba y lo recogía y le daba de comer hasta que Reme llegaba.

Fue más trabajo el que le dio a su tía que otra cosa, pero su tía le decía que era muy feliz y que además tenía a sus amigas encantadas con Lucas y las tardes libres para irse con ellas o invitarlas a casa a tomar café.

Nunca fue al pueblo en aquellos años. Eran sus padres los que iban al menos una vez al año a verlos, sobre todo cuando nació Lucas, y en Octubre, casi siempre, cuando su padre terminaba el campo hasta la recogida de la aceituna.

Ya sus padres, no le preguntaban por el padre de su hijo. Se dieron por vencidos. Habían pasado años ya y tenían a su nieto al que querían mucho, pero suponían que su hija iba a ser una madre soltera para siempre.

Pero al final eran felices, porque su hija había trabajado ella sola y había salido adelante, siendo una niña y educado a un hijo sola.

CAPÍTULO 4

—¡Feliz cumpleaños hijo! Te has convertido en todo un hombre. ¡Te quiero! —poniéndole delante una tarta con dieciocho velas.

—Gracias mamá. Yo también te quiero.

—¡Qué pena que la tía Rosario no esté ya con nosotros! Le hubiese gustado verte con dieciocho años, tan alto y tan guapo.

—¡Yo también la echo de menos mamá! Era como mi abuela.

—Bueno, venga, sopla.

Y Lucas sopló. Y ella le dio su regalo.

Luego lo celebraría también con sus amigos, pero con su madre siempre había celebrado sus cumpleaños. No le había pasado uno.

La tía Rosario había muerto ocho meses antes con setenta y siete años. Para Reme, había muerto muy joven.

Había sido una madre para ella y le dolía que no estuviese con ellos. La echaba mucho de menos, a pesar de que estuvo cuidándola a la vez que trabaja, los últimos cuatro años de su vida.

Algunas veces, aún lloraba a solas, sin que su hijo la viera, porque le debía tanto... por ella y por su hijo.

Lucas, había salido un buen hijo y colaboraba en verano con ella en su empresa y también en casa, pero este año, estaba en primero de Arquitectura en la Universidad y tenía que estudiar mucho.

Por eso, ella lo hacía casi todo. A veces se encontraba muy cansada y otras, cuando miraba a su hijo, se sentía satisfecha del chico en el que se había convertido y todo se le pasaba. Adoraba a su hijo.

Era lo mejor que le había pasado en la vida, con tanto como le había pasado.

Que de algo tan horrible, saliera algo tan hermoso... Daba gracias a Dios, todos los días por tenerlo, porque su hijo mitigaba el dolor de aquella noche oscura. Sólo había una cosa y es que era el vivo retrato de su padre. El padre que ella conoció, e iba cambiando con la edad y se preguntaba si Lucas había cambiado de la misma forma.

A veces, se acordaba de él, se preguntaba qué habría sido de su vida, qué pasaría si supiera que tenía un hijo de dieciocho años.

Lo recordaba con cierta melancolía y nostalgia y tenía un cierto arrepentimiento por no haberle hablado aquella noche.

Él no había tenido la culpa y se había sentido culpable. De eso sí que se arrepentía, pero es que tal como era ella en ese tiempo y lo que le había pasado... no pudo.

Lo más probable es que tuviese una familia y fuese Guardia Civil como su padre. En fin... así se lo imaginaba ella.

Y suponía que Lucas también pensaba en ella a veces. Lo que les pasó no se olvidaba fácilmente.

Y no quería pensar mucho en Lucas, porque le dolía. Pero algún día tendría que investigar qué había sido de él y contarle lo de su hijo. Ahora que tenía dieciocho años, tendría que hacerlo.

Podría contratar un detective privado. Sabía su nombre y apellidos y le daría cuanta

información sabía, que era poca, pero podría ser suficiente y tener suerte y encontrarlo. Una vez que supiera qué había sido de su vida, iría a verlo.

Y le contaría lo de Lucas, que tenía un hijo igual a él. Tenía derecho a saberlo, aunque tuviese otros hijos, Lucas, era también suyo.

La tía Rosario, le había dejado la casita al morir y una buena suma de dinero que tenía en el banco y que ella utilizó para modernizar la casa, poner otro baño arriba y dejar la casa con dos dormitorios en la parte alta, arreglar la cocina, dejando abajo un espacio abierto, arreglar el cuarto de baño del patio, pintar y poner muebles nuevos, y guardar para los estudios de su hijo, aunque su hijo, eligió estudiar en la Universidad de Málaga para estar cerca de su madre y tenía una beca que cubría casi todo, debido a sus buenas notas.

Era un chico tan inteligente e inquieto como su padre. A veces, cuando lo miraba, miraba al amigo que tuvo en su juventud.

Esa inquietud que tenía por saber y conocerlo todo, mirar y examinar con lupa el interior de las cosas. Ávido por conocer y explorarlo todo.

Por otra parte, Reme, con el tiempo, había logrado también juntar una suma decente de dinero, al que ella llamaba: *por si acaso*.

De trabajar en los hoteles, pasó a ser gobernanta, con un curso que hizo para tal fin y que se lo pagó su tía.

Posteriormente montó su propia empresa de limpieza. Contrató a una chica que como comercial no tenía precio y fue introduciéndose en Hoteles de la Costa del Sol, empresas grandes y pequeñas, villas, casas, pisos, bloques de pisos, restaurantes, etc.

Estrella, se había convertido en su mano derecha y alquilaron una oficina en Marbella, pequeña, lo suficiente para hacer las programaciones de las limpiezas de Hoteles y Empresas.

No es que fuese muy importante, pero daba para pagar y tener unos buenos beneficios. La empresa de limpieza **Doble R** (por su tía Rosario y por ella), se expandía, tenían pensado meter personal para hacer algunos trabajos pequeños de fontanería, jardinería, etc.

Hacían un buen trabajo y se sentía satisfecha con su vida a los treinta y cuatro años. Así que tuvo que alquilar otro local contiguo al suyo, en cuanto quedó vacío, para meter las herramientas, los artículos de limpieza, el vestuario y lo que necesitaban porque la empresa iba creciendo y tenía suerte con sus trabajadores.

A veces se había planteado salir con hombres, su tía la había animado más de una vez y lo había hecho, pero cuando la relación empezaba a ser íntima, no podía y rompía con todos. Por ello, sus relaciones no duraban más allá de dos meses. Ningún hombre a esa edad, aguantaba una relación a su manera, es decir, sin sexo. Y es que ella, no había superado ese trauma, en el fondo.

Quizá su vida sería ser madre soltera y sin pareja toda su vida. Ningún hombre aguantaba una vida sin sexo que ella no podía darle.

Se dedicó de lleno a su trabajo para sacarlo a flote. Le encantaba ser su propia jefa. Y su empresa iba subiendo como la espuma y daba buenos beneficios. Y se olvidó de los hombres y del sexo que no conocía. Y lo que no se conoce, no se echa de menos. Se decía.

Además estaba su hijo y era lo más importante para ella. Tener un hombre en su vida suponía que aceptara a su hijo y eso era más difícil y complicado de encontrar.

A veces recordaba a su tía Rosario cuando le decía lo importante que era encontrar un hombre bueno que supiera educar a su hijo y la cuidara a ella. Pero al final no había hecho falta.

Ella sola había salido a flote en todo y se sentía orgullosa de ello. Pero en algo, llevaba su tía razón.

Echaba de menos un hombre en su vida y un hombro en el que llorar. Compartir complicidades, abrazar a un ser humano, hacer el amor, superar el miedo y recibir regalos bonitos, como flores o bombones y palabras hermosas.

Esperar una llamada de teléfono, salir a cenar o al cine, pasear de la mano... eso echaba de menos, romanticismo.

La empresa Doble R, estaba situada en un local a pie de calle, una recepción donde se encontraba Estrella, la comercial, recepcionista y mano derecha de Reme, a la izquierda un despacho amplio con catálogos, que tenía vistas a la calle, donde estaba Reme, una mesa con un pc, impresora y todo lo necesario, flores, dos sillas al otro lado de la mesa para recibir a los clientes.

En la mesa, aparte del pc, la impresora y un escáner, fax, teléfonos, organizadores, lápices de colores, bolis, fichas, ficheros y carpetas.

La sala era bastante amplia como para tener una mesa redonda con cuatro sillas confortables y una pared repleta de archivadores en sus correspondientes muebles que ocupaban al menos cinco metros de arriba y abajo con carpetas de datos de sus clientes y empresas, trabajadores, debidamente organizados.

Al lado del despacho, un pequeño baño—vestidor para ellas dos y al otro lado de recepción, un baño para los clientes.

En el local anexo, estaban todos los útiles de limpieza, vestuarios, dos baños, uno para las mujeres y otro para los hombres. Y casilleros para cada uno de los trabajadores. Había desde útiles de jardinería, hasta máquinas de limpieza, productos de limpieza, todo organizado y ordenadamente limpio.

Era lo que ella pedía a los trabajadores. Eso sí, cada trabajador debía utilizar su coche para el trabajo.

Se les pedía a los jardineros una furgoneta, pequeña, porque no había suficiente capital para comprar autos.

Si en un futuro, se pudiese, lo haría. De momento las cosas estaban como estaban. Ella les pagaba un plus por viaje para la gasolina.

Los viernes todos los trabajadores, tenían un cuadrante en recepción y su ficha con los trabajos para cada día de la semana, sus horarios y sus rutas. Y los que trabajaban los fines de semana que les tocaban, debían llevarse los productos o herramientas, anotarlos en la libreta de salidas de productos y devolverlos el lunes.

Ella se encargaba de vez en cuando de hablar por teléfono o personalmente con los clientes, para comprobar la satisfacción del trabajo realizado.

No había tenido complicaciones hasta ahora, pero si tuviera no le temblaría el pulso en despedir y contratar personal cualificado nuevo.

Incluso alguna vez, había tenido que salir del despacho e ir a hacer algunas horas de limpieza ella misma, cuando había sido necesario si había tenido una baja y no se había podido cubrir.

Ese era un día de esos.

Marta, una de las limpiadoras, se había puesto enferma con fiebre y entre el resto del personal no pudo encontrar a nadie para realizar su trabajo. Así que Estrella se lo comunicó.

—¿Quieres que vaya yo? —preguntó Estrella, su secretaria, recepcionista y amiga— Está

relativamente cerca. Es una villa y un hombre solo, que por lo visto trabaja hasta tarde. Necesita tres horas. Hoy miércoles —mientras miraba la ficha—, toca recogida general y ligera de todo, habitación y baño, eso a diario, jardín, dejar cena preparada de lo que se encuentre en la nevera. Marta suele ir por las mañanas cuando no está en casa, pero llega tarde, según le dijo.

—Iré yo —dijo Reme—, aunque por la mañana no podemos. Iré por la tarde, después de comer, así si surge algo desvíamelo y cuida bien esto. Cogeré un uniforme, me iré sobre las cuatro y estaré aquí antes de cerrar, así me dará tiempo de adelantar, e intentaré salir de la villa, antes de que el señor llegue. Por la mañana iré al hotel HN a las doce, a ver si lo conseguimos. Les llevaremos nuestro presupuesto y que haya suerte. ¡Ah! y llama a Marta y dile que se mejore, que la necesitamos.

El día transcurrió entre organizar papeles atender a los empleados que se iban de ruta, llevar su presupuesto al hotel HN.

De la reunión con el director del Hotel salió muy contenta. En un par de días les darían la respuesta, pues habían despedido a la anterior agencia, por las quejas recibidas de los usuarios.

Al mediodía llamó a su hijo que comía en la Universidad para ver cómo estaba, cosa que hacía diariamente, y fue a por Estrella para comer algo cerca del trabajo.

Les gustaba una tabernita estilo andaluz que había frente a su lugar de trabajo y que tenía unos precios asequibles en el menú, tapas o algún bocadillo. Y allí solían comer a diario al mediodía. No merecía la pena llevarse nada de casa con los precios que tenían.

Estrella era su mejor amiga. La había conocido cuando era gobernanta y ésta trabajaba en el hotel un verano. Pero era secretaria y aún no había encontrado trabajo de ello.

Así, en cuanto Reme, montó la empresa, la llamó y la contrató y jamás se había arrepentido de ello.

Se contaban cosas, iban algunos fines de semana de compras o a desayunar, e incluso había viajado algún fin de semana cuando su tía aún estaba viva y enferma para desconectar.

Dejaban a su hijo y a una de las chicas que tenían en la empresa y se iban un par de noches a Sevilla, a Cádiz o a cualquier sitio no muy lejos.

Tras el café y charlar de los asuntos del día, volvieron al trabajo. Reme cogió un uniforme de su talla, zapatos negros de trabajo, vestido negro y mandil blanco. Se hizo una cola de caballo y se miró al espejo del vestuario.

Había cambiado, ya tenía treinta y cuatro años, había engordado un poco, tenía una talla treinta y ocho. Había perdido una desde lo de su tía, pero mantenía su pelo largo y negro. Tenía los ojos verde olivo, la nariz pequeña y los labios carnosos. Era bajita, no más de uno sesenta. No recordaba haber crecido desde los quince años. Bueno, a cada uno le daba Dios lo que quería darle. No podía quejarse.

Ella no le daba importancia al físico. Cuanto menos al suyo.

Había trabajado tanto que aunque se cuidaba lo suficiente, no se preocupaba por nada, más que por otras cuestiones más importantes.

Tenía su empresa, que iba muy bien y a su hijo que era su vida, una casa arreglada y con bonitos muebles nuevos, y dinero para que su hijo terminase la carrera y para vivir más o menos sin agobios, pero sin pasarse, ¿qué más podía pedirle a la vida?

Ella no pedía grandes cosas ni hacía largos viajes. De hecho no había salido de España. Ni falta que le hacía. No era una prioridad.

Vivía donde quería y era feliz con lo que tenía. Otros tenían menos.

Si no hubiera sido por aquella noche, quizá su vida hubiera transcurrido por otros derroteros,

pero entonces, no tendría a su hijo. Y ya no concebía la vida sin él.

Tampoco echó de menos tener una carrera universitaria. Hubiera querido hacerla, Empresariales y Económicas, pero no la cambiaría por su hijo, por nada del mundo. Además era empresaria sin carrera y le iba bien.

Llegó con su coche a la villa, sacó la ficha y tocó los números secretos y la verja se abrió. Aparcó en el garaje de dos plazas, al lado de un todoterreno que no parecían haberlo utilizado de lo nuevo que estaba.

Era una casa preciosa, con unas vistas espectaculares. Antes de entrar dentro, decidió limpiar el jardín, barrerle las hojas y colocar bien las colchonetas que daban a la piscina. Regar las macetas... Encontró una caseta con los utensilios necesarios.

También quitó las hojas caídas a la piscina con una red que había en la caseta. Dejó todo en su lugar. No le llevó dejar impoluto el jardín en media hora. Marta hacía un trabajo estupendo, debía reconocerlo.

Posteriormente abrió la puerta con los códigos de seguridad y entró en la casa. Subió a la parte de arriba, hizo la cama y la dejó bien estirada.

Ese hombre que vivía solo olía muy bien. La habitación estaba impregnada de su aroma y se ve que era muy ordenado y tenía ropa de calidad hasta para la casa.

Abrió todas las ventanas para ventilar la casa. Luego, abrió el vestidor y todo estaba ordenado en posición casi militar. ¡Qué cosas! Un hombre así, necesitaban todas las mujeres. Que oliera tan bien y que tuviera un vestidor lleno de trajes y camisas y una barbaridad de ropa de toda clase. Bueno, eso no le importaba.

Le dio con la mopa a la parte de arriba, limpió el dormitorio y el baño, cambió las toallas e hizo lo mismo en la parte de abajo. No tenía colada, ese día, Marta la hacía los viernes.

Del salón recogió algunas revistas de arquitectura. Debía ser arquitecto, como su hijo Lucas.

Algún día su hijo a lo mejor tendría una casa como esa. Dejó la cocina para el final. Miró la nevera y vio un trozo de pollo. Lo pondría al horno, con miel y naranja y un poco de brandy y unas patatas cocidas estilo canario, arrugadas, una ensalada de lechuga y no esperaba más que le gustase la comida.

Mientras la comida se hacía en el horno y las patatas se cocían, hizo la ensalada y recogió y limpió un poco la cocina y ordenó el frigorífico.

Lucas llegó ese día antes de tiempo a casa, pues estaba cansado y había dado por concluida la jornada laboral ese día.

Pensaba hacer algunos largos en la piscina, comería lo que Marta le había dejado y terminaría en casa el trabajo.

Al llegar observó un coche que no era de Marta al lado de su todoterreno. El primer día que la vio no llevaba ese coche, a no ser que lo hubiese cambiado... Quizá Marta no habría podido ir por la mañana y la habían sustituido. Sería eso. Iba a comprobarlo.

Oyó un canturreo procedente de la cocina y allí se dirigió. Evidentemente no era Marta.

Estaba de espaldas, era pequeña y con curvas, con una cola de caballo de color negra y sacaba algo del horno que olía de maravilla.

Se quedó mirando el panorama y por un momento sintió algo nuevo que no pudo explicar, pero que le gustó y lo excitó al mismo tiempo. No había visto su cara pero tenía la certeza de que esa mujer iba a gustarle.

Cuando ella se dio la vuelta y puso la bandeja del horno en la encimera, Lucas saludó y ella se sobresaltó, pues no había oído ningún coche:

—¡Hola!, ¿qué tal? ¿Quién eres y qué has hecho con Marta? —preguntó con un leve acento americano.

El tiempo pareció que corría marcha atrás como un imán cuando lo miró.

Se quedaron mirando:

—¡Dios mío, qué susto! ¿Lucas? —le preguntó incrédula, sin podérselo creer, mientras iba perdiendo el conocimiento y los sonidos le parecían lejanos y dejaba de oírlos. Oyó su nombre en la lejanía.

—¿Reme? —su corazón galopaba como un caballo desbocado.

Reme sintió que las piernas le flaqueaban y que iba cayendo. No cayó al suelo, porque Lucas fue rápido y la tomó en sus brazos.

—Reme, Reme, despierta. Despierta, por Dios. Ha sido la impresión.

La tomó en brazos y la colocó en el sofá del salón, le puso un cojín en los pies para que estuviesen más altos que la cabeza y abrió las ventanas que ella ya había cerrado antes.

Le trajo un vaso de agua, pero no reaccionaba. Pensó o en esperar un poco más o en llamar al 061, pero la respiración y el pulso eran normales y decidió esperar a que reaccionara. Se dio un tiempo.

Y al fin abrió los ojos. Sus ojos se encontraron y se echó a temblar descontroladamente.

—Espera que te traiga una tila. No te muevas, y sobre todo no te vayas de nuevo. Tenemos mucho que hablar.

Apenas lo reconocía, tenía un leve acento americano precioso. ¿Sería Lucas o lo había confundido con otro?

Era un hombre impresionante y seguro de sí mismo, guapísimo, alto y olía de maravilla, ese no era su Lucas de los catorce años.

Y ella con una cola desaliñada y un vestido de uniforme de limpiadora con olor a pollo del horno y sintió un poco de vergüenza, pero solo un poco.

—¿Qué, ¿qué haces aquí? —le preguntó temblando aun descontroladamente cuando él entró de nuevo al salón.

—Vivo aquí. Es mi casa —le respondió lo más tranquilo que pudo.

—¿Desde cuándo? —preguntó torpemente.

—Llevo unos meses en España —sonriéndole.

—Marta está enferma y la he sustituido —dijo lo primero que se le ocurrió.

—Marta es lo que menos me importa ahora. —No podía dejar de mirarla intensamente a los ojos.

—¡Estás cambiado! —ella también lo observaba.

—Tú estás mucho más bella.

—Seguro, sobre todo con estas pintas —dijo mirando la ropa de trabajo.

—¡Estás guapa! Siempre lo fuiste. ¿Te encuentras mejor? ¡Vaya susto me has dado!

—Sí, estoy bien. Muy nerviosa, la verdad. No esperaba encontrarte aquí. ¿Vives aquí solo?

—Si lo que quieres saber es si hay alguien en mi vida, no, nunca lo hubo el suficiente tiempo. No estoy casado ni tengo hijos.

Si él supiera... Ahora se encontraba en una encrucijada. Lucas tenía derecho a saber que tenía un hijo y ella era una mujer que nunca dejaba nada para mañana.

—¿Y tú, estas casada, tienes familia?

—No, no estoy casada, pero tengo un hijo —y lo dijo con orgullo.

Lucas lo notó y sintió en ese momento rabia y celos, algo que no había sentido por ninguna

mujer, pero Reme, había sido diferente.

Era como si el tiempo hubiese regresado. Recordó aún en las circunstancias en las que se desarrollaron los hechos de esa maldita noche, la suavidad aterciopelada de su sexo, de cómo entraba en su interior, de haberse hecho dueño de su virginidad y que no había durado ni dos segundos en vaciarse en ella. Era todo horrible, una horrible pesadilla.

Mientras le hacía la tila en la cocina, se pasó la mano por el cuello y por el pelo, queriendo olvidar el pasado maldito que los separó.

Se apoyó por un momento en la encimera de la cocina y cerró los ojos. Definitivamente él también necesitaba otra tila. Y se la hizo. Las llevó al salón.

Ahora era un hombre y haría que ella, si no estaba casada ni tenía otro hombre en su vida, se muriera de placer en sus brazos. Soñaba con ello constantemente. Si las cosas hubiesen sido diferentes...

Era una asignatura pendiente que tenía y que pensaba aprobar con nota. Y tendrían que olvidar ese pasado.

Se dio cuenta de que era suya, que siempre lo había sido porque siempre estuvo enamorado de ella y ahora lo constataba, pero, ¿ella era de él? Por lo visto había olvidado aquella noche, ya que tenía un hijo. No, no podía pensar eso. Sería injusto con ella.

—¿Y el padre? —le preguntó con curiosidad

—Nunca supe donde fue. Mi hijo no sabe nada de él. Hemos vivido los dos solos con mi tía, que murió hace ocho meses.

—Maldito hijo de...

—No, no es nada de eso. Nunca le dije que estaba embarazada.

—¿Por qué? —con incredulidad

—Porque era un crio, yo también, se fue lejos y yo también. No se concibió como debiera haberse concebido. —Se armó de un valor que nunca supo de dónde le salió—. Mi hijo se llama Lucas, como su padre. Tiene dieciocho años y es el vivo retrato de él.

—¿Qué? ¿Quieres decir que tengo un hijo de dieciocho años? —ahora el que estaba a punto de desmayarse era él. Y se quedó de piedra.

Ella asintió.

—Lo tienes. Y es estupendo y para colmo estudia arquitectura, ¿puedes creerlo?

—¿Por qué no lo he sabido hasta ahora? ¿No pensabas decírmelo?

Reme, se echó a llorar desconsoladamente allí sentada, en el salón, con las manos en la cara, por todos los años que no había podido haber llorado, por haber hecho todo sola, sin su ayuda.

Por la soledad infinita de no tener un hombre a su lado ni un padre para su hijo. Salvo su tía, que le había sido de mucha ayuda, había echado tantas cosas de menos, que ahora que lo tenía frente a ella, se daba cuenta.

—Por Dios, Reme, no llores así, lo siento, lo siento, lo siento... —se acercó a su lado abrazándola.

—Tú, no tienes la culpa de aquella noche, ni yo tampoco —le dijo Reme sin dejar de llorar.

—No he querido recordarla nunca, pero la recordaba siempre y me preguntaba dónde estarías, si tendrías otros hijos, una familia, y me dolía tanto...

—Yo pensaba igual que tú. Pero tú no has estado sola. Sin embargo yo sí. He estado solo, no lo dudes. Solo con mis pesadillas. ¿No ha preguntado por su padre nunca?

—Sí, siempre, siempre ha querido conocerlo. Yo le conté que se fue al extranjero y que nunca supe dónde vivía. Que él no sabía que existía porque yo nunca se lo dije.

Lucas dio varias vueltas por la estancia, con las manos en la cabeza, se paró junto al ventanal, y lloró como nunca. Lloró todo lo que debía haber llorado durante tantos años, liberando su pesada carga.

Toda su vida había estado condicionado a aquella noche. La culpa lo había perseguido y sin embargo allí estaba ella, sin echarle la culpa con su generosidad de siempre.

Ella se levantó y lo abrazó por detrás para consolarlo como los amigos que habían sido, pero al tocar su pecho con sus pequeñas manos, sintió algo diferente y electrizante recorrerle el cuerpo y estaba segura de que Lucas, también lo había sentido a pesar de todo.

Lucas le agarró las manos y se dio la vuelta y la abrazó y así permanecieron un buen rato, llorando abrazados.

—Vamos, el chico que yo conocí, no lloraba —secándose las lágrimas.

—Y no he llorado, pero hoy es un día... especial. Quiero conocerlo, quiero... Me he perdido dieciocho años de la vida de mi hijo. Dieciocho años, Reme.

—Lo sé, pero los recuperarás, te lo prometo. Siento no haberte buscado. No podía. ¡Perdóname! Ahora que ha cumplido dieciocho años, iba a buscar un detective para saber de ti. Pero tenía miedo de que tuvieses otros hijos, una familia y no quería remover aquellos recuerdos siendo así. Perdona. Perdóname tú.

—No tienes que pedirme perdón. Tampoco yo te he buscado. Has sufrido mucho. Quiero conocerlo y recuperar el tiempo que me he perdido con mi hijo.

—En serio. Nos merecemos que nuestro hijo nos tenga a los dos y le apoyemos. Creo que te querrá muchísimo. Cuando lo conozcas, lo comprobarás. Pero primero déjame que yo se lo diga, que te he encontrado. Pero te pido una cosa.

—Lo que quieras, Reme.

—Nuestro secreto no lo sabe nadie, salvo tú y yo y así permanecerá enterrado, porque de ese secreto maldito brotó un ser maravilloso, que es nuestro y lo haremos feliz, más del que nosotros hemos sido.

—Te lo prometo. ¿Tienes alguna foto de él en el móvil?

—Sí, mira... dame tu número y te paso algunas.

Al cabo de unos minutos...

—Es igual que yo. ¡Es mío y es todo un hombre!

—Gracias. Lo sé. Ha sido igual que tú, desde pequeño lo ha sido. Es tarde Lucas, debería irme ya. Lucas, nuestro hijo volverá a casa de la Universidad y si no ve que he llegado se preocupará y me llamará mil veces.

—¡Tan pronto!, ahora que te he encontrado...

—Tengo que irme, pero estaremos en contacto.

—Tienes mi teléfono, llámame de noche o de día a cualquier hora— le dijo Lucas.

—Tú, tienes el mío. Te mandaré más fotos en un rato que tenga.

—Gracias. Te llamaré y seguiremos hablando. Dame otro abrazo antes de irte.

Pero no fue un abrazo cualquiera, Él la abrazó fuerte contra su pecho, bajó la cabeza y posó suavemente sus labios en los suyos. Ella se sonrojó como una adolescente y eso a él le gustó. Le sonrió y la acompañó al coche.

—Hasta muy pronto Reme. Tenemos que hablar de tantas cosas...

—Sí, adiós. Tengo que irme ya, siento no poder quedarme más rato.

Sentado en la piscina, pensaba en lo que siempre le decía su abuela, que la vida da tantas

vueltas... y en su caso era cierto. Había dado muchas vueltas.

En estados Unidos y debido a su trabajo, había recorrido prácticamente todo el país, había estado en Londres, en París, próximamente viajaría a Italia, pero el mejor viaje de su vida había sido irse donde estaba ahora.

Tenía un hijo, de dieciocho años, que no conocía y que según su madre era igual a él. Estaba deseando conocerlo. Sería todo un hombre. Según Reme era muy alto y un buen chico. No dejaba de mirar las fotos en el móvil.

Estaba emocionado y con una vorágine de sentimientos que hacían que se le saltaran las lágrimas en la soledad oscura de la noche.

¡Qué casualidades tiene la vida!, que estudiara arquitectura, le enorgullecía, pues le enseñaría a su hijo todo lo que sabía. Estaba empezando a hacer planes.

Se había perdido años, pero iba a recuperarlos, costara lo que costara. Se sintió nervioso y feliz a la vez. Había tratado con gente de diversa índole.

Gente muy distinta, pero tratar con su propio hijo... cuando sus padres se enterasen de que tenían un nieto, se pondrían muy contentos, lo sabía de sobra, dado que su madre siempre insistía en que formara una familia y ahora como por arte de magia tenía una ya formada.

Y luego estaba Reme, esa era otra cuestión, cuando la volvió a ver por la tarde, supo que esa era la mujer que siempre había querido.

Que en todas las mujeres con las que había estado, la estaba buscando a ella. Que todas eran ella.

Seguro habría cambiado, la gente cambia, pero aquella chica trabajadora y peleona, se había convertido en una mujer preciosa para él. Se preguntó con cuántos hombres se habría acostado, y sintió celos.

No era nadie para reprocharle nada, pero no podía evitar lo que sentía, porque para él, el tiempo no había pasado.

El había tenido varias relaciones, muchas para ser exactos, pero pensar que ella las hubiese tenido, le dolía, aunque no era nadie para reprochar nada y ese pensamiento, era un pensamiento machista y lo sabía, pero no podía evitarlo.

No podía esperar que se hubiese hecho monja. Él había sido el primero, en unas circunstancias muy desagradables, pero por Dios que sería el último, la cuidaría como a nadie y le daría la vida que ella merecía y que ninguno le había dado. Y el placer que no puedo darle porque era un crío. ¿Pero qué estaba pensando? ¿Qué sabía él del placer que había recibido de otros hombres? Nada.

Fue otro sentimiento machista y lo sabía, pero cuando pensaba en ella, y después de verla, ese sentimiento machista y celoso, no podía evitarlo, porque a pesar de todos aquellos años, él seguía irremediabilmente enamorado de ella. Lo supo en cuanto la vio, era inevitable.

Iba a conquistar a la madre de su hijo. Lo que no pudo hacer de adolescente lo conseguiría ahora que era un hombre.

Saber que estaba limpiando casas y que él podía ofrecerle una vida mejor y que dejara de trabajar y se convirtiera en una señora, como se merecía, era su objetivo.

Él se proponía que no trabajara más. Ya estaba bien. Ella había trabajado bastante para su hijo y para sus padres y ahora, se acabó.

La protegería y no volvería a trabajar en trabajos precarios. Él tenía mucho dinero para que no lo hiciese. Y la convencería de la forma que tuviese que hacerlo. Ya bastante había aportado ella con su trabajo durante dieciocho años en la educación y crianza de su hijo, pero eso, ya se acabó. Ahora le tocaba a él.

Sintió un deseo enorme de protegerla, se lo debía, ya que no pudo aquella maldita noche. Pero todo iba a cambiar a partir de ahora.

Volvió a mirar la foto de su hijo que Reme le había pasado a su móvil antes de irse. Supo que era suyo. Era igual que él cuando era adolescente.

Y por un instante se encontró en la Higuera, en la escuela, al lado de aquella niña rebelde.

Reme, después de tanto tiempo... la había buscado en cada mujer que había conocido o se había acostado, ahora lo sabía. La búsqueda había terminado. Por esa razón no había podido tener relaciones largas ni la satisfacción que debía haber tenido. Ahora sabía que la razón era Reme.

Para ello, debía enamorarla, como no fue capaz de hacerlo de adolescente. Ahora era un hombre atractivo y lo sabía. Formarían una familia. La que ya tenían.

Tenía que casarse con ella y así se lo plantearía, por su hijo sobre todo y porque si la tenía cerca le sería más fácil conquistarla y seducirla.

La noche estaba preciosa y el día no podía haber ido mejor.

Sonrió en la tumbona del jardín, cerró los ojos y recordó el pueblo y los momentos buenos que pasaron juntos. Eso era lo único que importaba, que por fin, había llegado a casa, que no se había equivocado al aceptar el proyecto de la empresa.

Esos buenos momentos, en que ella, al volver del trabajo del campo, en verano, iba al parque donde estaban todos los chicos, los pocos chicos que había y ellos dos eran como novios. Pero sin serlo, ya que hablaban siempre tanto y de todo, que nunca se aburrían.

Recordaba haber hablado con Reme hasta de insectos. Le gustaba tomarle el pelo, porque ella tenía un toque de ingenuidad que se creía casi todo y luego él se reía, y Reme, le decía que cualquier día le iba a dar un guantazo.

Se lo decía de broma y él se partía de risa, porque Reme, nunca se enfadaba en serio. Ahora bien. Cuando se enfadaba había que echarse a temblar. Pero con él nunca, se lo perdonaba todo.

Recordaba cuánto le gustaba que llegara el verano, porque la gente se casaba y había orquesta y bailaban juntos en las canciones lentas. Siempre las bailaba con él. Y se excitaba como se excitan los adolescentes.

Ahora, su sexo no era el mismo, ni se excitaba de la misma manera. Pero le gustaba bailar con ella y oler su colonia y su pelo largo hasta la cintura.

Reme, nunca permitía que ningún chico se arrimara más de lo debido, ni él tampoco y eso le hizo reír, mientras lo recordaba.

Una tarde la encontró llorando y ella no quería decirle por qué lloraba. Pero al final, se lo dijo en un banco del parque.

Iba calle abajo y salió un chico dos años mayor que ella, de un bar. Era el hijo del dueño del bar. Se acercó a ella y le tocó un pecho. Fue una tontería, pero a ella nunca le habían tocado un pecho.

Le dijo que no se preocupara tanto, que era un idiota y la consoló, pero por dentro quiso matarlo. El problema es que era un chico muy grande y mayor que ellos.

¡Cuántas anécdotas podía recordar! Infinitas, como cuando le enseñaba a todos a copiar en los exámenes.

Él venía aprendido de un pueblo con más alumnos y los del pueblo, eran más ingenuos en ese sentido.

Escribían fuerte en un folio las preguntas que ellos creían que iba a tocar y se quedaba grabado en el folio de abajo y podía leerse. Luego escondían los folios grabados dentro del resto de folios que llevaban al examen. Y si había suerte con alguna de las preguntas, perfecto.

Recordaba también cuando los niños les tiraban piedras a los perros y Reme se ponía loca y los hubiese matado.

Le encantaban los animales y los respetaba. No en vano su padre tenía una especie de corralón con un montón de animales y ella, era la que los cuidaba, limpiaba y echaba agua y comida cuando venía del campo.

A su hermana le gustaba más limpiar la casa y a ella le dejaban los animales. Y hacer la compra.

Cuando recordaba todo lo que trabajó tan pequeña y haber parido a su hijo a los quince años, criarlo a base de limpiar, se desazonaba.

Había sido una niña sin suerte y sin embargo, siempre la recordaba con una sonrisa en los labios.

Y jamás, en los dos veranos que estuvo con ella, se quejó un solo día de tener que trabajar en el campo tan joven y tantas horas desde la madrugada hasta casi el anochecer.

Solo recordaba que aprovechaba todos los momentos que le quedaban para ser feliz como una adolescente de su edad. Y le daba rabia en aquél tiempo que las otras chicas del colegio no trabajaran en el campo en verano y ella sí, con esa fortaleza con la que iba, trabajaba como un hombre adulto, con como la joven que era.

Eso iba a cambiar por más que le pesara a Reme.

Con él no trabajaría ni en casa siquiera. Le daría la vida que merecía. La cuidaría y amaría para siempre. Bien sabía que nunca dejó de amarla.

Había sido otro de los días felices de su vida, encontrarla tras tantos años.

Cerró los ojos y miró al cielo. Había sido un buen día a pesar de todo el trabajo.

CAPÍTULO 5

—¡Mamá llegas muy tarde hoy! ¿Te ha pasado algo?

—Nada, hijo, problemas en el trabajo. He tenido que realizar una salida hoy porque una de las chicas, Marta se ha puesto enferma a última hora y no encontraba a nadie. Y mientras he ido a la empresa después... ya me he tardado más de la cuenta. Se me olvidó mandarte un mensaje.

—Ya no deberías hacer ese trabajo mamá –dijo su hijo enojado.

—Ya lo sé, pero Marta se puso enferma y no encontré a otra. Pero el trabajo era muy llevadero ¿Has comido?, estoy muy cansada hoy. Voy a cenar algo y me voy a la cama. Hoy ha sido un día muy estresante y extraño, cariño. ¿Cómo te ha ido en la universidad?

—He comido mamá y ha sido un buen día. Me ha ido bastante bien, como siempre.

Su hijo se quedó con ella en la cocina mientras cenaba y hablaron de cosas banales, de la Universidad, del trabajo...

—Voy a estudiar un rato, mamá.

—Vale pero no te acuestes muy tarde, que mañana madrugamos.

—Lo besó, le dio las buenas noches y subió las escaleras con cansancio, pensando en Lucas y en todo lo sucedido ese día. Se daría una ducha y se iría a la cama.

Tenían que hablar para ver qué iban a decirle a su hijo, pero de ninguna manera le dirían la verdad de cómo fue concebido.

Le dirían que eran jóvenes, que estaban enamorados. Que en ese tiempo no se habían preocupado de la protección, de que había sido su primer novio. Eso era creíble.

Su hijo tenía que pensar que era fruto del amor. Nunca le haría daño, y luego, que su padre se fue del pueblo y posteriormente al extranjero a estudiar, lo cual era lo más próximo a la verdad, salvo que ella no estuvo enamorada de Lucas en su adolescencia. Pero eso no tenía por qué saberlo su hijo.

Hablaría con Lucas y entre los dos le contarían la misma historia. Al día siguiente lo llamaría, quedarían y, luego ella prepararía a su hijo para el encuentro.

Se sintió muy nerviosa, pues no sabía cómo lo tomaría su hijo, tantos años sin una figura paterna a su lado y lo que estaba por ocurrir, ¿qué querría ahora Lucas?, ¿qué pensaba hacer con respecto a su hijo? Y tuvo miedo, porque ese Lucas bien podría ser otra persona distinta a la que conoció.

Mañana sería otro día, le empezaba a doler la cabeza, porque luego estaba Lucas y el hombre tan atractivo en el que se había convertido. No se parecía en nada a aquél niño flacucho de pantalones cortos y granos en la cara.

Y la había besado y ella se había estremecido. Una ola de calor le había recorrido el cuerpo y tuvo sensaciones que nunca había tenido.

En el beso, que aún tenía sellado en sus labios, no le pareció el chico adolescente que había sido su amigo, sino un hombre seguro e imponentemente guapo.

Se podía hacer mil preguntas esa noche, pero no quiso. Quería dormirse y no pensar. Ya había pensado muchos años y ahora era el momento de la verdad. Y tenía miedo.

Recibió un mensaje en el móvil, de Lucas, como si éste le estuviera leyendo el pensamiento:

“Descansa preciosa y no pienses tanto. Todo lo solucionaremos juntos. Besos”.

Ella le mandó otro dándole las buenas noches.

Eran las once de la mañana cuando sonó su móvil en el trabajo. Era Lucas. Menos mal que la reunión matutina y los cuadrantes se hacían semanalmente, pero había cambios de un día para otro y ya habían terminado su secretaría y ella de hacerlos. Estrella se estaba encargando de mandar los mensajes a los trabajadores.

—¿Sí? —lo dijo, pero sabía quién era.

—¡Hola guapa! —le dijo como quien no se ha perdido durante diecinueve años. Se le notaba contento.

—Vaya, contento por la mañana —le oyó reírse relajado al otro lado de la línea y recordó su olor y su cuerpo duro y fuerte cuando lo abrazó por detrás el día anterior, y el beso en los labios de la despedida que aún tenía sellado en los suyos. Había cambiado tanto... ahora era un hombre muy atractivo, que no pasaba desapercibido a las mujeres.

Su forma de vestir y andar, su altura, su cuerpo y su acento americano, lo hacía impresionantemente guapo y sexy.

—Hola Lucas, ¿qué tal?

—¿Qué casa estás limpiando hoy?, ¿tienes tiempo para salir esta noche?, si no te encuentras muy cansada, claro.

—No estoy limpiando ninguna casa, lo de ayer fue una sustitución, a una compañera de trabajo, nada más. La empresa es mía.

—¿En serio? —Se alegró inmensamente— Mejor, eso me deja más tranquilo. Ya trabajaste mucho de adolescente en el campo. Y cuando lo recuerdo, no me gusta nada.

—Ni a mí, que era la que trabaja en el campo.

—Pero siempre estabas guapa, incluso con aquél pañuelo verde en la cabeza.

—Por Dios Lucas, siempre tuviste una memoria infernal. No me lo recuerdes, sonriendo.

—Bueno, qué chiquita, ¿cenamos? Me das tu dirección y te recojo sobre las nueve, ¿te parece bien?

—Vale, pero te pido que me esperes en la puerta. Antes de ver a nuestro hijo, tenemos que hablar nosotros.

—Te concedo eso, y ahora que te he encontrado estoy a tus pies, princesa —tonteando con ella.

—Deja de hacer el tonto, que yo recuerde, eras un chico muy serio y formal. Esas tonterías de ligón no te van a servir conmigo— le dijo de broma y él lo sabía.

—Como siempre, una chica dura. Tú, por contra, tienes mala memoria, era muy gracioso y así sigo. Tú eras lejana e inaccesible. Cualquiera podía contigo.

—Ah, ¡que gracioso!, bueno te dejo. Que tengo trabajo. Luego nos vemos. Y te mando la dirección por WhatsApp.

Y colgó sin darle más tiempo. Su corazón galopaba a mil por hora. Ese Lucas de ahora, la ponía nerviosa y acelerada.

No recordaba haberse sentido así con él cuando eran jóvenes. Claro que no era el mismo. Había vuelto a perturbar su paz interior y mover en su cuerpo y en su piel deseos dormidos e íntimos no compartidos con nadie nunca.

Le mandó la dirección y él le mandó un emoticono sonriendo y un corazón palpitando.

Era de lo que no había, como si el tiempo no hubiese pasado, como si el tiempo hubiese permanecido quieto para entreabrir su blanca adolescencia... ¿Le parecía que estaba ligando con ella?

En el pueblo cuando eran adolescentes, lo entendía, pero ahora...ella era una mujer normal y él un hombre impresionante que no cuadraba con su forma de vida. Y eso era algo que no pensaba cambiar por nadie, ni siquiera por él.

Tenía una casita pequeña en un barrio tranquilo y sencillo, y él una villa de lujo en un lugar de lujo. Seguro que salía con mujeres de guapas para arriba, altas y delgadas, con figuras de escándalo y pechos de silicona, zapatos de tacones de vértigo y vestidos que dejaban poco a la imaginación.

Ella por el contrario intentaba ir a la moda pero no compraba en boutiques caras, sino en el centro comercial. ¡Dios, su vida se había puesto patas arriba! Pensaba un montón de cosas en las que antes no reparaba, y ni siquiera se planteaba.

Lucas había entrado en su vida como un torbellino. Como cuando era un adolescente y ella tenía que pararlo.

Le movía cosas en su cuerpo que estaban dormidas, que habían estado dormidas siempre, por el contrario, de él recordaba su suave piel de terciopelo recorriendo la suya. No quería pensarlo. No podía.

Cuando Estrella terminó, fueron a comer a la taberna a la que iban siempre y le contó toda la historia, sin obviar nada. Su amiga, permanecía con la boca abierta escuchando embobada, sin poder pronunciar palabra.

—¡Cierra la boca! Y come algo – le dijo Reme.

—No me lo puedo creer Reme. Y te has guardado todo eso tú sola durante todos estos años. ¡Mujer! y dices que está muy bueno y que es un hombre de película... A por él. Es tu hombre, el primero, el único y el padre de tu hijo. No dejes que ninguna lagarta te lo quite. Es tuyo.

—¡Calla loca!, con el montón de problemas que tengo y tú pensando en buscarme pareja.

—Te lo mereces, siempre trabajando y cuidando a Lucas y a tu tía abuela y nada para ti, tenemos que salir de compras el sábado por la mañana y no me digas que no. Te prepararás un vestuario nuevo. Seguro que él por cómo me dices que viste, te invitará a algún evento y debes estar impresionante para él. Así que no se hable más, sábado por la mañana, sábado de ponernos guapas y de compras.

—¡Uf!, no me gusta nada ese plan, amiga.

—Sin peros, a por ese hombre, que además es el padre de tu hijo. Quiero una foto el próximo día que estéis juntos.

—Tengo mucho miedo Estrella, en serio. Si no ha cambiado querrá hacerlo todo a velocidad de vértigo.

—¿Pero te gusta?

—¿A qué mujer no? Es espectacular, por eso me da más miedo. El sexo es lo que me da más miedo. Soy una inexperta.

—¡Joder Reme!, que te enseñe. Además, después de lo que pasó, será contigo especial.

—Eso si salimos juntos. Bueno, es todo una locura, qué digo. Aún no se ha planteado nada de eso. Vámonos que estoy desvariando. Anda.

El viernes por la tarde, a las nueve ya estaba lista para salir con Lucas, con un vestido estrecho hasta las rodillas, sin mangas y cuello a la caja, muy elegante y zapatos de tacón. Era el único que tenía para las ocasiones.

Estrella tenía razón. Tenía que salir de compras. Una cola de caballo alta, que le hacía parecer más esbelta y un bolso negro al igual que los zapatos de tacón, terminaron el conjunto. Maquillada lo imprescindible y más nerviosa de lo normal.

—Mamá, ¿dónde vas tan guapa?, le dijo su hijo, que estaba sentado en el sofá viendo la tele, después de silbarle.

—Tengo una cita con un hombre. Ya te contaré. No me pongas más nerviosa. No preguntes. Te lo contaré todo, pero no ahora.

—Quiero saber quién es... ¡Jo mamá!

—No lo conoces pero te lo presentaré uno de estos días. Es arquitecto y me está esperando.

—¿No será ese coche que está en la puerta? Debe estar forrado. Vaya, vaya, pisando fuerte, ¿eh mami? Así me gusta.

—Deja de decir tonterías, es un amigo del pasado, de la escuela del pueblo.

—Pues se ve que le ha ido bien.

—Bueno, dame un beso y pórtate bien. Hay cena en la nevera antes de irte. Hasta luego.

Y salió por la puerta, Lucas ya estaba esperando en el coche, se bajó y fue a abrirle la puerta mientras ella ya hacía las maniobras para meterse dentro.

—Perdona no estoy acostumbrada a tanta caballerosidad.

—Eso es porque no has encontrado hasta ahora tu caballero de brillante armadura. Por cierto, ¡estás preciosa!

—Gracias, tú también estás muy guapo.

—No has cambiado nada —dijo él moviendo la cabeza a un lado y a otro.

—He cambiado mucho Lucas.

—Supongo que no ha sido fácil. Espero que me lo cuentes todo.

Llegaron a un restaurante caro, con aparcacoches y ella se sintió como si no perteneciese a ese mundo al que él sí estaba acostumbrado.

—Me siento un poco incómoda por el sitio. Generalmente estoy acostumbrada a sitios menos excelentes.

—¿Cómo el bar de Pepe? Escuchando a Antoñita Peñuela...

—¡Qué bobo eres, aún te acuerdas!, ¡qué tiempos más inocentes! —Dijo con cierta melancolía — pues eran tiempos muy bonitos.

Entraron en el restaurante y se sentaron en un rinconcito íntimo, al lado de una ventana y les dieron la carta.

—No mires los precios. Pide lo que quieras, que invito yo, ya te lo dije.

—Es que me gusta todo.

—¿Pido yo?

—Vale gracias.

Pidieron un cóctel de gambas como entrante, unas cervezas, porque ella la tomaba sin alcohol y un solomillo al whisky con patatas arrugadas canarias. De postre un cóctel de frutas, cava y una bandeja de mini pastelitos de chocolate.

—Bueno, cuéntame qué fue de tu vida Lucas.

—Lo mío es más corto y resumido. Cuando pasó *aquello*, no quisiste ponerte en contacto

conmigo, no me contestaste a ninguna de las cartas, por lo que no pude despedirme de ti. Estuve desesperado. Muchos meses. Esperé que me escribieras al menos algo. Como vi que no iba a ser eso posible, dejé de escribirte, pero nunca dejé de sentir una culpa tremenda. Me gustabas mucho —la miraba a la cara con amor—. Estaba enamorado de ti y creo que siempre lo he estado. Toda mi vida te he recordado. No he podido olvidarte. Pero aquella noche, me ha pasado factura toda la vida, Reme. Supongo que a ti también. Nunca he estado bien.

—Eso fue por lo que pasó, Lucas. No creo que... —No la dejó terminar

—No, no sólo fue por eso. Eras la mujer de mi vida. En aquél tiempo adolescente, yo, ya lo sabía. —Él la miró sonriendo— ¿Te has puesto colorada?

—Un poco la verdad. —dijo algo avergonzada—. Yo en ese tiempo no pensaba en temas amorosos ni nada de eso. Era una niña infeliz que trabajaba en el campo mientras vosotros jugabais al salir de la escuela y yo, no podía. Os tenía envidia. Me sentía una víctima. Pero es que yo creo por otro lado que era feliz por naturaleza. Por eso siempre estaba alegre. Y no es que ahora no lo sea, pero aquello que nos pasó, me quitó la alegría durante mucho tiempo. Hasta que tuve a Lucas. No tuve infancia, ni adolescencia ni juventud. Pasé de ser una niña a ser una adulta con un hijo y responsabilidades. Y eso es duro también.

—Ya lo sé. Me daba cuenta de que trabajabas demasiado. Y eso me dolía. Yo también perdí mucho, por eso quise alejarme de todo y de todos. Cuando terminé el instituto, gané una beca para realizar arquitectura en la Universidad de Nueva York. Volvía algún verano, otros me quedaba a trabajar, porque ya sabes que los viajes son caros. Y aunque mis padres no estaban mal, no podían permitirse tanto viaje. —Lucas le siguió contando—. Cuando terminé la Universidad, entré en prácticas en un estudio de arquitectura y fui subiendo de escalafón. He viajado por muchos países, hemos estado diseñando hoteles de cinco estrellas, apartamentos y villas de lujo, de todo cuanto nos encargaban. Tuvimos como todo el mundo, la recesión, pero a nosotros no nos afectó, pues hacíamos casas para ricos. Y los ricos siempre tienen dinero. Me compré un apartamento en Central Park. Invité a mis padres varias veces y a mi hermano en vacaciones. Tuve que venderlo todo para venirme a Marbella, pues aquí voy a estar mucho tiempo, espero que para siempre. Mis padres viven en Mijas.

—¿En serio, están muy cerca? ¿Están jubilados? —preguntó con curiosidad.

—Sí, además echaba de menos España y cuando me enteré de que se abría una sucursal aquí, y me la ofrecieron, la acepte sin pensarlo dos veces. Tendré que viajar algunas veces a Italia y Francia, o Inglaterra, pero serán viajes puntuales. El resto del tiempo, trabajaré aquí. Tengo el estudio en la torre OBAB, en el último piso.

—¿En serio? Mi empresa está en frente, justo en la esquina. Se llama Doble R ¡No puedo creerlo! Ocupa la planta baja. Da a la calle.

—Ya sé cuál es. La chica que me limpia la casa es de tu empresa. Mi secretaria la contrató. Estamos cerca trabajando. Bueno, pues esa es mi vida en sí. Me compré la villa que es preciosa, maravillosa, por las vistas y la intimidad que me da. Un par de coches, este y el todoterreno que viste. Me gustan los todoterrenos, sobre todo si sales al campo o a la sierra y ya sabes que Málaga tiene de todo.

—Vistes trajes hechos a medida, hueles a perfume muy caro y seguro que las mujeres te persiguen.

—¿Te molestaría? —preguntó sonriendo e interesado, pensando en lo que ella se había fijado de él.

—No tendría por qué, —dijo ella sin apenas atreverse a mirarle—. Eres libre y el hecho de

que hayas aparecido de nuevo en mi vida, no me daría derecho a estar celosa si sales con alguien. Tienes una vida y la tenías antes de volver a encontrarnos. No quiero cambiarla, de verdad. Cada uno debe seguir con la suya y compartir a nuestro hijo.

—Pero da la casualidad de que no salgo con nadie. No quiero compartir mi vida con ninguna otra mujer que no seas tú.

—Pero Lucas, es como si acabáramos de nuevo de conocernos. No puedes decirme eso al día siguiente de vernos, tras diecinueve años sin saber nada el uno del otro. ¿No ves que eso no es normal? —le dijo escéptica ante su cabezonería.

—Es lo más normal del mundo. Para mí, con respecto a ti, es como si no hubieran pasado los años. Cuando te vi, supe que estabas ahí, que eras tú, que eras la mujer o la adolescente a la que quise como a nadie, la mujer de mi vida, la que he estado buscando en cada una de las mujeres que he conocido y eso, yo no puedo olvidarlo. Has cambiado, sí, pero me pareces más bella aun. Ahora eres una mujer, la madre de mi hijo y nunca me he alegrado tanto de ello. Y no tengo a nadie en mi vida ni he estado con ninguna desde que estoy aquí. Bastantes meses ya.

Por un momento a ella le agradó que no hubiese nadie en su vida. Él continuaba hablando. Y ella escuchaba en silencio con las manos juntas en el regazo, con cierto azoramiento.

—En ese sentido mi vida no ha sido fácil. Mi relación con las mujeres digamos que ha tenido connotaciones de una noche de verano. No me he enamorado nunca. He estado con mujeres, claro, pero nada serio nunca. ¿Y tú?, ¿tú sí te has enamorado?

—Tampoco. No he tenido tiempo. He tenido mucho trabajo, antes de tener a Lucas y después. Y tenía miedo por lo que pasó.

—¿Pero habrás salido con hombres?

—He salido con algunos sí, pero no hemos encajado. Me ha pasado un poco como a ti, en cuando salía a cenar un par de noches, no volvía a salir. Y eso que algunos eran personas excelentes.

—Yo tenía reglas —dijo a Lucas

—¿Qué reglas?

—No pasar la noche con ninguna después del sexo y no comprometerme, además de usar protección siempre. Así que ellas sabían a qué atenerse. En eso he sido inflexible. Por eso no me duraban más de dos meses las relaciones. Cuando veía que querían más de lo que yo podía ofrecerles, cortaba la relación.

—¡Qué triste! —dijo ella mirándolo directamente a sus ojos.

—No para mí. Puede ser que esa reacción se deba a lo que nos pasó. Y ahora que ya sabes todo de mi vida a grandes rasgos, espero que me cuentes tú. Y hablaremos después de nuestro hijo.

Ella le contó, cómo iba a ir a Martos a estudiar con una beca al instituto y luego quería estudiar empresariales o económicas.

—Nunca quise salir después de aquella noche, sentía tanta vergüenza..., me sentía culpable y me parecía que si me veían, todo el mundo iba a saber lo que nos pasó. No podía mirarte a la cara, ni a ti ni a nadie. Así que me quedaba en casa y no salía. Ni siquiera a Rosa se lo conté y eso que ella siempre me preguntaba qué me había pasado. Creía la pobre que nos habíamos enfadado por algo.

Tras una pausa, continuó:

—A mi madre aquello le mosqueaba, pues sabía que después de venir del campo yo me iba de paseo siempre, que me gustaba salir todas las noches. Le decía que estaba cansada y me salía a la

calle con la mecedora por las noches y hablaba con las vecinas en esos corrillos que se ponían, ya sabes.

Le dio un sorbo a la cerveza...

—Luego empecé a vomitar y me di cuenta de que no me venía la regla. Mi madre se dio cuenta también. Después fue todo en plan vertiginoso, que la niña no puede abortar, ni quedarse en el pueblo, etc. Así que se acordó venirme con mi tía abuela a Marbella, porque estaba sola, viuda, sin hijos y aquí trabajaría en los hoteles. Mi tía, estaba encantada. El embarazo fue bastante malo y el parto duró una eternidad. Trabajé limpiando habitaciones hasta el parto. Mi madre vino unos días, hasta que estuve en casa adaptada y tuve que cuidar a mi hijo yo sola. Pero mi tía disponía de una casita, esta que has visto, pequeña y una pensión más o menos igual. Así que en cuanto pude encontrarme bien, ella me cuidaba el niño y yo volví de nuevo a limpiar, para una empresa, hoteles, villas, casas, etc. Lo que me mandaban. Trabajé muy duro hasta casi que Lucas entró en el Instituto. Había ahorrado un dinero para la Universidad de Lucas, pero me propuse montar una empresa de limpieza el verano que Lucas terminó el colegio.

Hizo una breve pausa...

—Me la jugué y me va muy bien. Mi hijo... nuestro hijo Lucas, tiene beca, porque es muy bueno y estudioso y ayuda en verano en la empresa cuando tengo que dar vacaciones y él sustituye a alguna persona. Luego mi tía enfermó y tuve que cuidarla durante cuatro años. Los cuatro que Lucas estuvo en el Instituto. Tuve que meter una chica a media jornada y yo la cuidaba por las tardes y trabajaba el papeleo desde casa. Hasta que hace ocho meses falleció. Me dejó la casita y un dinero que yo no sabía que lo tenía para reformar la casa, y eso hice.

—Eres una gran mujer —la mirada embobado y la admiraba—. Siempre trabajando. No te imagino sin hacer nada. Pero me alegro de que tengas una empresa y sea otro tipo de trabajo el que realizas. Te lo mereces.

—Gracias. Ahora estoy mejor, sin duda. Me gusta mandar —le dijo riéndose.

—¿Y hombres?

—¿Qué hombres? Ya te dije. Ninguno que estuviera a la altura de lo que pido.

—¿Y qué pides?

—Amor, respeto, pasión, igualdad, que me trate bien y que quiera a mi hijo que es lo primero para mí. Pero que sienta algo por él. Y no ha ocurrido con nadie de momento.

—Ocurrirá, ya verás —dijo con total seguridad de que iba a ser él el elegido.

—Estás muy seguro.

—Lo estoy. Voy a hacer todo lo posible para que funcione.

—¿Para que funcione qué? —le contestó perpleja.

—¡Dejémoslo de momento pequeña! ¿Qué vamos a decirle a nuestro hijo Reme?

—La verdad, excepto lo de la noche aquella. Que estábamos enamorados y me quedé embarazada. Que éramos muy jóvenes y en ese tiempo no sabíamos de protección como se sabe hoy.

—¿Estábamos enamorados? —le preguntó más sabiéndolo que sin saberlo.

—Bueno, algo tendremos que decirle. Pero de ningún modo la verdad. Te lo pido, Lucas.

—Yo, le diré la verdad, que estaba enamorado hasta las trancas de su madre y que a pesar de las mujeres que he conocido, nunca la he olvidado, ni he querido a ninguna, salvo a ella.

Reme, se puso colorada y bajó la mirada. El niño que ella conoció, que fue su amigo nada más, era un hombre imponente ahora que le hacía sentir cosas nuevas, que nunca había sentido.

Le hacía desear sexo. Ese sexo que le había dado miedo toda la vida y que no había podido

tener. Había dedicado su vida a su hijo y a su tía, a su trabajo, pero ahora estaba sintiendo cosas que no estaban a su alcance.

Él estaba a mil kilómetros de su estatus. Solo tenían en común a su hijo, e iban a verse mucho, y eso le dolía y sabía que iba a sufrir, porque si era sincera consigo misma, Lucas le gustaba. ¡A qué mujer no...! Y ella, no era diferente a otras.

—Entonces estamos de acuerdo, ¿vale? y no me digas esas cosas, que me pones nerviosa.

—Eso pretendo, ponerte nerviosa y excitable. Nuestro hijo, no va a cambiar el hecho de que aún podemos ser una familia.

—¿Estás loco? Pero si apenas nos conocemos Lucas... ¡mira que eres testarudo!

—Lo dudo, yo te conozco y te daré el tiempo que necesites para que me conozcas. No te defraudaré. Y hablando del tema, ¿cómo vamos a decírselo y cuándo?

—Hablaré con él mañana sábado. Yo primero, y luego podemos quedar por la tarde y te lo presento.

—Quiero que vayáis a cenar a casa. Temprano, así podemos hablar primero y cenamos en la terraza del jardín. ¿Te parece?

—Me parece bien. De acuerdo.

—¿No quieres postre?

—No me lo perdería por nada del mundo. Chocolate.

—Cómo no...

—Siempre me ha gustado el chocolate. ¿Recuerdas cuando no era chocolate? Era un cacao parecido al chocolate, sucedáneo, hasta que en las tiendas apareció el de la campana, con un papel verde amarillo. Ese estaba muy bueno. Además el chocolate calma la ansiedad.

—¿Tienes ansiedad? —preguntó curioso.

—Tengo unos nervios que no me sostengo. Primero encontrarte de nuevo. De todas formas iba a buscarte, porque Lucas ha cumplido dieciocho años. Iba a contratar a un detective privado. El encontrarte ha removido todo el pasado, pero quizá sea bueno y la vida nos lo ha puesto ahí para que lo superemos. Y ante todo, cómo reaccionará nuestro hijo. Me ha preguntado mil veces dónde estaba su padre y quién era. Le ha preguntado a mis padres, pero como nadie lo sabía, no podían decírselo. Una noche tuve una conversación seria con él, cuando tenía más o menos diecisiete años. Le prometí que si cuando cumpliera la mayoría de edad no lo había encontrado, lo buscaría. Y ahora te he encontrado. Mil veces le dije que estaba en el extranjero sin saberlo —seguía contándole Reme— Me lo inventé y no me gusta mentirle a mi hijo. Sobre todo cuando ya tiene una edad suficiente como para saber que le estás mintiendo. Ellos no son tontos. Pero afortunadamente con ese acento que tienes, va a saber que no le mentí, gracias a Dios. Creo que debí buscarte antes o tú a mí, pero supongo que teníamos miedo a lo que nos íbamos a encontrar.

—Yo, pensé mil veces en buscarte también, incluso cuando volvía a España por vacaciones. Pero siempre pensé que podrías estar casada en el pueblo y con hijos. No sé por qué pensaba eso y no otra cosa. Jamás pude imaginar que estaríamos tan cerca el uno del otro.

—Ya has visto que no. Y menos mal que se tomó una buena decisión. En el pueblo me hubiese muerto de pena. Creo que fue la mejor decisión para mí, por una vez.

Lucas pagó la cuenta y salieron del restaurante. Por un momento permanecieron en silencio mientras él conducía de vuelta a su casa.

—La comida ha estado buenísima, gracias —dijo Reme.

—Sí, este restaurante pequeño pero íntimo, lo descubrí hace un par de meses y me gustó mucho la comida.

—Es bonito. Me ha gustado, pero no he querido ni mirar los precios.

—Ni falta que te hace. No te iba a dejar pagar.

—¿A qué hora vamos mañana a tu casa? —Preguntó Reme cambiando de conversación.

—¿Te parece bien a las siete? Allí estaremos bien y así conoce dónde vivo. Podemos quedar por la tarde y luego cenamos juntos. Pediré algo de cena.

—Sí, me parece bien a esa hora y el sitio también. Si quieres llevo yo algo. Puedo hacerlo.

—No, no te haría trabajar un sábado. No te preocupes por eso. Comeremos sin que tengas que cocinar.

—Pues allí estaremos. Le contaré mañana por la mañana todo. Hoy llegará tarde a casa. Los viernes viene tarde de estar con sus amigos.

—¿Y si no quiere conocerme, Reme? Tengo algo de miedo. No sé cómo actuar con un chico de dieciocho años y menos si es mi hijo.

—No te preocupes por eso. Es un chico especial y querrá conocerte. Cuando sepa todo, te preguntará hasta la extenuación. Querrá saber toda tu vida y en cuanto de entere de que eres arquitecto y él está haciendo la misma carrera que hizo su padre sin estar previsto, le va a encantar y le va a parecer fantástico. Le gustarás. —Cogiéndole las manos— Quédate tranquilo. Nuestro hijo es un chico especial. No porque yo lo he educado así, es que siempre lo ha sido.

—Si lo has educado tú, seguro que lo has hecho a la perfección.

—No creas, ten en cuenta que era apenas una cría y trabajaba mucho para sacarlo a delante sin que pasara necesidades. Pero no quiero que tenga caprichos. Cuando él trabaje, que se los pague.

—Siempre has sido dura.

—La vida es dura Lucas. Lo fue con nosotros. El que hayas vuelto, me traído recuerdos muy dolorosos, como a ti, supongo. Pero veo a nuestro hijo y no es que se me olvide aquella horrible noche, sino que me parece que éramos otros. Como si hubiera un paréntesis para olvidar, entre los amigos que éramos y cómo somos ahora. ¿A ti no te pasa algo así?

—No Reme, a mí, me pasa que no puedo olvidar el daño que te hice sin pretenderlo. Y no puedo quitármelo de la cabeza, por más que quiera.

—Pero no me hiciste daño. Tú no tuviste la culpa. No puedes culparte por ello, ni yo tampoco. Los culpables fueron ellos.

—Pero no me contestaste a las cartas. Y me sentí así.

—No pretendía eso. Yo, tenía mi dolor, pero bajo ningún concepto te hice a ti culpable de lo que nos pasó. Lo que pasa es que no podía mirarte a la cara. Era una niña. Una niña muy vergonzosa para los temas sexuales. Eras mi amigo, y lo nuestro fue tan extraño que quise poner distancia. Pensé que como te ibas a ir lejos, ya no volveríamos a vernos más y era lo mejor. Olvidarlo todo, pero ya ves. He tenido algo tuyo durante dieciocho años para no olvidarte.

—Si lo hubiese sabido, te habría ayudado.

—Y no serías el hombre que ahora eres.

—Pero hubiera estado contigo y con mi hijo.

—Eso no lo sabríamos.

—Ya —dijo, y se quedó pensativo.

—Vamos a olvidarnos de todo y seguir adelante. Y quiero que no te sientas culpable. Yo te ayudaré. Afortunadamente yo, he superado gran parte de ello gracias a Lucas, nuestro hijo y ahora cuando lo conozcas, tú también lo harás. —Él la miraba embobado mientras mostraba sus razonamientos— No tenemos nada que perdonarnos, pero sí por lo que luchar aún. Tenemos un gran trabajo por delante con nuestro hijo y tú más que nadie.

—Eres una mujer magnífica. ¿Lo sabes? Te lo digo muy en serio.

—Gracias, pero me considero una mujer normal, Lucas. Pero no me gusta haberte encontrado con esa culpa. Me vas a prometer que vas a olvidarte de ello y lo vamos a superar.

—Gracias Reme. Lo voy a intentar, por ti y por nuestro hijo.

—Bueno, nos vemos mañana, ¿vale?

Salieron del coche y se despidió de ella en la puerta de la casa de Reme. Parecía haberse quitado un peso de encima con sus palabras. Era la mujer más bella por dentro y por fuera que él hubiera conocido. Siempre dispuesta a ayudar.

Antes de que entrara en casa, la cogió por la cintura, la pegó a su cuerpo y bajando la cabeza, la besó. Ella permaneció quieta, y él introdujo su lengua en la boca de Reme y la recorrió en una danza húmeda, entrelazando su lengua con la de ella.

El beso fue largo, con sabor a chocolate y cuando terminó, ella estaba agitada y encendida. Se miraron y él se dio la vuelta despidiéndose de ella hasta el día siguiente.

—Adiós pequeña. Hasta mañana.

CAPÍTULO 6

Casi no pudo dormir esa noche pensando en el beso que él le había dado. La desarmaba. No sabía que con un simple beso pudiera desear más.

Pero es que no fue para ella un simple beso. Eso no le había pasado con los demás hombres que la habían besado. No muchos, tres, si era buena recordando, pero cuando Lucas la besó, eso, era muy diferente. Y se sentía extraña e inquieta.

Habían compartido un instante íntimo en la noche. Ella se abrió para que él pudiera entrar en su boca y en su vida.

Y sintió frío en las espaldas y calor en los ojos. Se amodorró contra la almohada, pensando qué significaba aquello. Aquello iba de su hijo, no de ellos, ¿o también de ellos?

Lucas se lo había dicho de mil formas distintas, que nunca había dejado de estar enamorado de ella, desde siempre y ella nunca se dio cuenta.

Se habían conocido como amigos y ahora se conocían en un beso hondo y en una lánguida mirada. Y ella no sabía qué pensar.

Le había gustado ese beso. Ese beso distinto y mágico. Y ¿qué sabía ella del amor y de los hombres? NADA. Y tuvo miedo. Y no lo tuvo, porque era su amigo.

A la mañana siguiente, sábado, mientras desayunaban madre e hijo, ella le dijo:

—¿Recuerdas que te dije que tu padre desapareció de mi vida y nunca más supe de él porque yo me vine del pueblo y él se fue al extranjero?, en concreto a Estados Unidos.

—Sí... —dejó los cereales y se quedó con la boca abierta— ¿Mi padre ha aparecido? —Adivinó su hijo.

—Sí, me lo encontré por casualidad, haciendo una sustitución hace tres días...

—¿Hace tres días y no me has contado nada?

—Espera, espera, teníamos mucho que hablar. No sabía que existías. No supo que yo me quedé embarazada. Y tampoco sabía yo qué tipo de hombre era. En qué clase de hombre se había convertido. Tengo que protegerte, no quiero que te hagan daño, tampoco sabía si él tenía otros hijos, otra familia, si te quería conocer. Todos esos asuntos.

—Mi padre... ¿cómo es? —preguntó con mucha curiosidad.

—Tan guapo, alto e imponente como tú, eres su vivo retrato. Es Arquitecto. También como tú. Ni a propósito...

—¿Arquitecto? ¡No me lo puedo creer!

—Pues créelo, y quiere conocerte. No tiene familia, es soltero, rico, creo y un buen hombre. No ha cambiado nada salvo físicamente desde que no nos hemos visto. Bueno sí, es un hombre seguro de sí mismo. Y es tan inteligente como tú. Creo que te va a gustar mucho.

—¿Pero cómo? —Se levantó y recorrió la cocina y volvió a sentarse.

—Todo podemos contártelo en su casa. Nos ha invitado esta tarde. Claro que si no quieres conocerlo o no quieres ir... ya se lo dije a él. Que sería lo que tú decidieras. Pero ten en cuenta que si no te ha buscado o conocido antes, no ha sido culpa suya. No sabía que existías y en cuanto se lo he dicho, está haciendo planes.

—¿Estás loca mamá?, claro que quiero conocerlo. No sabía que yo existía. Quiero, quiero

saber cómo es. Siempre he querido y tú lo sabes.

—Muy bien. Hemos quedado esta tarde con él. Te gustará y te habré perdido, podéis hacer muchas cosas los dos, como las que yo hacía con él cuando éramos adolescentes. Cosas que os habéis perdido por el camino tantos años...

—Y tú, mamá, ¿qué opinas?, ¿qué vas a hacer? Y no me perderás, no seas tonta. Te quiero mucho. Más que a nadie en el mundo. No digas tonterías. —Y la abrazó fuerte.

—Gracias mi amor, yo también —dijo abrazándolo—. Voy a dejar que te conozca. Os lo debéis y además os merecéis conocerlos. Sois iguales.

—Pero me refiero a ti, ¿no quieres salir con él? —Le dijo todo ilusionado.

—No me lo ha pedido en ese sentido. Acabamos de vernos. Ahora lo más importante eres tú. Lo nuestro, ya se verá. Tu padre es un terco cabezota.

—Estoy impaciente. Mi padre. Es viejo, ¿es joven?

—Tiene la misma edad que yo, recuerda que teníamos casi quince años así que tienes unos padres muy jóvenes. Es muy elegante. Viste de diseño y lleva perfume caro y me temo que terminarás haciendo lo mismo y convirtiéndote en un señorito. La vida le ha ido muy bien. Ya verás. Esta tarde hemos quedado en su casa a las siete. Así que ve al gimnasio y se te hará la mañana más corta, que voy a recoger y a ir con Estrella de compras al centro comercial. De camino me traigo algo de comer. Luego hablaremos.

—Mi padre... mi padre —conforme salía por la puerta con el bolso del gimnasio.

Reme quedó sonriendo. Había sido más fácil de lo que ella suponía. Ahora quedaba el encuentro. Eso ya iba a ser diferente. Esperaba que se gustasen.

Cuando recogió la casa e hizo la colada semanal, ya tenía en su puerta a Estrella, preparada para ir al Centro Comercial.

Aparcaron y primero fueron en busca de un café.

Recorrieron un montón de tiendas, comprando aquí y allá. Hizo que Reme, se gastara mucho más de lo que pensaba. Un par de vestidos de fiesta largos, dos de cóctel, ropa informal, vestidos, pantalones faldas, blusas y camisetas, tops, sandalias, zapatos de tacón de varios colores. Bisutería a juego en una tienda preciosa que tenía pendientes muy bonitos. Dos o tres bolsos y ropa interior. Le hizo comprarse una docena de conjuntos y tangas maravillosos.

—Claro, como tú no pagas... —le decía Reme.

—¡Eh! Que yo también he gastado una pasta.

—Pero no como yo. Me acabo de gastar casi mil euros por tu culpa.

—Los vas a amortizar. No tienes ropa bonita, y tienes un hombre que ha salido seguramente con mujeres elegantísimas con ropa de diseño. Así que no es ropa de diseño, pero es preciosa moderna y a la moda. Y vas a estar a la altura de ese pedazo de hombre. La ropa interior es lo que más le va a gustar. Demuéstrale lo pueblerina que eres...

—¡Eres tremenda Estrella!

—Si cree que llevas bragas de algodón, va listo.

—Es que llevo bragas de algodón. Son muy cómodas.

—No a partir de ahora, llevarás tangas de encaje transparentes. Y eso depilado, a los hombres les gusta. Ahora está de moda. Llevas una docena, más las doce de los conjuntos. Lo vas a matar. Y las del cajón, las tiras a la basura. Esto no es Nueva York, pero es Marbella. Mucho mejor. Fuera las bragas de algodónnnnn...

También le compró a su hijo, camisetas, un par de camisas y un par de pantalones.

—No tienes remedio...

—Sí que tengo. A por maquillaje y perfume y nos vamos a casa.

Cuando llegó a su casa, su hijo estaba allí y se quedó asombrado de todo lo que había comprado.

—Cierra la boca hijo y pide hamburguesas o una pizza, que no me ha dado tiempo. Voy a matar a Estrella.

—Te has traído todo el centro comercial, mamá. Espero que me hayas comprado algo.

—Si encuentro tu bolsa, te la daré.

—Me encanta que por una vez te compres ropa, te lo mereces. La tuya estaba ya anticuada. Y Estrella tiene razón. Es tu amiga. Deberías hacerle caso alguna vez.

—Ya estás como Estrella, y quiere que el mes que viene me compre más. Está como una cabra. Mi cuenta corriente ha bajado como la espuma.

—Mamá todo el mundo va semanalmente a comprarse algo. Pero tú nunca te compras nada y ahora que puedes, debes hacerlo para estar más guapa y a la moda.

—¿Te parezco anticuada? —Le pregunto su madre preocupada.

—No es eso, es la ropa. Necesitabas ya ropa. La moda cambia, mamá y quiero verte guapa y joven y presumir de madre.

—Bueno, no sé. Pensaré en ir comprar de vez en cuando.

Su hijo se acercó a ella y la abrazó y rebuscó entre sus bolsas y encontró la suya.

—¿Qué guapo todo, mamá! Gracias. Eres la mejor.

—No tienes otra, gamberro. Vamos a colocar esto mientras vienen las hamburguesas.

Reme estaba nerviosa. Se había puesto una falda vaquera más corta de lo normal y estrecha de flores de color rosa y amarillo, unas sandalias de tacón alto y una blusa rosa de pico que enseñaba demasiado, que había comprado por la mañana.

Se maquilló ligeramente, y se echó unas gotitas de un perfume que Estrella eligió para ella y que le había costado casi cien dólares, tomó su bolso y salió al salón donde su hijo la esperaba impaciente.

—Mamá, vamos a llegar tarde. —Con los nervios a flor de piel— ¡Qué guapa mamá! ¡Pareces una jovencita!

—Tu madre es joven. Y tranquilo que tenemos tiempo. ¡Qué guapo te has puesto!

Salieron por la puerta y tomaron la autovía camino a la casa de Lucas, que estaba a casi cinco kilómetros, colina arriba. Tuvieron que salir de la autovía y...

—¡Mamá esto son villas muy caras! ¡Qué pasada!

—Ya te dije que tu padre era rico y que vivía en un lugar de ricos.

—¡Qué pasada!... —volvió a decir de nuevo, mientras su madre sonreía.

Lucas estaba esperando y abrió la verja de entrada. Ella aparcó detrás del todoterreno ya que las dos plazas de aparcamiento estaban ocupadas.

Cuando bajaron del coche y se fueron acercando a Lucas, no había duda de que eran padre e hijo. Los mismos andares. La misma altura, la cara, los gestos. El mismo color de ojos. Lucas sintió ganas de llorar. Los ojos se le humedecieron, lo que no le pasó desapercibido a Reme.

—Lucas, este es tu padre, se llama Lucas como tú.

—Ven aquí hijo, dame un abrazo.

El abrazo fue emotivo para los tres, que terminaron con lágrimas en los ojos.

—Vamos, vamos, dijo Reme, dejemos ya este velatorio.

—Sí. Tengo preparado algo para comer, espero que os guste. Pasad, tomemos algo y luego os enseño la casa, aunque tu madre ya casi la conoce del todo.

—Cuéntame Lucas, ¿cómo te va este primer año en la Universidad?

—Muy bien, me encanta la Arquitectura —le contaba todo ilusionado.

Tiempo que les llevó a hablar casi diez minutos de arquitectura, mientras ella picaba y comía y los observaba encandilada, pensando lo bien que encajaban.

Se miró y miró alrededor y se imaginó viviendo allí como una familia. De momento desterró esas suposiciones y sueños.

—Parece que tu madre se aburre. La hemos dejado al margen de la conversación.

—¡Perdona mamá!

—No pasa nada, este tiempo es para vosotros, cariño.

—Quiero que comprendas hijo que yo nunca supe de tu existencia y si no encuentro a tu madre en esas casualidades de la vida, hoy no estaríamos aquí. Todo lo que tengo es tuyo, quiero que me llames papá. Si tú quieres, claro. Nunca he dudado de la palabra de tu madre de que eres mi hijo y ni falta que me hace. Me gustaría que pasaras tiempo conmigo, ese tiempo que hemos perdido, y conocernos y enseñarte cosas que un padre enseña a su hijo, aunque te advierto que soy padre primerizo, pero haré lo que esté en mi mano para que seas un buen hombre. Tú madre hasta ahora ha hecho un buen trabajo y yo quiero complementarlo.

—Gracias papá. Si mamá me da permiso...

—Te lo doy hijo. Tienes todo el derecho de conocer a tu padre.

—Quiero cambiar su apellido —dijo pillando a Reme de improviso. No se lo esperaba.

—Está bien, lo haremos. Es justo.

—¡No me lo puedo creer! Pensé que no te gustaría —Dijo el padre.

—Créelo. Es tu hijo y merece llevar tu apellido. Yo no se lo puse por miedo.

—Gracias Reme, muchas gracias. ¡Qué feliz me hace todo esto!

—Hijo —dijo Reme—. Ha llegado la hora de que te cuente nuestra historia y cómo te concebimos.

—Deja que lo haga yo, —dijo Lucas.

—Vale, te dejo que lo hagas.

—Ven Lucas, vamos a ver los jardines, damos una vuelta por la casa, te la enseño y te cuento. ¿No te importa Reme?

—No, os espero al lado de la piscina, si no tienes ningún inconveniente.

—Estás en tu casa, ya lo sabes.

Lucas le enseñó la casa a su hijo, eligió un dormitorio para él, con baño, porque su padre le dio a elegir para cuando se quedara en casa a dormir o viniera.

Le hizo mucha ilusión el estudio de arquitectura y el padre lo sabía, por eso se lo enseñó. Le contó la historia de su vida en Nueva York, de los abuelos y los tíos que tenían y los primos. Cómo había trabajado duro y el valor del trabajo, y cómo había conseguido lo que tenía. Cómo lo habían concebido...

—Lo que me duele hijo, es no haber estado ahí para ti, no saber que existieras, y ni tu madre ni yo somos culpables porque éramos muy jóvenes, pero me gustaría recuperar el tiempo contigo.

—A mí también, nunca he sabido lo que es tener un padre. Siempre he estado con la tía y con mi madre.

—Ni yo un hijo, así que tendremos que aprender juntos.

—¿Qué te parecería vivir aquí? Ya has escogido habitación.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, y haríamos un hueco en mi estudio que como es enorme, pondríamos dos mesas y otra de estudio, un armario para tus libros, así cuando estemos en casa, estaríamos juntos trabajando y tú estudiando.

—¿Y mamá?, no pienso dejarla sola.

—Quiero que venga con nosotros. Quiero que seamos una familia. Voy a intentarlo con todas mis fuerzas. Quiero casarme con ella. Ella es la mujer de mi vida. Siempre estuve enamorado de ella. Fue mi primer amor. Quizá esa sea la causa de que no haya encontrado otra mujer. Por eso pretendo casarme con ella. Pero ella aún no lo sabe. Tendré que conquistarla como cuando éramos adolescentes.

—¿Que qué?

—Que quiero casarme con ella. Nunca la he olvidado. Fue mi primer amor y al verla de nuevo, he sentido que el tiempo no ha pasado, sino que sólo se ha detenido. Pero guárdame el secreto, eso me va a costar más trabajo.

—¿Y si ella no quiere?, mamá es muy difícil. No quiere salir con hombres.

Esa confesión hizo a Lucas muy feliz, aunque fuese un pensamiento egoísta. El pensar que algún otro tipo pudiera tocarla o la hubiese tocado, le entraban ganas de darle un puñetazo.

Pero ahora nadie se acercaría a ella, salvo él, porque Reme era suya y tenían un hijo, que como ella le había dicho y él estaba comprobando, era maravilloso.

—Tu madre siempre ha sido muy rebelde. Ya de adolescente lo era. Y muy independiente. Pero haré lo que esté en mi mano para que estemos juntos los tres. Ella merece que la cuidemos. Ya ha cuidado ella bastante de todo el mundo. Y trabajó mucho desde pequeña. Así que trabajará, pero lo menos posible. Quiero que tenga lo que merece desde siempre. Ahí es donde quiero que me ayudes. Tu madre lo ha pasado muy mal y quiero hacerla feliz, que tenga lo que no pudo tener y no sólo me refiero al tema económico, me refiero al amor, pienso conquistarla ya te lo he dicho. Que tenga la vida que merece porque yo puedo dársela.

—Me encantaría, me encantaría tener una familia y ver a mamá feliz. Me gusta tu casa y me gustas tú. Y sería muy feliz si os viera juntos.

—Ven aquí y dame un abrazo. Soy un padre muy besucón. Vamos a buscar a tu madre, ya lleva un buen rato ahí sola —cogió a su hijo por los hombros— Vamos a tomar un refresco y dulces de chocolate, especialmente para tu madre. Se estará preguntando qué estamos haciendo tanto rato aquí.

Estuvieron comiendo y bebiendo, como si fuesen una familia de verdad. Hablaron de los tíos y primos que tenía que conocer Lucas y de sus abuelos. De la Universidad, y cuando se hizo tarde, ella dijo que debían irse a casa. Se despidieron de Lucas y se fueron.

Iban en silencio en el coche. A ella, le hubiese gustado saber qué pensaba y sentía su hijo de ese día y esos momentos que habían pasado juntos los tres.

Cuando llegaron madre e hijo, se quedaron solos en el salón un rato, Lucas le dijo a su madre:

—Mamá, mi padre es una pasada, me gusta mucho. ¡Ojalá pudiéramos vivir juntos! ¿A que me parezco mucho a él?

—Ya te dije que te parecías mucho y no sólo físicamente. En más aspectos. —Sonreía Reme.

—Le gustas mamá. Me dijo que le has gustado siempre. Quiere que vivamos con él.

—¡Venga, a la cama!, el tiempo dirá que va a pasar.

—¿Sabes qué me gusta de la casa, aparte de todo?

—Claro que te gusta todo. Es una casa maravillosa. De ensueño.

—Pero lo que más me gusta es el estudio que tiene papá. Se ve el mar de lejos. Y el jardín. Y ya he elegido mi habitación.

—Es precioso, sí. Todo lo que tu padre tiene es de buena calidad. Le gusta vivir bien. Tu padre, si no ha cambiado es terrible. Muy bueno, pero cuando era pequeño organizaba todo y tenían que ser las cosas a su modo y en el tiempo que decía. No sé si ha cambiado. Me temo que no.

—¿Sabes qué me ha dicho? —le dijo todo ilusionado.

—Qué te habrá dicho entre tantas cosas...

—Verás, dice...

—Que quiere que vivamos allí como una familia —dijo Reme creyendo haber adivinado qué era.

—Bueno eso también. Pero no es eso lo que quería decirte. Quiere hacer una remodelación en su estudio y poner una mesa y armarios para mí y para mis libros. Dice que cuando vaya, podemos mientras él trabaja, yo puedo estudiar con él. ¿Qué te parece?

—Me parece la mejor idea que se le ha podido ocurrir. Quiere hacerte feliz. Hacer lo que no ha podido hacer en todos estos años. Si no ha cambiado mucho, me temo que voy a tener que decirle a muchas cosas que no. Cuando éramos jóvenes y se le metía algo en la cabeza, no paraba hasta que lo conseguía y me temo que no ha cambiado mucho en ese aspecto. Me lo imagino pensando en un sinfín de cosas que quiere hacer contigo, que quiere que hagas y que quiere comprarte. Ya verás. Me darás la razón. Y lo peor de todo es que intentará convencerme a mí de que es lo mejor y tendré que darle la razón, sí o sí.

—¡Qué bien lo conoces mamá! ¿Crees que tiene planes para mí?

—No lo dudes, tiene planes y dinero que es lo peor. Va a querer darte de todo. Como yo te he cuidado todos estos años, va a pensar que tiene una deuda conmigo, que no ha aportado nada y ya verás. Él es así de generoso. Ahora querrá que tengas lo que no pudo darte. Como si lo viera. No me extrañaría que tuviera una lista hecha en su cabeza de las cosas que tiene planeadas. Me da un poco de pena, porque está muy ilusionado. Le has gustado mucho, lo sé. Ya me lo dirá. Pero sé que se siente orgulloso del chico en el que te has convertido y como encima estudias arquitectura, querrá enseñarte todo lo que él sabe.

—Yo también estoy orgulloso de él, de lo que ha conseguido y de ti también. Tengo unos padres estupendos y muy jóvenes, los padres de mis amigos tienen todos más de cuarenta años o cincuenta.

—Pues tú has tenido la suerte de tenerlos jóvenes. Y un padre rico. Y vámonos ya a la cama. Estoy agotada, pero feliz, por esta tarde.

—Buenas noches mamá. Ha sido el día más feliz de mi vida. No sé si podré dormir hoy. Han sido tantas emociones juntas...

—Sí, han sido muchas emociones por parte de los tres. De tu padre. De mí que tenía miedo de que no os gustarais y estoy contentísima por los dos. Creo que ha habido muy buena conexión y estoy muy satisfecha y doy gracias a Dios por ello. Y por haberlo encontrado para ti.

—Para ti también, mamá. Te quiere. Tienes que darle una oportunidad. Fue tu primer amor —dijo su hijo inocentemente.

—Ya veremos hijo. Todo a su tiempo. Ha pasado mucho tiempo de eso. Dejémoslo correr.

—Buenas noches mamá —dijo abrazándola—. Gracias por hoy y por todo. Eres la mejor.

—Gracias hijo. Tú también eres el mejor hijo que yo pudiera tener. Buenas noches, Lucas, te quiero hijo. Descansa, hoy ha sido un día intenso.

Cuando se fueron Reme y su hijo, él se quedó solo en el jardín. Se tumbó en una de las hamacas, recordando todas las sensaciones que había tenido con su hijo. Tener un hijo adulto, era lo mejor que podía haberle pasado.

Era un chico inteligente y le recordaba a él cuando era joven. Reme se lo había dicho y tenía razón. Eran iguales.

Le dijo que los fines de semana su madre lo había apuntado a un gimnasio e iba los sábados por la mañana, el viernes por la tarde y algunas tardes que no tenía clase.

Le había contado que su madre no salía con hombres. La había visto más guapa que nunca, con esa faldilla corta y ese top que marcaba sus senos. Tenía unas piernas estupendas. La deseaba.

Cada vez estaba más convencido de que era la mujer más guapa y deseable del mundo para él. Pero ante todo, era la mujer más trabajadora y generosa que había conocido.

Había cedido en todo y les había dado espacio. Era una madre orgullosa de su hijo y Lucas, era un chico especial. Cuidaba de su madre, era responsable y educado.

Era un chico sencillo. Sin embargo, se interesaba por todo, como él cuando estaba en la escuela y como siempre.

Que estudiara arquitectura como él, lo enorgullecía. Era extraño, cómo la vida te ponía pruebas que uno iba superando.

Una casualidad, que tuviese los mismos gustos que él laboralmente, pero eso era excepcional, porque tenía proyectos para su hijo. Tenía dinero y podía hacer de él un profesional adelantado y sobre todo muy preparado.

Cosas que su madre no podía darle, pero él como su padre sí, no podía desaprovecharlo. Hablaría con Reme y la convencería de que eran cosas que le beneficiaban en su educación.

No iba a comprarle cosas caras, no quería que ella se enfadara o pensara que estaba compitiendo con él.

Todo cuanto hiciera por su hijo, se lo consultaría a ella y entre los dos tomarían la mejor decisión. Tenía que tener en cuenta que durante dieciocho años, ella había tomado todas las decisiones acerca de él. Y las había tomado muy bien.

Conocerlo, le había producido un instinto protector sobre su hijo. Debía ser lo que uno sentía al tener un hijo.

Quizá si fuese más pequeño a lo mejor le costaría más esfuerzo educarlo, pero su hijo, ya era mayor y podía tratarlo como un adulto.

Era un chico que se hacía querer y se emocionó recordando cuando visitaba con él la casa, esa tarde, como miraba todo cuánto él tenía.

Le gustó la habitación del fondo, la que estaba más retirada de la principal tenía un baño propio, pero él no lo sabía hasta que Lucas se lo dijo.

Hasta en eso era un chico estupendo. La había elegido, no porque tuviese un baño privado, sino porque estaba al fondo y no quería molestar a sus padres, en caso de que vivieran juntos allí todos.

Lucas, de todas formas, prefería que tuviese la habitación del baño, pero sabía que su hijo la había elegido por lejanía, para darles a ellos espacio si alguna vez vivían juntos. Era tan inteligente...

Pero cuando más se emocionó fue al ver el despacho. Miró a su hijo y supo que alguna vez desearía uno como ese y entonces supo que tenía que hacer dos despachos en él, cabían. El espacio era enorme y podía compartirlo y sería un orgullo para Lucas tener a su hijo estudiando

allí.

Ahí tendría a su hijo con él cuando viniera a su casa a estudiar. Estarían juntos y trabajarían en ese despacho.

El lunes, se pondría en contacto con la decoradora, para que doblara el despacho. Dos partes exactamente iguales.

Recordó la cara entusiasmada de su hijo cuando se lo dijo. Fue una sensación de felicidad hacer feliz a su hijo. Ver la cara que puso y su mirada.

La tarde no había podido ir mejor. Su hijo iba a quererlo y él ya lo quería, por el mismo y por ser su madre quien era.

Ya, no tenía pesadillas. Desde que había visto a Reme, no las había vuelto a tener. No sabía si volverían en un futuro, pero de momento lo que tenía era sueños. Tenía sueños con ella. Sueños húmedos y eróticos.

La tarde había transcurrido maravillosamente, e incluso su hijo deseaba que sus padres estuviesen juntos como el resto de los padres de sus compañeros.

Cuando le dijo que iba a conquistar de nuevo a su madre y que pensaba traérsela a esa casa y casarse con ella. Lo vio feliz y entusiasmado, por su madre más que nada.

Quería verla feliz. No la había visto con hombres y si quería un hombre para su madre seguro que él estaba el primero en su lista, y también en la suya.

La quería mucho, la adoraba y sabía lo mucho que había trabajado en la vida y que se merecía lo mejor y lo mejor era su padre.

Y eso se lo notaba Lucas y era consciente de que había trabajado mucho para sacarlo adelante. Y era normal que quisiera ver feliz a su madre con él. El amor de su vida.

Qué más podía desear que una mujer maravillosa y un hijo estupendo, sencillo y humilde que no pedía nada para él y que miraba por su madre. Eso no lo hacían la mayoría de los chicos, pero su hijo sí, y estaba orgulloso.

Ahora sabía qué era estar orgulloso de un hijo y estar enamorado, locamente enamorado, pero con ella tenía que ir despacio.

CAPÍTULO 7

Los sábados por las mañanas, Reme los dedicaba a limpiar la casa y hacer la colada. Ese sábado había ido con Estrella a comprar unos trapitos, entre ellos, la falda y la camiseta que estrenó cuando fueron a casa de Lucas.

Luego ella y su hijo iban a comer fuera, para no tener que cocinar ese día, o ella pedía comida para llevar, y por las tardes, se echaba una siesta y veía pelis románticas en el sofá tumbada.

Por la tarde noche, iba a dar un paseo hasta la playa, se sentaba en un banquito del paseo un rato y luego se tomaba algo en alguna de las terracitas, ya que su hijo, salía con sus amigos.

Después de tomarse algo volvía a casa, leía un rato en la cama o veía la tele hasta que Lucas volvía a casa.

Su hijo se enfadaba porque lo esperaba despierta, pero ella le decía que el domingo no tenía nada que hacer y podía dormir hasta tarde.

Esa era la rutina que ella tenía los fines de semana.

Ese sábado no había podido dar su paseo porque habían ido a casa de Lucas. Los domingos también daba el mismo paseito a la playa por la tarde.

Se levantaba tarde y solía repasar algunos papeles de la empresa, hacía comida para dos días y por la tarde descansaba, siesta y paseo.

Sobre las seis de la tarde, el domingo, recibió una llamada de Lucas truncando sus planes e invitándola a cenar.

—Te invito a cenar guapa. No puedo dejar de verte ya ni un día. —La llamó todo animado.

—Voy a salir a dar un paseo —Le contestó ella.

—¿Con quién?

Por un momento sintió celos.

—Sola, suelo bajar andando a la playa y me tomo algo ligero en alguna terracita, unas tapas y luego me vengo a casa. Es como mi ritual del domingo y de algunos sábados.

—¿Y puedo acompañarte en tu ritual? —Preguntó, muy seguro de que no iba a ser rechazado.

—Puedes. Ven a mi casa sobre las siete y media, o ¿es muy pronto para ti?

—Es la hora perfecta. Allí estaré.

—Vestido informal. Sin traje. No tengo ganas de vestirme mucho.

—¡A sus órdenes señora! —colgó riéndose. Siempre había sido mandona y aún lo era.

Se sintió inquieta y no sabía qué ponerse. Por lo general, iba de manera informal, con sandalias bajas, lo cual parecería en ese caso una enana a su lado.

Se puso mil cosas de las que se compró, pero decidió ser cómo era, se vistió unos vaqueros negros, tipo pescador y una blusa negra. Sandalias y bolso beige.

Se peinó como solía llevar el pelo, con una coleta alta y unos pendientes de bisutería con unas bolitas negras. En el cuello sólo llevaba una cruz de oro. Se maquilló ligeramente y se echó perfume.

—¡Mamá estás muy guapa hoy!

—Voy a salir con tu padre, pero estoy como siempre hijo, lo que pasa es que no te das cuenta.

—¿Vas a salir con papá? —preguntó incrédulo y dando la razón a su madre de que su padre conseguía lo que quería.

—Sí. Va a venir conmigo a dar el paseo que doy los fines de semana por la playa. No te rías, que te he visto. Sólo vamos a dar un paseo.

—No he dicho nada mamá —dijo intentando ponerse serio.

—No hace falta, te conozco.

Lucas llegó a la hora en punto, aparcó el coche y llamó a la puerta. Cuando ella le abrió, le llegó su aroma varonil, caro, como todo lo que llevaba.

Aunque iba informal, vaqueros desgastados y camiseta azul, que se le pegaba a los músculos de su pecho como un guante.

Todo en él rezumaba elegancia y ella se sentía como el patito feo. Estaba muy contento y seguro y actuaba como si fuesen una pareja que salían desde hacía mucho tiempo y estuviesen enamorados.

—¡Estás muy guapa, hola, preciosa! —dijo besándola en los labios. Parecía que eso iba a hacerse costumbre.

—Lo dirás de broma, estoy normal y como siempre. Y a tu lado parezco una enana, ¿qué te dieron de comer?

—Chocolate la campana. A mí me pareces una enana preciosa.

—¿Te has vuelto zalamero con la edad, o eres un conquistador nato?

—Un hombre debe guardar sus secretos. Pero soy un conquistador, lo que pasa es que contigo no tuve suerte.

—¡Pero si era apenas una niña! Está bien —dijo sonriendo.

—¿Está Lucas en casa?

—Sí, va a salir en un rato.

—Voy a saludarlo primero, si te parece.

—Me parecería mal que no lo hicieras.

—¡Qué mala eres! Sigues siendo la chica rebelde que conocí y que no tenía pelos en la lengua.

—¡Qué buena memoria tienes!...

Y entró en casa.

—¡Hola hijo!

¡Hola papa! —dándole un abrazo—, mamá me ha dicho que vas a acompañarla. Ella siempre sale los sábados y los domingos por la tarde, sola —guiñándole un ojo a su padre.

—Pues de ahora en adelante la acompañaré yo, si ella quiere claro, y tú, ¿qué haces?

—Hablando con un amigo, vamos a salir esta noche.

—Tendrás cuidado, con beber y fumar, ¿no?

—Papá, yo no bebo, ni fumo.

—¡Qué hijo tengo!...

—Bueno nos vamos —dijo Reme—, ya sabes, cierra la puerta y no más tarde de las doce.

—¿Tan temprano? —Preguntó el padre al salir de casa.

—Es un chico joven, lo dejo sólo los sábados y alguna vez los viernes hasta las tres de la madrugada. Saca buenas notas y va con chicos sanos que conozco. Pero los domingos a las doce en casa, porque tiene que madrugar el lunes. ¿Te vas a poner en plan padre ya?

—No sé, Reme, desde que sé que tengo un hijo, me preocupo por todo. No sé nada de horarios de jóvenes. Quiero ir a ver la Universidad, conocer a sus amigos, salir con él.

—Ve despacio, no puedes hacerlo todo a la vez, que te conozco y eres más impulsivo que él mismo. Me vais a matar entre los dos. Uno vale, pero dos iguales...

—Vale, es que me estreso —dijo sonriente— Ya me cuesta recordar nuestra adolescencia y

juventud... Éramos más sanos. ¿Vamos en coche?

—Yo siempre voy andando. Me gusta callejear hasta llegar a la playa.

—Por mí, perfecto. ¿Es buen sitio para dejar el coche?

—Sí, es una calle tranquila. No te preocupes. Sólo roban coches de lujo.

—¿Qué mala! ¿Por qué te molesta que sea rico y que tenga dinero?

—No me molesta. Es envidia. Pura envidia.

—Tú nunca has sido envidiosa. No me lo creo. No es por eso. Dime por qué es —bromeando con ella, como entonces.

—Me molesta que ahora, seas más guapo, alto, rico e inteligente que yo. Yo era más guapa que tú de joven. Pero por lo demás, te envidaba siempre.

—Reme, por favor, no digas tonterías mujer. Soy normal. Yo no me fijo en eso.

—Tú, no, pero las mujeres sí. Todas, lo voy viendo por la calle. Van diciendo: ¿“qué hace un tío tan bueno con esa que no vale un pimiento”?

—Estás graciosa esta tarde, ¿eh? Para mí no hay nadie más guapa que tú y yo envidio lo que tienes. Tienes el amor incondicional de nuestro hijo, y eso es más importante que mil villas como la mía. Tengo dinero, sí, pero porque lo he trabajado y lo he invertido bien. He tenido suerte. Me gustan los trajes caros, por mi trabajo. Los zapatos de diseño y me gusta vivir bien y la colonia cara. ¿Es que no te gusta mi colonia? —Se acercó a ella para que le oliera el cuello —Mira que me cuesta un pastón. Pero por ti, la cambio por Varón Dandy.

—¿Qué payaso eres! Si te compras esa colonia, no salgo contigo. Es colonia de abuelos del año la pera. Y sí, me encanta la que llevas.

—Ya me estabas preocupando. A mí también me gusta tu olor. Siempre has oído a fresco. Recuerdo una vez cuando eras jovencita que viniste al cole y olías de maravilla. Te habían regalado colonia por tu cumpleaños. Verte de Puig. Me encantaba.

—Cuando digo que tienes una memoria prodigiosa, no me equivoco. Me encantaba esa colonia. Pero dejaron de fabricarla. No la encontré más. Luego me compre Azul de Puig. Esa sí la encuentro, aun la compro a veces, cuando me canso de otra voy cambiando. Pero en verano suelo usar colonias frescas. Y alguna vez Lucas me ha regalado perfume por navidad Ô de Lancome. Es perfume y me encanta. Nuestro hijo dice que soy la reina de las colonias fresquitas.

Mientras bajaban a la playa, él la cogió de la mano como si fueran una pareja y se lo estaba pasando en grande con ella.

Tenía mucho sentido del humor y hablaron de muchas cosas, y bromeaban y recordaban anécdotas del pasado, además ella le contaba historias de su hijo, de cuando era pequeño, cosas de niños, cómo creció.

Había sido un hijo tan bueno y educado... Había tenido mucha suerte.

—Pero siempre he pensado que le faltaba un referente paterno, una figura masculina.

—Ahora ya no tendrá necesidad de ninguna figura paterna, tendrá un padre de carne y hueso y todo cuanto necesite, lo tendrá.

—A ver, espera, no quiero consentirlo, lo he educado en valores. Ya sabía yo que eras una cabeza pensante y tienes planes. Pero tienes que contar conmigo para eso.

—Pero yo tengo dinero, y puedo hacer más cosas por él, un master, que trabaje conmigo, que viaje conmigo, pasar más tiempo los dos juntos. No puedes eliminarme de la lista y que disfrute de lo que tengo. Eso me haría feliz. Quiero comprarle un coche.

—Mientras no me lo malcrías demasiado, ¿Quééé?, primero tendrá que sacarse el carnet.

—Pues se lo pagaré, en verano si no le queda ninguna asignatura. Si te parece bien. Todos sus

amigos seguro que tendrán ya coche. La universidad está lejos y pierde mucho tiempo en ir y venir, ahorraría un tiempo precioso para estudiar.

—Déjame pensarlo... Pero un coche pequeño.

—Vale, hecho.

—¿Por qué me da la impresión de que me la vas a jugar?

—Nunca te la he jugado —dándole un doble sentido a la frase—, siempre fuiste la niña de la que estaba enamorado y me hacía sufrir un montón y no te dabas cuenta. La niña por la que me echaba colonia en tropel y no me hacía ni caso. A la que regalé una postal con flores por su cumpleaños. La niña virgen, con la que tuve relaciones sexuales por primera vez, obligado por las circunstancias, y por lo que he sufrido toda mi vida. La niña que más quería y a la que hice más daño sin pretenderlo.

—Lucas, no hablemos de eso, tendremos que superarlo.

Le puso la mano en la mejilla alzándose un poco, debido a su altura y lo acarició. Él le cogió la mano y la dejó ahí.

—Para mitigar su dolor. Nno quiero que sufras, que suframos. Lo que pasó, pasó y tuvo unas consecuencias maravillosas. Yo también sufrí, muchísimo, pero mi hijo, nuestro hijo, cubre con creces todo ese sufrimiento. Y tendremos que superarlo. La vida nos da esa oportunidad ahora.

—Tienes razón, tú siempre tan optimista a pesar de todo —se sentaron en un banquito frente a la playa.

—En todo caso, quiero decirte si te sirve de consuelo, que no hubiese preferido a otro para lo que nos hicieron. Lo recuerdo como si fuese ayer y no fuiste nada brusco a pesar de todo.

—Te has puesto roja.

—No lo sabes, está anocheciendo —dijo aún roja como un tomate.

—Lo sé. Y quiero preguntarte en serio una cosa.

—Dime.

—¿Crees que podemos tener un futuro, tú y yo?

—¿Por Lucas? —preguntó ella mirándolo directamente. Tratando de adivinar sus intenciones.

—No, por nosotros, independientemente de nuestro hijo.

—Pero hace muchos años que no nos vemos y prácticamente somos unos desconocidos.

—Para eso está el tiempo, para conocernos, aunque yo sé cómo eres. Has cambiado para mejor. Eres una mujer única y especial. La madre de mi hijo.

—No pertenezco a tu círculo social y eso es lo que más miedo me da. No quiero cambiar mi mundo y hallarme inmersa en uno que no he elegido. He elegido una vida sencilla. Me gusta. He trabajado mucho para tener lo que tengo. Y soy feliz así. No quiero cambiar ropa normal por una ropa de marca, ni mis tapas por caviar.

—No digas tonterías. Mi círculo social lo utilizo para trabajar, pero soy un hombre sencillo, aunque tenga que vestir y tener cosas caras, eso es porque me gusta y me lo he ganado con mi trabajo también, Reme. Pero yo nunca intentaría cambiarte. Me gustas tal como eres.

—Puedes tener la mujer que quieras, ¡mírate!, guapo, alto, elegante y sexy, gracioso, ingenioso e inteligente y educado, con dinero... no les haces promesas. A mí tendrías que hacérmelas. No consentiría pasar un rato de sexo y que te fueras y si te vi no me acuerdo. No soy así. Nunca lo he sido y nunca lo seré.

—Para, para... Me encanta esa definición, sobre todo que te parezca sexy. Pero tú serías distinta. ¿Cómo puedes pensar eso de mí cuando esté contigo? Nunca, nunca te haría eso. Tú, eres el amor de mi vida. Eres guapa en todos los sentidos y quiero que seas mi mujer. Mi amor. Y

además, soy algo celoso.

—Oh, calla, que me haces reír. Soy una mujer sencilla, no me gustan los tacones, digo lo que pienso y tengo que mirar hacia arriba para hablarte.

—Pues vaya problema, ahora estamos sentados y no veo la diferencia. ¿Qué me dices, salimos juntos?

—¿Cómo pareja? —preguntó sin poderlo creer.

—Sí, claro. Salir como amigos, no me apetece lo más mínimo, porque quiero besarte.

—Eres el hombre más persuasivo que conozco —dijo mirándolo a los ojos.

—¿Y conoces muchos? Me estoy poniendo celoso ya —dijo bromeando con ella.

—No, no muchos, unos doscientos o así...

—Me has matado. Tengo una competencia muy dura —tocándose el pecho.

—No salgo con hombres. En serio. He salido con unos cuantos, no voy a negarlo, pero los primeros años de Lucas, me dediqué a mi hijo, a mi trabajo y a mi tía. No tenía tiempo para nada más.

—Una monja.

—Más o menos. Además los hombres con los que he salido querían relaciones cortas o de una noche como tú. Y yo no soy así., tú, sí, ¿no? No quiero ser una conquista de esas que me has hablado. No podría sufrir más. Y estaría nuestro hijo por medio, lo cual haría de todo un problema que no quiero buscar.

—He de reconocerte que desde que nos pasó aquello, mis derroteros por las mujeres, han sido relaciones cortas, o cortísimas. Nunca me he quedado a dormir con ninguna, por muy larga que fuese. Aquello me ha pesado como una losa. Nunca dejé de pensar en ti, cómo te encontrabas, si lo habías superado, si me odiabas. Todo me pasaba por la cabeza. He tenido pesadillas, e incluso estuve un tiempo en terapia, ya te lo conté, me levantaba sudando por las noches. Haberte encontrado ha sido un premio a lo que hemos sufrido. Y no, no serías una conquista. Tú eres especial para mí y la madre de mi hijo.

—Sí, lo creo así. Doy gracias a Dios porque me encontraras y a tu hijo. Eso te ayudará a superarlo como yo lo he hecho, o lo he intentado. Te lo mereces.

—Dime un secreto que no hayas superado con aquella situación.

—¿En serio quieres saberlo? —le dijo ella seguro de que no iba a creerlo. Pero ella se lo iba a decir. Nunca había tenido pelos en la lengua a la hora de hablar y si quería saber algo, se lo diría. Quizá así se acobardara y lo pensara mejor a la hora de pedirle salir con ella.

—Sí, quiero saberlo todo de ti.

—No he podido tener relaciones sexuales con ningún hombre —le dijo agitada y esperando su reacción.

—¿De verdad? No puedo creerlo. Tú tampoco lo has superado en ese sentido. Pero ¿Cómo?, vamos a ver... —se echó las manos a la cabeza y se tapó la cara, luego la miró directamente a los ojos ladeando la cabeza para mirarla. No podía creerlo—. Han pasado diecinueve años, ¿cómo has podido?, es decir... ¿cómo no has podido?

—No me juzgues, ni te rías. Te lo he dicho sinceramente.

—No lo haría, nunca me reiría de ti ante una cosa semejante. Pero me parece una locura no poder haber disfrutado del sexo.

—¡Calla!, no he podido, simplemente no he podido y cambiemos te tema que me pongo nerviosa. Y sé la edad que tengo.

—Cambiamos de tema, pero ese tema no se ha acabado. Tendremos que superarlo.

—¿Tendremos? —dijo ella, como si eso fuera un tema de los dos y no sólo de ella.

—Sí, tendremos. Si vamos a salir juntos, no vamos solo a cenar, te lo advierto. Voy a querer tenerte, de hecho, desde que te vi quiero que seas mía, y no tiene nada que ver con lo que pasó, ni con nuestro hijo. Sabes que estaba enamorado de ti desde antes y te deseo.

—Vamos Lucas, por favor...

—Ni por favor ni nada, soy un hombre que necesita sexo y ya hace tiempo que no tengo, lo cual es raro en mí y tú una mujer que tiene casi treinta y cuatro años y no vas a esperar más para disfrutar del sexo y de estar con un hombre.

—Y ese vas a ser tú.— le dijo irónica.

—Me pondría muy celoso si fuese otro. Sí, ese voy a ser yo. Siempre voy a ser yo, no quiero que sea otro.

—Eres incorregible y me pones de los nervios con tu seguridad.

—¿Te gusto al menos?

Estaba ilusionado como cuando era adolescente.

—Sí, no puedo decirte que no, te estaría mintiendo. Eres guapo y alto y estás muy bien.

—Al menos hemos dado un paso. Entonces qué me dices, ¿estamos saliendo juntos a ver dónde nos lleva esto sin que tengas miedo?

—Sí, pero te pido paciencia. Por favor. Eres un huracán y te conozco. O te conocía, si no has cambiado mucho.

—Si algo tengo, es paciencia. Se lo diremos a nuestro hijo, creo que le encantará.

—Eso ni lo dudes. Creo que es el que más contento se pondrá.

—¡Ven aquí! —le cogió la mano y la atrajo hacía su cuerpo.

—Si estoy aquí sentada a tu lado...

—Más cerca preciosa.

Lucas acercó su boca a la suya y besó sus labios, esos que siempre quiso de niña, pero que ahora eran de una mujer, que temblaban.

Rodeo sus labios de besos. Introdujo su lengua en la boca y le dio un beso tierno, aumentando la intensidad, hasta que pasó a ser un beso pasional en el que ahora mandaba él.

El niño tímido que había sido con esa niña con carácter rebelde, se había transformado en un hombre de carácter con una mujer tímida en el terreno sexual y eso le gustó, le daba poder sobre ella.

Sintió una necesidad innata de protegerla, por todo, por todo lo que había sufrido, porque era la madre de su hijo, porque era ella. Porque no había estado con un hombre salvo con él y era un crío.

Con ella no podía tener una relación corta, ni de una noche. Ella no era un juego y él lo sabía, y de pronto, pensó en llenar su casa vacía, en tener una familia como su madre le pedía incansablemente y en hacer que ella estuviese bajo su cuerpo, dentro de ella, que gimiera y gritara de deseo y que olvidara todo.

Que superaran juntos todo cuanto pasaron en el pasado y que cada uno no había superado a su manera. Él con el tema de las mujeres y ella con su sexualidad.

Ser su hombre, su único hombre. Pensar que hubiese otro que tocara su cuerpo, no le gustaba nada. Pero sabía que a ella no le haría gracia no ser correspondida, la conocía bien.

Lucas, sólo la quería a ella, no dejaba de pensar en ella desde que la vio y desde siempre.

Terminó el beso que fue largo e intenso y que colmó todos los sentidos de Reme.

Allí, sentados en el banco frente al mar, en el paseo marítimo, entre los transeúntes que

pasaban, se abrazaron por el pasado y por el futuro, pero ante todo, por el presente.

—Está bien, lo intentaremos. Por nuestro hijo y por nosotros.

—¿Me has dicho que sí? Dijo ilusionado, sin creerlo.

—Sí, y tengo hambre.

Ambos rieron y se dirigieron a una tabernita donde ella tomaba los sábados un par de tapas antes de subir a casa.

Hablaron de todo un poco, de la vida de él en Nueva York, de que tenía que contarles a sus padres lo de Lucas, que lo conocieran. Cambiar el apellido para que el curso siguiente entrara con el suyo en la Universidad. Tenían que resolver tantos asuntos, quería hacer tantas cosas...

Cuando volvieron a casa, ella lo invitó a un café. Se sentaron en el sofá y Lucas se la quedó mirando.

—¿Qué?

—Eres preciosa.

Acercó la boca a la de ella. Agarró su cabeza con la mano y la acercó a su boca.

—Al principio fue un suave beso, que fue aumentando de intensidad. Le metió la lengua en un juego pasional. Ella no podía pensar, salvo en lo bien que besaba y en lo bien y protegida que se sentía en sus brazos. Sintió su centro húmedo, cosa que no le había pasado con nadie. Se sintió temblar y él se retiró poco a poco.

—No tiembles nena. Es sólo un beso. No quiero ni pensar cuando te toque.

—¡Calla! Ni lo digas. Me tendré que tomar cinco tilas.

—¡Qué exagerada! —rio Lucas con ganas—. Te gustará. Ya lo verás. Llegará un día en que seas tú quien me pida que te toque.

—¡Qué vanidoso!

—Sí, contigo, muy vanidoso y muy todo.

—Es que esto me parece surrealista Lucas. Nuestra historia no es normal. Me siento bien contigo y dudo que me sienta o me haya sentido bien con otro hombre. Besas muy bien. Y si me hubiesen dicho que íbamos a encontrarnos al cabo de tantos años, no me lo hubiese creído. Estás tan cambiado... eras un niño flacucho e inquieto y yo una niña seria. ¿Sabes qué te envidiaba?, tus libros, y tu cámara de fotos. Me parecía mágica para una niña pobre como yo.

—Bueno, serías pobre, pero eras preciosa para mí, estaba embobado contigo y aquél día, que Dios me perdone, intenté ser lo más delicado posible. Lo bueno, que recuerdo es estar dentro de ti, lo peor, la forma en que estuve. Pero eso lo vamos a solucionar.

—Pues vamos a tener que tener paciencia, porque me da verdadero pánico, no sé si voy a estar preparada alguna vez.

—Te aseguro que lo estarás conmigo. Tengo más paciencia que Job. Además soy yo, puedes confiar en mí y decirme lo que quieras, lo que te gusta o no, como hacías cuando eras adolescente, como la Reme que conocí que no se cortaba un pelo al decir lo que pensaba.

—No sé, me da tanto miedo, Lucas... Es intimidad entre nosotros y me da tanta vergüenza...

—Pero soy yo, somos nosotros. Debes confiar en mí. Esta vez, cuando lo hagamos, será muy diferente. Y lo intentaremos hasta que solucionemos ese problema. Te lo juro. Seré muy paciente contigo. Yo tengo más experiencia y te enseñaré. Y creo que se solucionara en menos de una noche.

—Muy seguro te veo. Eso me da miedo, que tú tengas experiencia y yo haga el ridículo con mis miedos y pierdas tiempo pudiendo estar con otras mujeres más...

—Eh, eh, eh. ¿Estamos saliendo no? No pienso en ninguna otra mujer que no seas tú. Vamos a

ir por partes, pondremos el apellido a Lucas, iremos a ver a mis padres y le contamos la misma historia que a nuestro hijo Lucas, para que conozca a sus tíos, primos y a sus abuelos. Solucionaremos nuestro problema, sin prisas y luego quizá podamos vivir juntos y formar nuestra propia familia. ¿Te parece?

—Me parece que son tantas cosas que me estoy agobiando ya.

—Pues se acabó hablar de eso más. ¡Dame un beso!

Y así pasaron la noche, besándose acurrucados en el sofá. Él no intentó nada más esa noche. No era el momento, así que se quedaron viendo una película café incluido, como dos adolescentes, como la adolescencia que perdieron. Cuando eran las doce de la noche, llegó su hijo Lucas y le dijeron que habían empezado a salir como pareja.

—¡Hola Cariño! ¿Qué tal te ha ido?

—Muy bien, mamá. ¡Hola Papá!

Les dio un abrazo a los dos.

—Papá ya se iba. Ha querido esperarte a que llegaras. Ahora se preocupa por todo. Hasta de que llegues bien. Ahora ya tienes dos vigilantes.

—Lo que me faltaba... —Dijo todo contento.

—Lucas, tenemos que contarte algo —dijo el padre.

—¿Qué pasa papá?, me estáis preocupando. —La miró a los dos.

—Nada malo hijo, le dijo Lucas, padre. Tu madre y yo estamos saliendo juntos como pareja. Espero que te agrade la noticia y estés tan contento como lo estamos nosotros. Vamos a intentar que seamos una familia los tres. La que debimos ser hace tiempo.

—¿En serio? Me encanta. Estoy muy contento por vosotros y por mamá. Os lo merecéis. Estoy tan feliz... Mis padres juntos.

Se alegró tanto que se abrazaron los tres. Reme hasta derramó unas lágrimas por ver a su hijo tan emocionado. Era un chico tan bueno que ella quería darle sólo buenas noticias. Y esta le había gustado.

Después, Lucas se despidió de ellos y se fue a casa, esa que tanto le gustaba, pero que por un momento al entrar, le pareció vacía y silenciosa y eso era una de las cosas que tenía también que cambiar, pero parecía que el destino lo había llevado a comprarla para alguien más que para él.

Había comprado esa casa grande para meter a su familia. Ahora lo sabía. Cuando la compró fue por un presentimiento positivo y ahora sabía por qué la había comprado y decorado de esa manera.

Al día siguiente lunes, llamaría a la decoradora y le pediría que redecorara de nuevo la habitación de estudio y la hiciera doble, para que su hijo tuviera un espacio al lado suyo.

Quería que su hijo disfrutara de ese espacio junto a él. Se lo merecía y además estarían juntos esos momentos y él le enseñaría a su hijo tantas cosas...

Quería que supiera todo lo que él había aprendido y si Reme, se lo permitía en verano, en vez de ir a ayudarle a ella en la empresa de limpieza, se iría con él a su empresa como becario y aprendería más.

No creía que Reme pusiera objeciones a eso. Es más, tenía otros planes en mente para su hijo, como que se sacara el carnet por las tardes. En verano.

Por las mañanas en su oficina, por las tardes el carnet y le compraría un coche, pequeño pero nuevo, luego ya convencería a Reme.

Quería hacer un viaje con él a Nueva York en vacaciones. Y otro con Reme a París, y mandar a su hijo a Inglaterra veinte días a una Universidad a hacer un curso intensivo de inglés. Y dejarle

tiempo para que descansara.

Al fin y al cabo el verano era largo y hasta mediados de octubre no empezaba la Universidad desde Junio.

Con todos esos planes en marcha se fue quedando dormido. Había sido un día estupendo.

Había pasado una tarde entretenida y maravillosa con Reme y había conseguido su primer objetivo: salir con ella. Había sido muy fácil.

Él sabía que gustaba a las mujeres y no era vanidoso, y le encantaba tener entre sus brazos a Reme y besarla y sentir cómo temblaba.

Eso significaba que a ella también le gustaba él. Le gustaba su manera graciosa y bromista de hablar.

Había estado muchos años en Estados Unidos y las mujeres no eran como Reme, tan francas y directas. Era irónica y graciosa.

Y en temas de amor y romanticismo le parecía una adolescente. Le pareció que el tiempo se había quedado quieto para ella en ese sentido.

Pero él le enseñaría a esa niña todo lo que tenía que aprender. Era como una adolescente.

A pesar del tiempo que había pasado, no habían cambiado tanto, sólo habían crecido. Se habían convertido en un hombre y una mujer que se atraían.

El siguiente paso sería hacerla suya. Con paciencia. Cuando pensaba en lo que ella le había dicho, que no había tenido relaciones sexuales con nadie, no podía creerlo.

Sólo las había tenido con él, con apenas quince años y era un chico virgen como ella, sin experiencia y acobardado.

Pero ahora la haría suya como una mujer, la suya. Ahora era todo distinto. Él sabía hacerle el amor a una mujer y que disfrutara y eso pensaba hacer con Reme. Hacerla feliz.

Se sentía feliz de que ningún hombre la hubiese tocado. Era un sentimiento que reconocía machista, pero le gustaba.

Quería que cuando tuviera un orgasmo, su primer orgasmo, se lo provocara él. Sólo él.

Tenía que tener paciencia con ella y la tendría. Tener en cuenta que ella, no había estado con un hombre nunca, salvo con él y eso no contaba en sentido sexual.

Era como una principiante virgen de casi treinta y cuatro años. No era una mujer que le iba a corresponder sexualmente como una de las que él conocía.

Lo de Reme era distinto. Había tenido una sola experiencia, con él, pero mala. Y a raíz de ahí, ya no pudo tener un hombre que la hiciera vibrar de placer.

No lo había conocido y eso significaba mucha responsabilidad para él, aunque le había parecido fácil en un principio.

Debía tener una táctica para eso. Enamorarla hasta tal punto que ella lo deseara de forma irremediable. Cuando quería, Lucas, sacaba su encanto con las mujeres y con Reme, debía derrochar encanto, y tener una paciencia infinita, para llegar a ella.

Para que ella lo amase de forma incondicional, independiente de su hijo. En ese sentido, tenía claro que él era su padre y no lo iba a abandonar y lo iba a proteger.

Y ese era un peso que le quitaba a ella de encima. Porque ese tema, le preocupaba. Pero él haría que sólo quedase un tema por solucionar: el de los dos y sobre todo, el tema sexual.

Tendría que ser tierno con ella, delicado, romántico y después ya sacaría su vena sexual y apasionada.

Había tanto que pensar... Era inmensamente feliz. Volver a casa había sido lo mejor que había

hecho en su vida. Tenía un trabajo que le encantaba.

Ganaba más dinero del que podía gastar. Tenía ahorrado dinero para vivir con comodidad.

Tenía un hijo que no había conocido, y que ya era casi un hombre, mayor de edad, que era igual a él y era un chico estupendo, educado y no tenía vicios, que ya era bastante en esos tiempos.

Pero sobre todo, había encontrado al amor de su vida, la mujer con la que pensaba compartir el resto de su vida. No era capaz de mirar a otra, ni quería.

Había pensado en ella toda la vida, y la vida se la devolvía ahora en forma de una mujer preciosa y no pensaba perder esa segunda oportunidad.

Y sobre todo, ya no recordaba haber sido tan feliz desde el día que la vio de nuevo. Él, estaba curado. Ahora faltaba que ella superase ese problemilla que él estaba encantado de curarle.

Porque se excitaba con solo pensarlo y con solo besarla se sentía como un adolescente duro y dispuesto.

Ese iba a ser un problema, estar con ella sin hacerle el amor hasta que ella estuviese preparada, porque iba a estar excitado todo el tiempo y ya era mayor para estar duro y dispuesto como un adolescente.

Tenía que remediar eso. Pero no había otra manera con ella. Por lo que sufrió y por lo que pasó en el pasado, tenía que tener paciencia y él era un hombre impulsivo. A ver cómo se las ingeniaba. Porque deseaba hacerle el amor ya, de todas las formas posibles. Hacerla sentir caliente y mojada y gimiendo bajo su cuerpo.

Ya llevaba años esperándola y cuando recordaba la primera vez que entró en ella en las circunstancias negras de aquella noche, se sentía torpe y adolescente. Sin embargo ahora sería diferente, tanto para reme como para él.

Ahora tenía experiencia con las mujeres, no es que se considerase un Dios del sexo, pero sabía dejarlas satisfechas. Ninguna se le había quejado y con Reme, sería...

Debía tomar las riendas, no sentirse torpe ni nervioso, pero se sentía. Esa mujer lo ponía así.

Debía pensar que ahora todo había cambiado, que él era un hombre, no un adolescente torpe como un niño virgen, sino que era un hombre con deseos de hombre por ella solamente, y se lo demostraría. Y la tendría bajo su cuerpo y encima de su cuerpo, hasta que ella temblara por él y con él y gritara su nombre y gimiera en su boca. Y lo volviera loco y excitado hasta puntos insospechados, como siempre había soñado.

Esa niña lejana e inaccesible la iba a cambiar en una mujer cercana y suya.

CAPÍTULO 8

Pasaron dos meses, en los que le pusieron a su hijo el apellido, conocieron a su familia, a los abuelos, que estuvieron encantados de tener un nieto más.

Cuando estos se enteraron, no salían de su asombro, que su hijo tuviese un hijo de dieciocho años, era increíble. La historia en sí, les pareció increíble, claro que no le contaron la parte oscura.

Conoció a sus primos, aunque eran del hermano mayor de Lucas, y casi nueve años mayor que él, eran un par de años menores que su hijo y empezó a tener relaciones con ellos. Salían juntos y lo pasaban bien.

Hubo un gran revuelo esos días, de papeleos y comidas familiares. Por lo demás, trabajaban y se veían al salir del mismo.

Lucas pasaba por casa de Reme y o cenaban o pasaban un rato en familia, a veces Lucas llevaba la comida y ella le reñía.

Y los fines de semana Lucas, pasaba los sábados por la mañana con su hijo, o en casa de él o salían fuera, o iban al gimnasio.

Hacían actividades los dos para conocerse. A veces, si el hijo tenía exámenes, el padre le ayudaba o le explicaba todo cuanto sabía de arquitectura.

Había decorado el despacho para los dos, para que estuvieran juntos en casa y trabajar. El hijo estaba encantado de estar en ese rincón con su padre. Para el hijo, su padre era un dios joven y lo adoraba, tanto como el padre adoraba a su hijo.

Con ella salía los fines de semana a comer, a pasear, a ir al cine o a alguna fiesta había ido con él. Nunca se había sentido fuera de lugar, pues Lucas no la había dejado sola ni un momento.

Los sábados y domingos que no habían tenido ningún evento, bajaban por la tarde a pasear por la playa, callejear y tomar las tapitas del ritual de Reme de los fines de semana.

Se besaban y abrazaban y él le daba su espacio. Necesitaba que ella lo deseara y que lo necesitara con intensidad y cuando ese día llegara, iba a ser suya en cuerpo y alma.

Lucas tenía que ir unos días a Italia. Iba a estar unos diez días por trabajo y quería pasar el fin de semana con Reme a solas, ya que su hijo iba a una excursión de la Universidad.

Quería tener intimidad con ella. Ya creía que era el tiempo. Y lo iba a intentar. No podía irse tantos días, siempre estaba excitado con ella y dejarla sola tantos días sin haberla tenido, no lo soportaría.

Le había dado espacio y había sido paciente, pero la necesitaba en ese aspecto o se iba a volver loco.

Nunca había pasado tanto tiempo sin sexo. Cuando dieran el paseo semanal por la playa y volvieran de la tabernita, quería hacer el amor con ella. Lo intentaría.

Como había previsto, el fin de semana que su hijo estaba fuera en la excursión, salieron a caminar a la playa, se sentaron en su banco favorito, y luego fueron a cenar unas tapas.

Cuando subían a casa de Reme de la mano, él, le dijo que la necesitaba, que quería hacerle el amor. Si estaba preparada y si no, esperarían.

—No sé cuándo voy a estar preparada, supongo que nunca si lo pienso fríamente, pero te deseo, no puedo evitarlo, lo he pensado muchas veces. Estoy tan nerviosa...

—No lo estés pequeña, nos ayudaremos mutuamente. Si fueses otra mujer, yo no estaría nervioso, pero siendo tú, estoy como un adolescente en mi primera cita. Estoy hecho un flan. No eres la única.

Y así cuando llegaron a casa de Reme, entraron en el dormitorio y entre temblores, él la desnudó con palabras hermosas, besando su boca, y su cuerpo, sus pechos, y ella sintió un deseo como jamás había sentido antes. Entre gemidos, lo desnudó a él y quedaron desnudos y temblando.

Ella se sorprendió de su sexo, largo, grande y duro, dispuesto para ella y tocó temblorosa ese terciopelo sin complejos. Era una mujer.

Él, la acariciaba y besaba y mordió uno de sus pezones que a ella le supo a gloria y se olvidó de todo. Si eso era lo que se sentía, se había perdido unos años preciosos por no haber conseguido superar el trauma.

Se puso encima de ella, metiendo la mano entre sus cuerpos y tocando su centro húmedo y dispuesto para él.

—¿Estás bien, guapa? Le preguntaba todo nervioso porque quería que ella estuviera bien.

—Nunca he estado mejor —decía entre gemidos.

Sentía vergüenza de que él la viera desnuda. Pero él le decía que estaba preciosa, que le encantaba su cuerpo.

—No sé si podré esperar mucho Reme. Tanto tiempo llevo sin tener sexo, que siendo tú, no sé si podré aguantar tanto.

—No importa, podremos repetir. No te preocupes —siempre tan generosa. Hasta en el tema sexual.

Ella sentía deseo, pero nada comparado con lo que estaba a punto de sentir. Lucas se puso un preservativo y empezó a penetrarla despacio mientras la besaba y ella se aferraba a sus hombros y a su espalda, esperando, y su sexo lo recibió como si invadiera su espacio, encajando perfectamente en su cuerpo.

Él aceleró el ritmo entrando y saliendo y ella gemía, mientras la besaba hasta que se dio cuenta de que llegaba a un sitio extraño en el que no había estado nunca, explotando en mil pedazos, con el corazón a cien por hora y él, se estremecía en su cuerpo a la vez.

Cuando recuperaron el aliento, la atrajo hacia él, abrazándola.

—¿Cómo te encuentras?

—Satisfecha, plena, como nunca, feliz. Gracias. Nunca pensé que el sexo pudiera ser así. Puedo acostumbrarme fácilmente.

—Eso me encantaría, porque voy a enseñarte a disfrutar a partir de hoy. He sentido tu orgasmo y me he vuelto loco. Me vuelves loco. Me encanta este cuerpo tuyo. He soñado tantas veces con esto... que la realidad ha superado cualquier expectativa que tuviese.

—Loco... —dijo mientras le acariciaba el pecho.

—Sí, loco, pero aún no hemos terminado esta noche, dame un respiro y haré que duermas el domingo hasta la noche.

—¡Qué bruto eres!

—Y tú, qué guapa. No sabes lo feliz que soy. Entrar en ti, es especial. Ha sido un sueño. Toda mi vida he soñado con este momento y ahora por fin, te he tenido como se debe tener a una mujer.

—¿Y si ahora que empieza a gustarme esto, me da por experimentar con otros hombres? —le dijo ella muy seria, pero burlándose de él.

—¿Lo dices en serio? —con un tono triste, incorporándose en un codo en la cama.

—Tú, ¿qué crees?

—Que no serías capaz, soy tu hombre y los mataría a todos por celos, iría a la cárcel y tú no quieres eso.

—Ven, dame un beso anda, que era una broma.

—No me des esas bromas, nena.

Y durante la noche, le enseñó que era su mujer y él era su hombre. Hicieron el amor casi toda la noche de todas las formas posibles y terminaron rendidos como puros adolescentes.

El domingo por la mañana, se levantaron tarde, se ducharon juntos y fueron a desayunar a la playa, aunque ella prefería hacer algo, él insistió en pasar la mañana en la playa y desayunar frente al mar.

Dedicaron la mañana a pasear por los puestos callejeros. Le compró una pulserita y alguna ropa, que a ella le gustaba pero que se negó a que él lo pagara, sin éxito.

Luego decidieron ir a Fuengirola, un pueblo cercano y precioso y cuando ya estaban cansados, decidieron comer allí.

—¿Tapas o restaurante? Para qué te preguntaré si ya sé la respuesta.

—Lucas, vamos por tapitas. —le decía melosa y él no se podía resistir a sus encantos. Se estaba convirtiendo en una bruja y hacía de él lo que quería. Pero estaba encantado. Parecía una niña flotando entre algodones.

—Esa es mi chica. ¿Luego tomamos café y tarta?

—Sí, busquemos una cafetería. Esa te la dejo a ti mientras tengan tarta de chocolate.

Buscaron un rinconcito y pidieron tapas, luego decidieron volver a Marbella a tomar café y tarta de chocolate y fueron a casa de Lucas.

Hicieron el amor en la piscina, fuera de ella y en el dormitorio, en el jacuzzi... Cuando ella se acurrucó contra él, le dijo:

—Te voy a echar de menos cuando te vayas a Italia, ya me estoy acostumbrando a ti. Si hubiera sabido en aquellos tiempos que estaríamos así en una cama... No hubiera apostado un euro por esto. Con mi mejor amigo he tenido un hijo y con mi mejor amigo diecinueve años después estoy con él y hago el amor con él, que se ha convertido en el hombre más guapo que haya podido conocer.

—No te pases. Te estás riendo de mí.

—No me río de ti. Siento todo lo que digo.

—Te amo preciosa. Y espero que algún día sientas por mí lo mismo que yo. Ese día seré el hombre más feliz del mundo.

—No sé Lucas... Quiero estar segura de todo. Y acostumbrarme a estar contigo.

—Espero que sea algo más que acostumbrarte, quiero que me ames y que me lo digas. Yo te amo, Reme y si por mí fuera, ya estaríamos viviendo juntos en esta casa.

—No sé, quiero esperar más tiempo, dame más tiempo. Cuando te vayas, pensaré en esta relación y en todo cuanto nos ha pasado desde otra perspectiva. Luego hay otro problema, la casa de mi tía. ¿Qué haríamos con ella si nos venimos a vivir contigo?

—Podemos hacer algo, y como está reformada, cuando Lucas termine de estudiar y sea independiente, puede vivir allí, si se queda en Marbella, si no, ya pensaríamos. Podemos alquilarla a turistas. La preparamos para ello y nos puede dar un dinero para Lucas. Se lo guardaríamos a él. También he pensado en que Lucas, aparte de que se saque el carnet de conducir, trabaje conmigo en verano, en vez de contigo. Puede hacer algunas prácticas como ayudante. Lo meteré en la empresa y se le pagará un sueldo de ayudante. Eso, si aprueba todo. ¿No crees que es mejor esa solución?, así tendría su propio dinero para gastar y no tendrías que darle

asignación semanal durante el verano.

—Sí, es mejor solución que trabaje contigo, aprendería mucho más que arreglando jardines. Gracias. En eso tienes mi aprobación. Siempre te sales con la tuya...

—Es mi hijo también, no tienes que darme las gracias. Si trabaja durante cuatro veranos conmigo aprenderá mucho y seguro que estará encantado. Eso, sí, tendrás que buscarte otro ayudante.

—Eso es lo de menos, ya me las arreglaré.

—Reme, si te hace falta dinero, no tienes más que pedírmelo. Quiero pasarte una asignación para Lucas, pero no quiero hacerlo porque quiero que vivamos todos juntos y lo mío es vuestro. Los gastos los pagaría yo, todos, sin discusión, tú has pagado dieciocho años. Ahora me corresponde a mí. Y no lleva discusión.

—No necesito dinero, Lucas. Tengo ahorrado y la empresa va bien. No tengo lo que tú, pero tengo para vivir holgadamente y para los gastos de Lucas. El que no estuvieses ahí durante dieciocho años, no quiere decir que tengas que amortizarlos, bobo.

—Bueno, entonces, no quiero que te quejes si quiero comprarle cosas importantes. Te prometo no comprarle cosas innecesarias y te consultaré antes. De todas formas, cuando nos casemos, juntaremos todo excepto tu empresa. He pensado que esas ganancias pueden ser para Lucas y nosotros vivir de lo que yo gano.

—¿Lo de casarte conmigo va en serio? —de todo cuanto le dijo, ella se quedó con el tema de la boda.

—Y tan en serio. Pero si quieres esperaremos, o podemos probar a vivir juntos, siempre puedes volver a casa de tu tía, no te lo impediré. A Lucas le encanta la casa, estará más cerca de la Universidad, tú, del trabajo. Somos amigos y en la cama compatibles y eres la mujer más sexy del mundo. Y por encima de todo, te amo.

—No sé, Lucas... estoy acostumbrada a ser tan independiente que me da miedo no tenerla. Ten en cuenta que desde siempre me he valido por mí misma.

—Piénsalo mientras estoy fuera, ¿vale? Yo también he sido independiente. Aquí tendrás tu independencia. Incluso si quieres podemos dormir separados, aunque hagamos el amor.

—No, dormir separados no quiero. Quiero dormir en tus brazos.

—Yo, también —besándola en los labios—, pero haré lo que tú quieras con tal de tenerte cerca. —le dijo mientras la abrazaba fuerte y se emocionaba porque ella sí quería dormir con él. Era un gran paso.

—No, si vamos a ser una familia, lo seremos con todas las consecuencias. Si no va bien, eso es otra cuestión. Pero haré lo imposible porque lo sea. Pensaré mientras estás fuera en Roma en todo esto.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Entonces ven aquí, que nos queda poco tiempo y tengo que demostrarte cuánto me vas a echar de menos...

Y bajó a su sexo y desplegó sus pliegues y la amó con la boca hasta que ella estalló en un climax de pasión desenfrenado.

Luego, se dedicó a sus pechos, a sus pezones duros como piedras, mientras se ponía un preservativo y entraba en ella como un náufrago.

Le hizo el amor desesperadamente y convirtió en un caliente incendio sus sexos con embestidas aceleradas, moviéndose dentro de ella con un voraz deseo hasta que una ola de placer

fuerte y abrumadora reverberó en sus cuerpos que se hicieron uno, hasta recuperar el aliento.

—Pienso que esto es más que suficiente para vivir juntos. Ya no podría estar sin ti y sin tu cuerpo jamás. No sé qué voy a hacer en Roma. Ahora que hemos empezado a intimar, tengo miedo de que al volver, te arrepientas. Por eso no era buen momento irme ahora.

—No te preocupes Lucas. Ahora que nos conocemos íntimamente y que he probado sexo del bueno, no voy a renunciar a él —bromeaba ella.

—O sea, que sólo me quieres sexualmente. Eso me está bien empleado.

—No seas tonto. Por supuesto que no es sólo por eso. Es como si nuestra amistad nunca se haya detenido. Tengo confianza contigo y tengo confianza en ti. Puedo contarte cosas como cuando éramos adolescentes. O más. Cuando era adolescente, sufría y eso no te lo contaba. No quería ni podía. Ahora siento que puedo contarte todo, hasta mis más íntimos secretos o deseos y tengo plena confianza contigo sexualmente. Lo cual es para mí un gran avance en mi vida. Yo, que nunca he hablado de sexo con nadie, ni he podido tener relaciones con nadie, ni que me tocan. Solo besos. Y ahora contigo, me resulta tan fácil...

—Me encanta que me digas eso. Me hace feliz y quiero que sea así siempre. Que tengamos confianza en todos los aspectos uno en el otro, que nos amemos y que seamos una pareja para toda la vida y los mejores amigos y amantes.

—Si los chicos de la escuela nos vieran ahora...

—Pues creo que no les sorprendería nada. Siempre andábamos juntos de un lado a otro. En la biblioteca, o en el recreo. ¿Te acuerdas del patio del recreo?— le dijo Lucas risueño.

—Claro. No sé si aún estará aquél árbol tan enorme que había. Recuerdo una vez que Rosa cogió a Manolo por el brazo y empezó a darle vueltas y lo estampó contra el árbol. Éramos unas niñas de cuidado. Yo también le di un día a José. La vida en el pueblo era dura y tenías que espabilarte. La verdad es que éramos tremendas. Un tanto salvajes, pero eran otros tiempos.

—Eso es decir poco. Cuando yo llegué y vi aquello, a veces me asustaba. Yo era más pacífico.

—Es verdad. Tú eras un niño de juegos tranquilo y nosotros siempre andábamos salvajes corriendo de un lado a otro. Por eso, ¿por qué íbamos nosotros a pensar en amor o enamorarnos de los chicos brutos del pueblo? Como mucho pensábamos en darles una paliza. ¡Eso era feminismo! Y no lo de ahora —se reía Reme.

—Desde luego, con tan pocos chicos, como para meternos con vosotros.

—Nos poníamos cinco en medio de la calle y niño que pasaba niño que se ganaba un par de tortas. Y eso que no veíamos series, como ahora, que si no...

—Pero lo pasábamos bien, que era de lo que se trababa al fin y al cabo.

—Sí, eso es cierto. Y ahora ¡míranos! Estamos aquí en la cama, abrazados después de tantos años y con un hijo mayor de lo que fuimos nosotros.

—Pues me alegro, Reme. Me alegro por nosotros, preciosa.

—Yo también, guapo.

Pasó un tiempo en silencio, mirándose, hasta que se quedaron dormidos.

El día siguiente, cuando despertaron de la siesta, era ya de noche. Y Lucas salía para Roma al día siguiente muy temprano.

Él la llevó a casa y esperó a que viniera su hijo de la excursión de la Universidad para despedirse de ellos.

Cenaron juntos y luego él se fue a casa, porque debía revisar unos informes y preparar la

maleta.

Cuando se fue esa noche Lucas, Reme sintió un gran vacío interior. Tenía su casa, su hijo, su trabajo, pero Lucas había puesto su mundo patas arribas. Su cuerpo, perfecto, su olor, su forma de ser y de protegerla, de tratarla, era maravillosa.

Era su príncipe azul. Tenía mucha suerte y a la vez tenía miedo. Miedo de compartir casa y vida con un hombre, después de tantos años de independencia.

Pero podía seguir teniéndola en el mismo sentido que la había tenido y además podía tener un compañero y amor... que por otro lado, tanto había echado de menos ¿Se estaría enamorando de Lucas? Cierto era que la hacía sentir maravillosamente y que sus cuerpos encajaban a la perfección.

A pesar de que no había conocido íntimamente a otro hombre y ni falta que le hacía, estaba segura de que no quería tener sexo con otro hombre que no fuese Lucas. Lucas era suyo. Su cuerpo sexy y perfecto la hacía enloquecer.

Había sido todo mejor de lo que se imaginaba a pesar del miedo que siempre había tenido y seguiría igual si no hubiese aparecido Lucas en su vida de nuevo.

La vida le sonreía y era bueno con ella al fin y al cabo, después de todo cuanto había pasado, todo cuanto había trabajado para su hijo, ahora tenía apoyo emocional como su tía le decía siempre, y qué mejor apoyo que el del único hombre que ella había conocido.

El sexo había sido perfecto.

Reme nunca hubiera pensado que fuese así. Y Lucas había arrancado fuego de su cuerpo. Nunca pensó en tener con él esos orgasmos perfectos, ni su cuerpo sobre el suyo de aquella manera.

Había sido mágico y sensual, espiritual y sexual. Había sentido deseo por su amigo, pero su amigo era un hombre imponente, al que miraban todas las mujeres al pasar, pero del que ella solamente disfrutaba.

Su sexo era perfecto para ella. Sentirlo en el suyo era maravilloso, tenía mucha experiencia porque cuando la tocaba, ella se derretía en sus brazos.

Y lo deseaba a todas horas. Había despertado sexualmente, con un hombre experto y sexual y ahora lo necesitaba como el comer.

Cuando pensaba en la noche pasada, se excitaba y deseaba que estuviese con ella y amarlo hasta perder el sentido.

Era inaudito cómo había podido llegar a esa situación con el padre de su hijo. Ya no era ese adolescente desgarbado, era un hombre impresionante que la ponía tan excitada, que nunca podría decirle que no a nada. Era suyo.

¡Estaba desvariando! Ya se estaba pareciendo a él. Tendría que dormir si no quería llegar tarde el lunes al trabajo hecha una piltrafa.

Los días siguientes seguían su rutina. Iba al trabajo, su hijo a la Universidad y Lucas la llamaba siempre que podía, que solía ser un par de veces al día y algunos mensajes bonitos y amorosos.

Era por la noche cuando hablaban más por teléfono, todas las noches. Siempre tenían de qué hablar, se reían, hablaban de lo que se echaban de menos, de amor y sexo. Ella se ponía colorada y se reían de muchas situaciones.

Hablaban de su hijo, de su futuro y eran felices. Ella lo echaba mucho de menos, después de

haber probado su cuerpo y conocido su ternura y su pasión, quería que volviese lo antes posible para tenerlo de nuevo en sus brazos. Y tener su olor.

Se estaba enamorando del niño de su infancia, de su amigo de aventuras y desventuras de la niñez. Si alguien se lo hubiese dicho en aquél tiempo, no se lo hubiese creído.

Todo era novedoso para ella. El cambio de Lucas, el cambio de su hijo que estaba mucho más contento y alegre y feliz, su propio cambio, entre el miedo y la inseguridad, por mucho que él le dijera que todo iba a salir bien.

Y sobre todo el cambio en su cuerpo. Parecía una adolescente. Sentía deseo y ganas por él. Por su sexo, por su olor, su cuerpo. Era increíble cómo había cambiado todo desde el día que lo había encontrado.

Había hecho falta que Lucas se fuese para darse cuenta Reme de que estaba enamorada de él.

Echar de menos su cuerpo, su olor, su sexo y la forma en que la amaba y protegía. Eso era amor. Y ella nunca había estado enamorada. Hasta ahora.

Sí él lo supiera, volvería en el primer avión, como si no lo conociera. Se lo diría en el momento adecuado. Se merecía saberlo y hacerlo feliz.

Él estaba esforzándose por hacerlos a ellos dos felices y se sentía un poco como si le debiera algo.

Pero no se lo diría por esa razón, sino porque verdaderamente lo sentía. Lo quería. Lo amaba. Estaba enamorada de él locamente.

Tenía celos de las mujeres que podían mirarlo.

El viaje se alargaba más de lo previsto, debido a dificultades técnicas en el proyecto del hotel de Roma y ellos se sentían más ansiosos por verse.

A ello se unió el imprevisto de que tenía que pasar por París al menos unos diez días en principio.

Por su parte, Lucas, la echaba mucho de menos, hubiera no querido irse ni a Roma ni a París, ahora que las cosas con Reme y su hijo marchaban a la perfección, pero sobre todo con Reme. Empezaban a tener relaciones sexuales perfectas.

Ella había superado los traumas del pasado y él también. Ya no tenía pesadillas.

Y Reme se atrevía en el sexo con él, tomaba la iniciativa a veces. Pero ya la tomaría más. Debía darle más tiempo.

Tenía pensamientos maravillosos y excitaciones inquietantes por ella. Habían llegado a un punto en tan poco tiempo en que incluso bromeaban y probaban posturas que ella ni sabía que existían.

Aun la sentía tímida, pero la dejaba hacer, que tomara confianza sexualmente.

Jugaban y eso era parte del sexo. Ella le seguía y había aprendido mucho, había aprendido a hacerle sentirse excitado, a tocarlo y a amarlo y besarle cuando ella quería.

Él quería más, quería que le dijera que lo amaba, porque había esperado una eternidad para eso.

Tenía que llegar el momento de oírsele decir. Estaba loco por ella. Pero Reme era más dura. Hasta que no lo sintiera verdaderamente, no iba a decírselo. La conocía bien. Pero una vez que decía algo era porque lo sentía con intensidad.

Así que tenía que trabajar duro y lo hizo, para estar el menos tiempo posible fuera de España, aunque los plazos eran los plazos y no podía evitar cumplirlos.

Estaba deseando que se acabara el trabajo en Roma y en París, que no estaba previsto, salvo en el último momento y no le quedaba más remedio.

Estaba la empresa y era el trabajo, y el trabajo era importante, estaban terminando la compra de un hotel y remodelarlo y eso tenía gestiones que hacer. Obras y decoración. Y tendría que volver de vez en cuando a supervisar una vez el trabajo estuviese hecho. Y contratar personal.

De momento hasta que las obras no estuviesen terminadas no volvería. Allí había contratado un arquitecto, y un jefe de obras y los obreros. Podía gestionar el resto desde Marbella.

Reme, por su parte, se sintió triste cuando le dijo que tenía que ir a París y hasta derramó algunas lágrimas porque lo echaba tanto de menos...

Y él la animaba desde la distancia, no quería que lo que había empezado se paralizara entre ellos, por eso, bromeaba sexualmente con ella cuando la llamaba.

En definitiva, el viaje se retrasó un mes y el día que venía de París, ella fue al aeropuerto a recogerlo.

Cuando salió por la puerta de embarque y lo vio tan imponente, alto y guapo, con un traje gris que le quedaba como un guante y con esa sonrisa que era solo para ella, confirmó en ese instante que estaba locamente enamorada de Lucas.

Lucas la vio y su corazón dio un vuelco con aquella pequeña mujer. Dejó la maleta en el suelo y la levantó a su altura besándola con pasión durante largo rato.

—Bájame bobo, que me da vergüenza. —Dijo toda azorada, pero feliz.

—A mí no, te amo y te cogeré en brazos si es necesario y gritaré que te quiero si no te callas y me besas de nuevo.

—¡Eres incorregible! —Y volvió a besarlo.

—Y guapo.

—Y alto y mío. ¿Te has portado bien? —preguntó algo celosa cuando la bajó al suelo, tomó con una mano la maleta y con la otra la mano de Reme, para ir al aparcamiento a por el coche.

—¿Esa pregunta, se refiere a si he mirado a alguna mujer en mi ausencia?

—Sí.

—¿Te pondrías celosa si te digo que sí?

—No, sólo te mataría. —Y Lucas se reía.

—Pues estamos a la par. ¡Cómo voy a mirar a nadie, teniéndote a ti! No he tenido tiempo mi amor. ¿Me llevas a casa y te demuestro cuánto te he echado de menos?

—Quiero comprobar eso —dijo toda contenta y entusiasmada.

—Pues vamos bonita.

Y se lo demostró esa noche. Cuando terminaron de hacer el amor, ella le dijo que lo amaba.

—¿Has dicho lo que he oído que has dicho? —Se incorporó de repente apoyando un codo en la cama y mirándola fijamente.

—Sí, he dicho que te quiero, que te amo, que te he echado tanto de menos que ya no podría vivir sin ti. ¿Es eso lo que querías oír, cielo?

Se puso las manos en la cara y al quitárselas, la miró muy serio.

—¿De verdad Reme? ¿Me amas?

—Sí, tan cierto como que me llamo Reme.

—¡Dios mío!, he esperado tanto tiempo a que me lo digas, o que lo sientas, que no puedo decir nada ahora mismo. Estoy tan emocionado... te quiero, chiquita. Te amo tanto... Durante tanto tiempo te he amado, que hoy es un día especial para mí. Tengo que apuntarlo en la agenda.

—No seas loco. Debes estar contento, siento lo mismo que tú por mí. Me he dado cuenta durante este tiempo que has estado fuera. Y que te he echado tanto de menos... tocarte, que me ames como tú sabes, que me protejas, que me acaricies.

—Reme... ten cuidado dónde pones las manos...

—¿Por qué? ¿Acaso no te gusta dónde las estoy poniendo?... —Mientras tocaba toda la longitud de su sexo que crecía a su contacto.

—Sí que me gusta, me gusta mucho, pero...

—¿Pero qué?, mi amor.

—Si me dices esas palabras y me tocas como me estás tocando, tendrás que atenerte a las consecuencias.

—Estoy esperando las consecuencias —le decía riéndose.

—Mi niña...

Y se la puso encima de ella de un plumazo, para poseerla sin compasión. Reme lo excitaba como ninguna mujer. Y su excitación por ella no tenía límites, pero al decirle que lo amaba, se volvió loco por ella.

Y empezaron haciendo de nuevo el amor pasionalmente y terminaron con un halo de ternura que nunca se había reconocido.

Se sentía aturdido por la intensidad de los sentimientos que habían compartido. Hacerlo con amor, era distinto. Y es que ella, para él era una mujer única, inigualable. Estaba hecha para su sexo y para su cuerpo.

Pasaban los días y él le daba el tiempo necesario para que se acostumbrara a estar en familia. Los fines de semana los pasaban en casa de Lucas y su hijo disfrutaba de la piscina y de su estudio.

A veces invitaba a sus amigos o a los primos a la piscina y su madre les preparaba algo de picotear o les pedían pizzas o hamburguesas y ellos disfrutaban viendo a su hijo lo feliz que era. Ella también se iba a acostumbrando a estar en casa de Lucas.

Algunos domingos invitaban a la familia de Lucas y otros iban a comer ellos a su casa a Mijas.

Los lazos familiares se estrechaban porque Lucas hijo tenía primos de su edad y una familia de la que se sentía encantado y querido.

Uno de los fines de semana que pasaban en la piscina los dos solos, sentados en las tumbonas, él le preguntó por qué no daban el siguiente paso y se iban a vivir allí, porque durante la semana los echaba mucho de menos y así se irían acostumbrando.

Quería verla a diario, cuando llegara a casa y a su hijo, acostarse con ella y hacerle el amor o sentarse un ratito en las tumbonas de la piscina y charlar o cenar allí al fresco y no verla sólo los fines de semana o algunos días que podía escaparse.

Ella, le dijo que si todo iba bien, cuando le dieran vacaciones a Lucas podrían probar. A él le hizo mucha ilusión. Tendría que esperar un poco más. Pero lo haría. La vida les sonreía.

Hacía meses ya que Lucas había vuelto a su vida, su empresa iba viento en popa, su hijo estaba a punto de tomar las vacaciones y ella estaba reluciente y le brillaban los ojos de un modo especial. Se lo decía su amiga Estrella.

Una mañana llegó al trabajo y como todos los días Estrella, su ayudante y ella trazaban los cuadrantes y preparaban a los trabajadores, teléfonos, etc. Era el momento más estresante de la mañana y duraba un par de horas, después podían desayunar tranquilas, pero Reme, no se sentía

bien, tenía el estómago revuelto desde que se levantó por la mañana y se encontraba algo mareada.

—Reme, estás pálida, ¿te pasa algo?

—Creo que estoy a punto de coger un resfriado o un virus Estrella. Voy a pedir una tila o una manzanilla, no me entra la tostada hoy.

—Así pasó toda la mañana del miércoles, cuando la llamó Lucas por la tarde, aún no se encontraba bien. Estuvieron una hora hablando por teléfono.

—Él le dijo que quería hacer un viaje de una semana, que se la iba a pedir en el trabajo cuando su hijo cogiera las vacaciones, para llevarlo a Nueva York.

—Sería un viaje de chicos. Así su hijo descansaba del curso. Temía que a ella le importara, pero a ella le pareció estupendo.

—Ya habían planeado ese viaje con anterioridad y Lucas prefería hacerlo cuando acabase la Universidad, para que desconectara su hijo de todo un año de estudio.

—Te prometo que luego lo mandaremos unas semanas a Inglaterra a un curso de inglés e iremos nosotros de viaje de novios. Y el resto del verano trabajará en mi empresa por las mañanas y por la tarde que se saque el carnet de conducir, y así, le daremos un mes de vacaciones entre que trabaje y empiece de nuevo la Universidad. Se lo merece. ¿Te parece bien?

—Me parece muy bien, te estás comportando como un buen padre, vas aprendiendo. A propósito... ¿Me amas?, ¿Cuánto me amas? —le preguntó bromeando.

—¡Qué bobita!... Te amo más que a nada en el mundo y lo sabes, no me hagas hablar de más pequeña. En cuanto te vengas a casa, al poco nos casamos.

—¡Ay qué bien y eso lo decide el señorito, solo!

—El señorito se va a comer a la criada, se casará con la chica pobre, como en las telenovelas.

—Pues no creas que lo nuestro no parece una —le dijo irónica.

—Oye, ¿Te encuentras mejor? —preguntándole por los mareos que había tenido.

—Algo mejor desde la tarde. Debí comer algo que me sentó mal.

—Bueno cariño, te dejo descansar, te amo mucho. Descansa.

—Hasta mañana. Te quiero, guapo.

—Me encanta que me lo digas.

—Por eso lo hago pequeño.

Y se quedó dormida en el sofá hasta la hora de la cena que su hijo la llamó. Tomó un caldito y una manzana y se acostó.

Al día siguiente, no se encontró mejor, nada más levantarse fue al baño a vomitar directamente y volvió a acostarse. Si en media hora no se le pasaba, tendría que avisar a Estrella y ella que hiciese todo ese día. Se encontraba fatal.

—Mamá, ¿te encuentras mejor? ¿Me quedo en casa hoy contigo? ¿Llamo a papá?

—Ni se te ocurra, ya me encuentro mejor, en cuanto me tomé un té, estaré como nueva. Debe ser un virus raro este. A veces me encuentro cansada y mareada y luego conforme va pasando el día me voy encontrando mejor.

—Así pasó casi una semana. Ese fin de semana no fueron a casa de Lucas, pero él insistió en irse a su casa a cuidarla, para que su hijo pudiera salir y estudiar. Se encargó de la comida, algo ligerito para el estómago.

—Si no se te quita el fin de semana quiero que vayas al médico el lunes, ¡prométemelo! Si es un virus te mandarán algo y si es otra cosa, nos quedaremos más tranquilos.

—Vale, te lo prometo. Iré el lunes. Pero a veces los virus tardan en desaparecer.

Afortunadamente el Lunes se levantó bien y el Martes también y todo continuaba como

siempre.

Ya quedaban dos semanas para que a su hijo le dieran las vacaciones y estaba liado con los exámenes, cuando una noche la llamó Lucas y le comunicó que debía irse a Inglaterra unos días.

Ella se sintió vacía, sola y triste de nuevo, pero comprendía que ese sería su trabajo siempre y lo aceptaba, pero no podía evitar sus sentimientos. Estaba en un momento más vulnerable y lo echaría mucho de menos.

Lucas saldría en dos días y quedaron, en pasar el siguiente día, juntos por la tarde.

Así que se tomó libre la tarde del miércoles y estuvieron haciendo el amor todo el tiempo.

Ella le decía que lo iba a echar mucho de menos, que lo amaba mucho, él, que cuando volviera iría a Nueva York con su hijo y luego vivirían juntos como acordaron. Después, viajarían a París ellos solos unos días, la ciudad del amor y se la enseñaría.

Siempre estaba haciendo planes.

Era el hombre de los planes. Pero a ella le encantaba su hombre. Era tan guapo y olía tan bien... tan buena persona, como siempre fue.

Lucas estuvo fuera casi diez días, siempre se alargaban los viajes y a su hijo le quedaba sólo un examen.

Cuando acabó Lucas la Universidad, aún no había regresado su padre del viaje.

Tardó otra semana en volver, otra semana que se le hizo eterna y cuando se vieron un viernes por la mañana, se abrazaron como si hubiese pasado un año fuera. Siempre iba a recogerlo al aeropuerto. Le encantaba ir a por él.

—Tendré que acostumbrarme a tus viajes mi amor, pero me cuesta. Te echo de menos.

—Cuando vivamos juntos me echarás más, te lo aseguro, como yo a ti. Pero lo bueno es cuando vuelvo. Podemos hacer el amor incansablemente. Y eso es lo que te pienso hacer. Es extraño como te estoy siendo fiel, con lo que yo era...

—No pienses esas cosas ni de broma. Sufriría mucho por tu culpa si me fueses infiel.

—Nunca, nunca, te seré infiel. Eres la mujer que yo necesito. La mujer de mi vida. El amor de mi vida. Y no habrá suficientes días para que pueda hacerte feliz, pequeña.

—Vamos a casa...

—¿A qué casa? —le preguntó, sin saber a qué casa se refería.

—A la que voy a mudarme contigo en unos días.— le contestó ella eufórica.

—Voy a tener que irme más a menudo. Cada vez que vuelvo, me encuentro una sorpresa interesante. ¡Qué pequeñilla eres! —mientras la cogía de la mano y salían del aeropuerto.

—A ver si no me voy a cambiar...

—Tontita. Me gustas así, pequeñilla y manejable. ¿Te hace uno contra la pared nada más entrar en casa?

—¡Estás loco de remate! —riéndose.

—Sí, loco por ti.

Y cumplió su promesa. En cuanto entraron en su casa, cerró la puerta y dejando la maleta a un lado, la subió a horcajadas sobre su sexo y le subió la faldita que llevaba y le apartó el tanga que llevaba y la poseyó allí mismo, sin contemplaciones. Salía y entraba de su cuerpo, hasta que quedaron satisfechos el uno del otro.

Luego, se ducharon y lo hicieron de nuevo en la ducha.

—No voy a poder mover las piernas, mi amor —dijo ella.

Ese fin de semana, su hijo lo pasó en casa de sus abuelos, con sus primos en Mijas y ellos lo pasaron en casa de Lucas haciendo el amor, sin salir casi de la cama.

Pidieron comida y ni salieron de la casa. Lo pasaron en la piscina al frescor de Junio por las noches, charlaban y se besaban.

—El lunes voy a sacar los billetes para ir a Nueva York con Lucas para dentro de una semana.

—¿Otra vez? Qué pena, y ahora me quedo sola de nuevo. Y sin los dos. Menos mal que hacemos el amor para que tenga reservas.

—No te preocupes, Lucas lo pasará bien y volveremos en una semana. Luego en Agosto, nos vamos nosotros a París. Y ahí, en la ciudad del amor, habrá que hacer el amor desenfrenadamente.

—Loco, ¡Siempre nos quedará París!

—Bonita frase.

—Sin embargo, ella comprendía que quisiese pasar tiempo con su hijo, enseñarle donde había vivido, que su hijo tuviese recuerdos con él y darle lo que podía darle. Sabía que ese viaje era caro, pero su padre tenía dinero suficiente para hacerlo.

Lo que más tenía era ilusión y ella no iba a quitársela a ninguno de los dos. Se querían mucho y ella estaba orgullosa de ellos en ese sentido.

Su padre quería darle a su hijo todo lo que quería y tenía, pero lo que le daba eran cosas interesantes.

Nunca le había ofrecido un capricho caro y eso a ella le gustaba. Todo lo que le ofrecía y pensaba para él, era necesario y ella no podía hacerlo, pero como decía Lucas, para eso estaba su padre. Y no podía decirle que no, a ninguno de los dos.

Por eso, ella no se oponía a nada, porque toda propuesta era válida para ella.

El lunes, cuando entró en la oficina, ya estaba Estrella, liada con los cuadrantes semanales.

—¡Qué ayudanta más trabajadora tengo!

—Y que lo digas, qué harías sin mí. —Sonreía Estrella.

—Cuando vayamos a desayunar, vamos a pasar por la farmacia —dijo con una seguridad absoluta.

—¿Y eso? ¿Aún no se te ha ido el virus?

—No, es algo más preocupante que eso. No creo que sea un virus.

—¡No me digas!

—Shsssss, calla, que aún no estoy segura, pero llevo un retraso de quince días, lo cual no es normal.

—Madre mía, como sea eso lo celebramos en la tabernita a mediodía. Hoy, menú, extra. Debes comer por dos.

—Tengo mucho miedo Estrella. Hace tanto tiempo que tuve a Lucas... y últimamente tengo tanto movimiento con el otro Lucas...

—Vamos mujer no te preocupes. Primero vamos a comprobarlo con el test. Si sale positivo vas a la ginecóloga y luego ya te preocupas.

A las once, salieron a desayunar, desviaron los teléfonos, como siempre y luego pasaron por la farmacia a comprar un test de embarazo y al llegar al trabajo, ella entró al servicio. Estrella estaba más nerviosa que Reme, preguntando a cada segundo.

—Mujer espera que me estás poniendo de los nervios.

Cuando salió del cuarto de baño, le puso el test a Estrella enfrente con dos rayitas rosas, que indicaban que estaba embarazadísima.

—Madre mía, Reme, madre mía, ¡qué ilusión!, cuando se enteren los Lucas...

—Ahora no van a enterarse, si se enteran no van a querer dejarme sola y se van a Nueva York la semana que viene y quiero que mi hijo y su padre pasen esas estupendas vacaciones que tienen programadas. Cuando vuelvan, les daré la noticia. Lo más seguro es que Lucas me obligue a irme a su casa, lo conozco, es posesivo y protector.

—Es que ya tenías que haberte ido, mujer. Está solo en aquella villa tan hermosa...

—Estaba esperando que mi hijo tuviese las vacaciones y ahora se van. Cuando vengan nos cambiamos.

—Lo que sí es que tienes que ir a tu ginecóloga, Reme.

—Sí, pediré cita para la semana que viene cuando no estén. Así voy más tranquila.

—¡Dios mío!, ¡qué alegría!— dijo abrazándola.

—Estoy un poco asustada. No sé cómo va a tomárselo Lucas padre. No sé cómo va a tomárselo Lucas hijo y tengo treinta y cuatro años y hace dieciocho que tuve un hijo. Es como si tuviese uno de nuevo. Lo pasé muy mal cuando Lucas.

—Pero porque eras una niña, mujer. Ahora será diferente, ya verás.

—No sé pero eso no hace que tenga menos miedo.

—Tú eres muy valiente. Ya verás, todos se alegrarán y tendrás a tu hombre preparando una habitación de bebé en menos que canta un gallo.

—Eso sí. Así es él. Lo que no entiendo es cómo he podido quedarme embarazada. Siempre hemos usado protección.

—Los preservativos, no son cien por cien efectivos. Bueno, nada es efectivo.

Estaban hablando en la oficina de Reme y Estrella estaba de pie con la puerta abierta por si llamaba alguien o entraba algún cliente.

—Debía haber ido a la ginecóloga hace tiempo y que me hubiese mandado pastillas anticonceptivas. Y esto no hubiese ocurrido.

—Mujer, un niño siempre es un milagro. ¿No te apetece tener más? Yo creo que a tu hijo le va a hacer mucha ilusión y va a proteger a su hermano o hermana.

—Sí, yo creo que así es, pero ahora tenía mi vida, mi empresa, mi hijo ya mayor en la Universidad. Ha vuelto su padre. Tenemos la mejor relación del mundo y ahora...

—Vamos Reme, ánimate, por Dios. El mundo no se acaba aquí. Ahora vas a tener un pedazo de familia. ¡Alégrate! No quiero verte triste. Ahí dentro —señalándole la tripa— hay un ser precioso creciendo en tu interior. Da gracias a Dios por ello. Y sé feliz. Tienes un hombre rico a tu lado que tiene dinero para mantener bien a doce hijos. Así que has de estar agradecida. Y de llorar nada de nada.

—Gracias Estrella, eres una buena amiga. Si no fuera por ti...

—¿Volvemos al trabajo? Venga no te preocupes, Reme. Ya verás que todo se soluciona. De momento disfruta.

El día transcurrió volando, comieron en la tabernita, pero no pudieron celebrarlo las dos solas, porque apareció Lucas a comer con ellas.

Así que se miraron y lo dejaron para el día siguiente. La comida transcurrió amena y entre bromas.

Le preguntó si ya se encontraba mejor del virus y ella tuvo que decirle que sí, que estaba perfectamente. Que no se preocupara.

Él pagó la cuenta sin discusión a pesar de la protesta de ellas. Cuando terminaron, la besó en la boca y se despidió de Estrella y de ella hasta la noche que quedó en pasar por su casa porque

tenía una reunión urgente y terminaría tarde.

Ellas se quedaron a tomar un café. Pero Estrella, le dijo que para Reme, descafeinado.

—Espero que no haya notado nada raro entre nosotras —dijo Reme.

—No te preocupes. No se ha dado cuenta de nada. Pero me encantaría ver la cara de los dos cuando vuelvan de su viaje y se lo digas. Eso no tiene precio.

—Sí, tú ríete, pero yo estoy que me tiembla todo el cuerpo. ¿Crees que podré con esto, Estrella? Me parece que me ha dado un bajón emocional. Sí sé que hay un ser en mi interior creciendo y que es ahora fruto de amor con el mismo hombre con el que tuve a Lucas, pero mi vida va a cambiar.

No seas así mujer, tu vida ya ha cambiado, desde que fuiste a esa villa. Yo doy gracias por no haber ido. Desde entonces ha cambiado tu vida y la de dos personas más, para bien. Con lo que te quieren los dos, ¿te vas a preocupar? De lo que tienes que preocuparte ahora es de cuidarte lo más posible. Lo que llevas dentro, es ahora lo más importante. El resto... ya sois grandecitos.

—Es verdad. ¡Ojalá tuviese una niña! ¿Imaginas? Pero si es otro niño, no me importaría. Se va a llevar diecinueve años con su hermano. ¡Es una barbaridad!

—Pero es porque lo tuviste muy joven. Venga, ánimo. Va a ser un niño o niña preciosa y todos estarán encantados. No quiero verte triste ni un segundo. ¡Al trabajo!

Y se fueron al trabajo. Estrella tenía razón.

Había más motivos para estar feliz que para no estarlo. Iba a ser una gran sorpresa. Como decía Lucas, cada vez que venía de un viaje tenía una sorpresa esperándolo. Pues esta iba a ser de las gordas, y esperaba que se lo tomarán bien.

Ella estaba asustada e ilusionada por igual, pero quizá Lucas no quisiera hijos pequeños ahora o no quisiera más hijos.

Estaba hecha un mar de líos y no podía permitírselo. No en esos momentos. ¿Qué iba a hacer?

CAPÍTULO 9

A finales de semana, su padre fue con él a ver las notas finales a la Universidad. Había aprobado todo con muy buenas notas.

Ya Reme se lo había dicho, que era muy inteligente. Llamaron a Reme para darle la buena noticia y ésta se alegró mucho. Fueron al trabajo a ver a su madre y felicitó a su hijo.

—Ahora sí te mereces un buen viaje. Le dijo Reme. Y todo lo que tu padre ha previsto para tu verano, que no sé si te sentirás agobiado.

—No mamá me parece bien. El problema es que no voy a poder estar contigo como todos los veranos.

Ni falta que hace. Es preferible aprender arquitectura con tu padre. Ya verás que estarás estupidamente. Yo, ya tengo ayudantes. Por eso ni te preocupes, cielo.

La semana pasó rápido, entre el trabajo y que su hijo hiciese la maleta, todo contento y entusiasmado por pasar con su padre un tiempo de viaje.

Lucas, había reservado en uno de los hoteles mejores de Nueva York, en Manhattan, y ya tenían preparado el itinerario por días. Por las noches se habían hecho un plan de viaje y de visitas importantes para cuando llegaran.

El fin de semana en sus callejitos por la tarde a la playa, cogidos de la mano, él le dijo:

—Cuando vuelva, tenemos que hablar de que os vengáis a casa conmigo, luego que se vaya al curso a Inglaterra. Miraré algunas Universidades que sean interesantes. Y a la vuelta del curso, que empiece las prácticas en la empresa y se saque el carnet por la tarde. Le asignaré un sueldo de media jornada, si te parece bien. Y el carnet y el coche corren de mi cuenta.

—Lo vas a malcriar. Ya verás. Y serás un padre estupendo. Mejor que su madre.

—Vamos Reme, tengo sólo un hijo y nunca le he dado nada ¡déjame que lo malcrie un poquito solamente! Además ya sabes que son cosas importantes, no son tonterías. Y ha sacado unas notas espléndidas. Se lo merece. Y nunca estaré por encima de su madre. Eso lo sabe él perfectamente. Siempre está pendiente de ti. Y yo también. Ahora serás tú la mimada.

—Es verdad. — Dijo con algunas lágrimas en los ojos. Su hijo y él eran ahora su vida — ¡Te quiero! Eres un padre estupendo. Y es verdad. Necesita saber conducir y necesita aprender inglés. Es imprescindible hoy en día para todo.

—¿Y, como hombre, me quieres?

—Inigualable, maravilloso. Claro que te quiero. Ya lo sabes, pero eres un mimoso que quieres que te lo diga a todas horas.

—Tengo un regalo para ti, antes de irme de viaje con Lucas.

—¿Qué tipo de regalo? No quiero saberlo. Siempre estás comprando. No quiero que gastes un euro.

—Cuando nos sentemos en nuestro banquito te lo doy.

—Tendré que esperar cinco minutos más. Ahora me tienes en ascuas— dijo ella ahora toda curiosa.

Cuando llegaron al banco después del paseo, se sentaron y él sacó una cajita.

—La compré en París. Tu hijo me ayudó con la medida.

—Que Lucas te ayudó... —dijo abriendo mucho los ojos. Esos hacían cosas a sus espaldas—.

—Sí, me dio uno de bisutería.

Abrió la caja y apareció un anillo de compromiso de oro blanco fino con un diamante blanco pequeño y hermoso y, le cogió el dedo y se lo puso.

Ahora, eres mi prometida oficialmente. Y cierra la boca o te la cierro con un beso.

—Pero Lucas, esto es muy caro, yo... ¡me encanta! ¡Es precioso! Gracias.

Mientras levantaba la mano y lo miraba maravillada.

Y él se reía.

—No deberías haberlo hecho. —Estaba tan emocionada, miraba el anillo que era una preciosidad...

Pero quería. Te lo mereces. Además una novia sin anillo, no es novia ni está comprometida y yo quiero que lo estés y que los demás lo sepan.

—¡Te amo tanto!

—¡Cuánto tiempo he esperado para que me dijeras estas palabras! Treinta y cuatro años, que lo sepas.

—Pues ahora te las repetiré siempre.

—Tanto como yo a ti.

Y se besaron apasionadamente con promesas para el futuro. Pero ella tenía miedo, porque tenía un secreto guardado que no sabía cómo Lucas iba a reaccionar.

Aunque serían otra vez padres relativamente jóvenes, su hijo tenía ya dieciocho años y era mucha la diferencia. Tenía miedo al futuro, a la reacción de ellos.

Ella con los días estaba muy contenta con el ser que crecía en su interior y no esperaba el momento de decírselo, y debía hacerlo antes de irse a vivir a casa de Lucas, porque no sabía de su reacción a la noticia.

Como había prometido, el martes por la tarde tenía cita con su ginecóloga y cuando volvieran del viaje, se lo diría primero a Lucas y luego se lo diría a su hijo. O ya vería el momento adecuado de decirlo.

Rezaba para que él se alegrara tanto como ella. Iba a volver a ser madre por segunda vez, ahora del hombre al que amaba y padre de su primer hijo.

Estaba muy contenta, porque ahora no iba a estar sola como la primera vez. No tenía que ocultar nada, no tenía el mismo miedo que cuando apenas era una niña de quince años.

Ahora era una mujer y sabía qué era un parto y además un parto difícil. A lo único que tenía miedo era a la reacción de Lucas, de su familia.

Estaba hecha un lío. Lucas para ella, era un peligro sexual. Pero por otro lado era tan feliz... iba a tener un bebé de su mejor amigo de la infancia, hermano o hermana de su hijo, y tenían el mismo padre que ahora, era el amor de su vida.

Un bebé les cambiaría la vida y los planes y a lo mejor Lucas no quería más familia. Mejor que no pensara tanto o se volvería loca y eso no le haría bien al bebé, porque se ponía muy nerviosa si lo pensaba.

El lunes por la mañana, Lucas Padre e hijo volaron a Nueva York. Y el martes, ella fue a su ginecóloga. Le hizo un reconocimiento completo, oyó el corazón de sus nuevos hijos y se sintió plena y feliz, no le importaba ya nada de lo que pudiese pensar nadie. Pero eran dos... Ahora sí que estaba asustada.

Iba a ser madre de nuevo y esta vez por partida doble, cuando lo supiera Estrella... iba a disfrutar de su embarazo, porque del primero no se había dado cuenta apenas, debido a su juventud y lo pasó llena de miedos y trabajo duro.

Lo importante es que todo iba bien. Debía volver cada mes y cuidarse un poco, pero por ahora todo estaba bien. Debía hacerse una analítica, por lo demás, su embarazo iba por buen camino.

Hablaba con Lucas y su hijo todas las noches y le contaba maravillas, que si su padre lo había llevado a tal o cual sitio, que si habían comido en un restaurante de moda de la Quinta Avenida.

Ya llevaban cuatro días y habían visto todo lo visible. Central Park, había visto por fuera dónde vivía su padre, la estatua de la Libertad, el Empire State, Times Square. Habían visto un espectáculo en Broadway, el edificio Rockefeller Center, para que su hijo viera edificios y la preciosidad que eran, ellos lo veían con ojos de arquitectos.

Fueron también a ver el Museo Metropolitano y el Puente de Brooklyn, el barrio, la quinta avenida, el One World Trade Center, el Soho y Chinatown y miles de edificios que iba apuntado en una agenda y a ella se le olvidaba la cantidad de cosas que le contaba. Habían ido a la empresa de su padre. Debían estar muertos de cansancio de tanto ver edificios y cosas.

Pero su hijo estaba encantado y entusiasmado. Decía que las hamburguesas eran distintas de las de aquí y ella se reía.

Hablaba también con Lucas padre, que tuviese cuidado de él que no lo dejase solo, y él le decía que era mayor, ya que no se preocupase que lo estaba pasando genial. Que la quería y la echaba de menos y ella también.

Quería que volvieran ya, pero no quería ser egoísta y que su hijo se perdiera lo mejor de su vida. Viajar era fabuloso para él a esa edad.

A Lucas se le ocurrió ver un rancho en Montana. Y su hijo estaba que saltaba. Así que tomaron un avión a Montana el viernes, y pasaron viernes y sábado en un rancho turístico precioso, montaron a caballo y vieron bosques y praderas maravillosas.

El domingo de madrugada, llegaron a Nueva York, dispuestos a coger avión a Málaga y llegar el domingo por la noche. El viaje había concluido.

Había merecido la pena, la comunicación entre padre e hijo. El viaje había servido para unir lazos entre ellos, para conocerse mejor y Lucas padre, se dio cuenta del buen trabajo que Reme había hecho con su hijo.

Era un chico sano y natural, sencillo como su madre y que no pedía nada. Era bueno e inteligente, y ávido e inquieto como él para las cosas, lo que hizo sentirse muy orgulloso de su hijo.

Era muy educado y siempre tenía en mente a su madre y se preocupaba de ella. Sabía lo que había trabajado para sacarlo a delante. A veces ahorrando mucho y no gastando en ella, sino para él.

Todas estas cosas se las contaba a su padre. Por eso la quería tanto y quería que su madre fuese feliz. Nadie lo merecía tanto como ella.

Y Lucas comprendió que dedicaría su vida a hacerla feliz, como a su hijo. Hacerlos felices.

Llegaron muertos de cansancio. Reme fue a buscarlos. Le trajeron un montón de regalos para ella y su familia. Les dijo que estaban locos con tanto regalo, pero ellos estaban felices y esa noche Lucas se quedó en casa de Reme.

Lo había echado tanto de menos..., cada vez que lo veía lo amaba más y lo veía tan guapo,

olía tan bien siempre tenía su olor metido en la piel.

Después de hacer el amor un par de veces, Lucas le dijo:

—Tienes un brillo especial en los ojos. ¡Estás preciosa!

—Eso es porque tenía gana de que vinieras, pequeño. Te he echado de menos. En la cama también.

—¡Qué malilla eres! Ya sabía yo, que eso de amarme, tenía truco.

Estuvieron hablando abrazados en la cama, del viaje, de lo estupendo y educado que era su hijo.

Que no había pedido nada a pesar de que Reme le había dado dinero para el viaje, Lucas no permitió que gastara nada. De lo bien que se lo habían pasado y de lo orgulloso que estaba de él.

—Estoy muy orgulloso de cómo has educado a nuestro hijo. Tiene valores que no tienen otros chicos de su edad. No me ha pedido nada y no quería que le comprara nada. Pero ya sabes lo cabezota que es su padre. Ha disfrutado mucho del viaje, Reme. Se lo merecía y te doy las gracias. Me ha servido para conocerlo y quererlo. Si vieras cómo miraba cada edificio...

—Os lo merecíaís los dos. Me alegro de que lo bien que lo habéis pasado. Me daba miedo que cambiara. El cambio del Instituto a la Universidad es grande. Pero ha sido bueno para Lucas.

—Sé positiva mujer. Tenemos un hijo tan inteligente como su padre. Estaremos a su lado y sacará su carrera con buenas notas todos los años. No te preocupes, cielo. Estuve mirando universidades dónde hacer un buen curso de inglés de verano en Inglaterra. He mirado y la que más me gusta es la Universidad de Oxford. Allí puede dormir y hacer el curso interno. Prefiero que se quede en la Universidad interno a que tenga que alquilar algo fuera. ¿Tú, que piensas? Siempre puede salir a ver la ciudad, pero para aprovechar el curso es preferible estar interno.

—Prefiero que esté dentro de la Universidad, como tú. Pero eso costará muy caro, Lucas.

—Siempre con lo mismo. En cuanto a educación, no voy a escatimar en gastos con él. Lo que cueste Reme. No seas tontita. Déjame hacer algo por él. Al menos estamos de acuerdo. Pues mañana, me pongo a ello y luego lo mandamos veinte días o un mes, según sea el curso. Y en cuanto venga a finales de Julio o Agosto a trabajar conmigo un par de meses y le dejamos libre octubre que descanse, antes de volver de nuevo a la Universidad.

—Si crees que es lo mejor... la verdad es que si yo hubiera podido hacer eso por él, lo hubiese hecho.

—¿Lo ves? Me das la razón.

—Porque la tienes en esto. Es bueno para su educación y estoy muy contenta y te doy las gracias por lo que haces.

—Vamos a ver Reme. Es también mi hijo, ¿cómo me das las gracias? Es mi deber.

—Lo sé, perdona cielo. Es la costumbre. Tienes toda la razón y por eso te amo tanto... a veces pienso que es sólo mío. Tantos años solos...

—Él está de acuerdo con eso. Lo hablamos en el viaje. Le hace ilusión conocer a otros chicos de otros países. Irán algunos españoles también, seguro.

—No pensé nunca que te preocuparas de él de esta manera.

—Es parte de su educación. Cómo no voy a preocuparme si es mi hijo...

—Gracias amor. Esto no lo hubiese podido hacer conmigo. No tengo el dinero suficiente para eso.

—Quiero que sea un chico preparado en cuanto entre en el mercado de trabajo. Y ahora ven, basta de hablar de cosas que no sean lo bien que te voy a hacer sentir... su padre es rico. Me parece que aún no te has enterado y utilizará el dinero en la educación y lo que sea necesario para

su hijo y su mujer.

—Ay, ¿Qué me dices? Ególatra de pacotilla...

—Ven y me lo dices a la cara.

Y así terminaron saciados hasta las cuatro de la mañana.

Ella se levantó y se fue al trabajo y los dejó dormir. Cuando Lucas se despertó eran las once de la mañana. Llamó a su hijo, desayunaron juntos y estuvieron viendo en internet universidades en Londres donde hacer un buen curso intensivo de inglés.

Después Lucas fue a casa a cambiarse, se duchó y pasó por el trabajo. Esa noche no se vieron. Pero quedaron para hablar de algunas cosas para el fin de semana, porque tenía mucho trabajo atrasado que esperaba recuperar para el viernes.

Se habían visto esa semana para desayunar o comer, pero Lucas había trabajado mucho y estaba cansadísimo el viernes.

Cerró sobre las cinco y se dio unos largos en la piscina y una siestecita. Pero antes, llamó a Reme, para que fueran los dos a cenar por la noche y pasarla en familia y hablar.

Por la noche Lucas había pedido comida china y había preparado la mesa de la terraza al lado de la piscina. Sabía que a Reme, si hacía buen tiempo, le gustaba comer fuera. Cuando llegaron abrazó a su hijo y le dio un beso en los labios a ella.

—Ya tengo la mesa preparada. No sé si os va a gustar.

—Lucas nos gusta mucho, no te preocupes. Siéntate cariño.

Entre la comida se habló de las notas, del viaje, hasta que Lucas dijo:

—He estado pensando...

—Malo, malo, que tú pienses, es gastarte dinero —dijo Reme.

—Calla mujer —dijo entre risas—, he estado pensando que el Lunes, o sea este Lunes voy a sacarte el viaje para que vayas a Oxford. De la que vimos, es la que más nos gustó. Ya tengo hecha la preinscripción a espera de la confirmación. El problema es que el curso es todo el mes de Julio. Y aún quedan doce días, así que he pensado que o puedes descansar o puedes venirte al despacho con nosotros diez días y luego cuando vuelvas, retomar el trabajo. Eso lo vas a decidir tú, hijo. El carnet, lo empiezas en agosto y septiembre, que creo que te dará tiempo a sacarlo. Si no, tienes parte de octubre también. No hay prisa. Así trabajas por la mañana y por la tarde el carnet. Y en octubre descanso y te pones al día hasta que entres de nuevo en la Universidad. ¿Qué piensas hijo?

Su hijo se quedó con la boca abierta. Le gustaban todos los planes y no quería estar en casa solo sin hacer nada.

Al trabajo sólo vendrás de nueve a dos. Cinco horas. Las tardes libres.

—Prefiero trabajar diez días y luego retomar. Si no, me aburro. Además es sólo por la mañana.

—Está bien, recibirás 700 euros mensuales, ¿qué te parece?

—¿En serio? —Dijo su hijo.

—Eso es mucho para un becario a media jornada, dijo Reme.

—Nuestro hijo sabrá bien administrarlo. No es mucho, está acorde con lo que gana un arquitecto.

—Pero él es estudiante y lo sabes.

—Vamos Reme. Solo van a ser dos meses. Ni que fuésemos a pagarle millones.

—Está bien, como tú digas, como siempre te sales con la tuya... —¿Qué terco!

—Cuando te saques el carnet —le dijo a su hijo—, compraremos un cochecito pequeño, por tu

madre también. Bueno, en eso estoy de acuerdo. Y como vas a trabajar dos meses conmigo, en octubre quiero que descanses, aunque las tardes las tendrás libres casi enteras y son largas en verano, para que hagas lo que quieras.

Su hijo estaba con la boca abierta y escuchaba atentamente el itinerario veraniego que le habían preparado sus padres.

—Bueno... ¡Di algo!

—Me encanta. Mamá me encanta. Pero entonces no podrá ayudarte a ti en la empresa, como todos los veranos.

—Es más importante para ti que vayas con tu padre. Aprenderás más y será más enriquecedor para ti.

—Gracias papá, gracias mamá. Os quiero.

—También quiero que os vengáis a vivir conmigo. Ahora en verano podemos alquilar la casita o dejarla como está y pasar algunos días, eso depende de tu madre. Pero quiero que seamos una familia y os quiero aquí desde ya.

—¡Mamá! Di algo —todo ilusionado por irse con su padre.

—Sí, tengo algo que decir, creo que nos podemos venir y ver qué tal formamos esa familia que dice tu padre, sólo si tú quieres —dijo a su hijo.

—Claro que quiero, esto es estupendo. Quiero estar con los dos.

—Pero hay algo más que os tengo que decir —dijo toda seria, e incluso temblando un poco.

—Vamos Reme, lo que sea, lo dices que no pasa nada, me estás preocupando.

—¿Cuántas habitaciones tiene esta casa?

—Ya lo sabes. Tiene la de matrimonio y tres más. La de Lucas y dos para invitados.

—Pues creo que hay que modificar una en principio.

—¿Y eso, por qué? —pensando que podía querer que algún familiar se mudara con ellos.

—Porque nuestra familia va a aumentar. Estoy embarazada y de gemelos. Lo sabía desde antes de que os fuerais de viaje, no era un virus. Pero no quería que os perdierais ese hermoso viaje. Y yo estoy perfectamente.

—¿Qué? Dijeron padre e hijo.

—Madre mía —Lucas se levantó y la sacó de la silla alzándola en volandas, besándola y abrazándola.

—¡Bájame, loco!, que me mareas.

—¡Voy a tener dos hermanos, o dos hermanas de golpe, y pensé que iba a ser hijo único! —Y abrazó a su madre también emocionado.

—No sabía cómo lo ibais a tomar, tenía hasta miedo.

—Por dios Reme, en esta casa cabemos todos, si no, compro otra más grande. Estoy tan contento...

—Yo también mamá. Ahora tenemos que cuidarte. Tienes que cuidarte.

—¡Eh, eh, que no soy de cristal! Según la ginecóloga, estoy perfectamente.

—Tenemos que casarnos cuanto antes.

—Eso, yo quiero una boda entre mis padres. Debo ser el único hijo que asista a la boda de sus padres.

—Estáis locos los dos. Nunca pensé que os parecerais tanto.

A partir de ahí ya se desencadenó el tsunami, que si estás bien, que tienes que cuidarte, que si tocar la barriga, besos y abrazos...

Lucas ya estaba buscando una organizadora de bodas y una empresa de mudanzas, porque

antes de casarse tenían que vivir juntos y haberse mudado a la casa para organizar todo.

Los días siguientes todo fue una vorágine de preparativos, de forma que para el fin de semana, estaban ya instalados en la casa de Lucas y además habían preparado una habitación para los bebés, porque ella dijo que en principio los iba a meter a los dos juntos.

Reme quería esperar a decorarla cuando supieran el sexo, por lo que dejaron la habitación vacía y con el color que tenía, hasta que supieran algo.

La casita de su tía la dejó tal cual. Pasarían por lo menos una vez a la semana y bajarían a la playa paseando como habían hecho hasta ahora. De vez en cuando mandaría a alguien que la mantuviera limpia.

Pero de momento, pensó que era mejor no tocarla, porque tenía muchos recuerdos allí guardados. Y no quería que otras personas ocuparan ese espacio en el que creció a su hijo.

Lucas estuvo de acuerdo con ella. No les hacía falta. Sólo con cuidarla, tenían bastante. Quiso respetar en eso a Reme.

La boda iba muy adelantada, pues sería el cinco de agosto cuando su hijo volviera de Oxford.

Su hijo, que había empezado a trabajar con su padre y estaba entusiasmado, estaba aprendiendo mucho y a veces, el padre se lo llevaba a pie de obra para ponerse al día de las edificaciones. Iban a ser pocos días hasta que se fuera al curso, pero le venía muy bien.

Por otro lado, Reme empezaba a sentir los efectos del calor del verano y ya en julio, cuando su hijo se había ido al curso a Inglaterra, estaba de cuatro meses y empezaba a notársele el embarazo.

Con la vorágine de la boda y demás se había saltado un mes de la ginecóloga, por lo que pidió la segunda cita. Esta vez Lucas quería acompañarla.

Cuando llegaron tres días después a la consulta, y se sentó en la camilla para que pudiera oír el corazón de su hijo y hacerle una ecografía, la primera que iba a hacerse, la médica se quedó parada con el ruido. Reme se asustó y Lucas también:

—¿Qué pasa doctora? Me está asustando, ¿Están bien los bebés?

—Por supuesto que sí, esto lleva su tiempo y me gusta observarlos bien.

—Ya me estaba asustando doctora —decía Lucas.

—¿Queréis saber el sexo?

—Sí claro, si se sabe...—dijo Lucas.

—Por supuesto, son dos pequeñas.

—¡Qué bien, porque tenemos un hijo ya!

Cuando salieron de la clínica con la fotografía de las dos bebés, iban contentísimos.

Afortunadamente todo iba de maravilla. Tenía que descansar más y dar paseos o nadar.

—Menos mal que tenemos piscina. ¡Dios mío Reme! Esto es la leche, cuando se lo digamos a Lucas... tendremos que elegir nombres y ya podemos montar al menos el color de la habitación y algunas cositas.

—Parece que estás muy contento y yo que pensé que quizá te enfadaras.

— ¿Estás loca mujer? Tendremos dos maravillosas hijas y las veré crecer como no tuve la oportunidad de hacerlo con Lucas. Y te amo. Dos niñas preciosas como su madre y mandonas, con carácter.

—¿Y si salen impulsivas como su padre?

—Pues de cualquiera de las dos formas serán nuestras y las querremos como a Lucas.

—Deja que me reponga del susto. Hemos hecho familia numerosa en unos meses.

—Hicimos un hijo hace dieciocho años. Espero que las demás sean iguales que el primero.

Estoy tan orgulloso y tan contento.... ¡Te amo!—y la besó con dulzura y con pasión a medida que iba aumentando el beso.

—Ahora me pondré gordísima —dijo con una preocupación tremenda.

—Serás: mi gordita preciosa y podré ver crecer a mis hijas desde el primer momento. Me apetece. Ya que no pude de Lucas, quiero saber qué es ser padre desde el principio.

—Calla, que estoy asustada con tanto acontecimiento. Espero que Lucas lo lleve bien y no se sienta desplazado. Me preocupa eso.

—No se sentirá desplazado, porque su padre estará con él siempre. Es mi primer hijo, al que no pude cuidar y lo quiero tanto... que nunca podrá sentirse desplazado. Lo haremos partícipe de esto.

—Tengo miedo, Lucas. Siempre ha sido el único y está en una edad difícil.

—Nuestro chico es un chico muy bueno. No puedes pensar así de él. Ya verás. Se convertirá en padre y querrá quitarme el puesto de protector de las pequeñas. En cuanto nos casemos y pase la boda, nos relajaremos, ya verás. Daremos caminatas por la tarde y nadaremos y comeré sano contigo y estarás más relajada. No quiero verte preocupada ni estresada, sino contenta. Tenemos que rellenar un cuarto para una, de momento. Aún nos queda una habitación de invitados, por si contratamos a una chica que te ayude con las pequeñas, pero a este paso, cuando crezcan, tendremos que comprar algo más grande.

—No hará falta. Lucas ya estará independizado. Ya verás.

—Eso sí, habrá terminado la Universidad y trabajará, conocerá una chica y querrá vivir con ella. A lo mejor quiere la casa de la tía y si no, le compraré una casa o un apartamento. Lo que quiera.

—Siempre comprando. Siempre tan generoso.

—Reme no me dejas hacer nada bueno. Si tengo dinero, no va a pagar hipoteca ningún hijo mío para vivir. Es lo menos que puedo hacer por ellos.

—Por eso te quiero tanto. Siempre estás pensando en los demás.

—¿Y para qué quiero tanto dinero, si no puedo gastarlo en mi propia familia?, ¿qué clase de hombre sería yo?

—No sé, pero ahora mismo eres la clase de hombre del que estoy enamorada y que además me emociona cuando piensa en sus hijos que son también míos. Pensé que... tuve miedo de que no quisieras más hijos, ahora que estamos bien así. Y yo tampoco. No estaba preparada para tenerlos. Pero ha sido tan inesperado...

—Ten en cuenta que nosotros tenemos hijos inesperados.

—Pues estos serán los últimos. En cuanto esté preparada y los tengamos, tomaré pastillas anticonceptivas.

—Me matarás entonces. Pero has sido mala. Me has hecho ponerme preservativos y estabas embarazada.

—Porque quería daros la sorpresa. No por otra cosa, pero a partir de ahora, puedes guardar las cajas para siempre o tirarlas. No nos harán falta.

—Esta noche cuando lleguemos a casa voy a morirme ahí dentro que lo sepas y tú serás la responsable. Esto de que estés embarazada, no está tan mal.

—Mira que eres... —Siempre pensando en lo mismo.

—Siempre pensando en lo mejor y lo mejor, eres tú. Y ahora estamos solos en casa y puedes gritar lo que quieras debajo de mi cuerpo y nadie te podrá oír.

—Calla que me vas a poner colorada.

—¿Vas en el coche? —Y le subió una mano por la pierna, hasta llegar a su centro húmedo y mojado, porque cuando él le tocaba ella se sentía en otro planeta—. Así me gusta.

—No seas bobo que yo también sé hacer eso. —Y le bajó la cremallera del pantalón y le tocó su sexo, que estaba todo excitado.

—No me hagas eso que vamos a tener un accidente. Mira cómo me pones pequeña. Y tengo que trabajar. Pero esta noche estás avisada. Te dejaré muerta para siempre.

—Bueno, es viernes. Tengo todo el fin de semana para recuperarme. Me encantará que un hombre sexy me haga perder la cabeza por toda la casa.

—¿Dónde está Reme, esa chica de pueblo que era el amor de mi vida? Esa tímida sexualmente...

—Esa Reme, ya no existe, por una razón...

—Cual. ¿Dónde ha ido mi chica?

—Esa Reme ha desaparecido. Hay otra Reme que ha despertado sexualmente gracias a su amigo de la adolescencia y con el que tuvo un hijo. Un hombre sexy y que la tiene loca, que sabe hacerle muy bien el amor y que ella a eso nunca puede decirle que no.

—Entonces sí es mi Reme.

—¡Soy tan feliz, mi amor! Que tengo miedo de que esto que hay entre nosotros acabe.

—Haremos que no se acabe nunca. Yo te prometo, que haré todo lo que esté en mi mano para serte fiel y quererte toda mi vida. Es que no veo la vida sin ti.

—Yo tampoco, aunque me diera cuenta más tarde que tú, no te amo menos por ello.

—Ya verás cuando le digamos a los abuelos que van a tener gemelas. Se van a poner muy contentos.

—Creo que ya es hora de que le diga a los míos quién es el padre de Lucas. Creo que se alegrarán bastante de que al final nos casemos y tengamos más hijos. Ya es hora de que se lo diga. ¿Qué piensas?

—Pienso que eres una mujer valiente. Siempre lo has sido y que todos deben saber que sí, que soy el padre de Lucas. Además dos Lucas en la familia, como que mosquea. No sería una casualidad y no son tontos.

—Mañana los llamaré por la tarde y les cuento todo a mis padres y a mi hermana. Y esta noche cuando llamemos a Lucas se lo diremos. Se va a quedar de piedra. Va a tener dos hermanos a la vez.

—Bueno te dejo pequeña., ya hemos llegado. Si puedo, paso por ti a la hora de comer por la tabernita. Si no, nos vemos en casa. Te quiero. Díselo a Estrella, que será una de las madrinas. Ya verás cómo se pone.

Ni que decir que cuando su hijo se enteró por la noche, se quedó de piedra. Pero no pudo sentirse más feliz. Iba a tener hermanas gemelas.

—Mamá, esta vez la has hecho buena. Estoy encantado de tener dos hermanas a la vez. Y pensar que iba a ser hijo único...

—Pues tendrás que colaborar. Eres un hijo tan estupendo que tendrás que enseñarles a tus hermanas valores que te he inculcado. No quiero que salgan malcriadas por pequeñas que sean

—Mamá, estoy muy contento. Somos familia numerosa.

—Sí cariño. Y hablando de otra cosa, ¿qué tal te va el curso?

—Es fenomenal y hay chicos de distintos países. Conozco a un chico de Sevilla, que es mi mejor amigo aquí. Y el curso es avanzado y muy bueno. Espero practicar con papá en verano.

—Es lo mejor que puedes hacer. Tu padre puede enseñarte mucho cuando practiques. Bueno

cariño, voy a dejarte. Quiero llamar mañana a los abuelos y a la tía y contarle quien era tu padre y que vamos a casarnos y que vamos a tener gemelss. Si no les da un infarto...

—¡Cúidate mamá! Dale besos a papá.

—¡Cúidate hijo! Te quiero.

—Y yo a vosotros.

Se alegraba por su hijo. Lo tenían lejos y lo echaban de menos. Pero sabía que a veces, debía volar lejos. Si era por su educación, tendría que hacer de tripas corazón.

Pero estaba más segura de que estuviera en régimen de internado. Y era bueno para él.

Con su padre tenía lo que ella no podría darle, una buena educación. Sabía que su padre iba a convertirlo en una persona como él, inteligente, ya era, pero le daría unos conocimientos en idiomas y aprendería arquitectura con el mejor, que era su padre.

Si no hubiese aparecido en su vida, su hijo no podría tener todo lo que tenía ahora y lo que tendría en un futuro, porque todo lo que su padre iba a hacer con él, estaba seguro de que lo haría con sus otros hijos y todo era bueno, para Lucas.

La educación era muy importante para vivir, porque de eso dependía el tener un buen futuro y eso era lo que los dos querían para sus hijos y ella también iba a trabajar duro cuando tuviera a sus hijos para que todos tuviesen un buen futuro y darle lo que ella no tuvo.

Para eso estaba también su padre, que tenía más dinero que ella, pero era tan generoso y bueno.

Para no haber tenido hijos, haberse encontrado con uno ya adulto y otros dos en camino, se estaba comportando como un hombre de familia y ella estaba orgullosa de su amigo, de su amor, porque ahora sabía con total claridad que ese era el hombre, el único hombre de su vida.

Y que se ocuparía de sus hijos y de ella y no podía ser más feliz en la vida.

La vida había sido dura con ella, durante toda la vida, treinta y cuatro años, peor volverlo a encontrar, había sido junto con tener a su hijo, lo mejor que le había pasado, porque se sentía cuidada por él.

Recordaba cuando su tía, que debía buscarse un hombre en el que apoyarse emocionalmente, pero nadie mejor que el padre de sus hijos, su mejor amigo de la adolescencia y era feliz. ¡Y ojalá su tía pudiese verla ahora! Se alegraría en el alma.

CAPÍTULO 10

Al día siguiente, por la tarde, Reme, se metió en su despacho después de venir de comer a mediodía con Estrella. A la que le había contado que eran gemelas y esta no podía parar de reírse.

Era una guasona encantadora. Pero se sintió feliz. Quería ser la madrina de uno de los gemelas y ella se lo prometió.

Y llamó a sus padres. Sobre todo, hablo con su madre a la que le contó todo. Todo menos lo que le pasó cuando era adolescente. Ese secreto permanecería muerto y enterrado para siempre.

Le contó que había tenido relaciones con el hijo del cabo de la Guardia civil de aquél tiempo y que cómo habían perdido las relaciones de adolescentes, que su padre se había ido al País Vasco y que se habían encontrado por casualidad.

Les contó todo lo que había hecho Lucas por ellos, que vivían con él, que iban a casarse y que esperaban que vinieran y que además iban a tener gemelos.

Sus padres no podían estar más contentos de que se casara y además con el padre de su hijo.

Se alegraron mucho por ellos y estaban muy satisfechos de que al fin fuera feliz y tuviera su empresa y por supuesto, su madre lloró un montón y claro que irían a la boda.

Por fin se había resuelto el misterio que durante tantos años había permanecido oculto.

Ella les ofreció la casa de su tía abuela para que se quedaran allí cuando llegara el día de la boda.

Se podrían quedar con Lucas, su hijo hasta que volvieran de luna de miel y disfrutar de la playa y de Marbella.

Le metería una mujer de la agencia para que no tuviesen que hacer ni comida.

Por la noche, se lo contó a Lucas en casa y se alegró mucho y estuvo de acuerdo en que era mejor que metieran a una chica para que no tuvieran que hacer nada, salvo lo que quisieran.

Él se ofreció a pagarla, pero ella no consintió de ninguna manera. Lo pondría a cargo de la agencia, como si fuera su casa.

El fin de semana, se pusieron manos a la obra con todo lo de la boda. Él tampoco tenía muchos conocidos, pero a todos los trabajadores de las dos empresas y conocidos del trabajo de Lucas, amigos de su hijo, y su familia y vecinos de la calle de Reme, que habían conocido a su tía.

Así ya tenían la lista de los invitados. Luego buscaron un salón y una iglesia. Encargarían las invitaciones y las mandarían. Vieron por internet también unos regalos que iban entregar a los invitados y los encargaron.

Eligieron un fotógrafo, que llevara también vídeo. Una iglesia que tendrían que hablar con el cura. A la que ella había ido con su tía siempre.

Y ya sólo faltaba el menú, que irían a hablar junto con el salón en un restaurante de uno de los hoteles de Marbella en los que Lucas trabajaba. Les harían un precio especial.

Lucas le preguntó si quería un coche de época y ella le contestó que no, uno bonito y normal. Encargaría uno. Sólo faltaban los trajes. La ropa para ellos y para su hijo.

—En cuanto vengamos de luna de miel de París nos ponemos con las habitaciones de las gemelas.

—Me vas estresar, Lucas, vamos poco a poco. Si tú te encargas de hacer todas las llamadas mañana, yo me encargo de ir viendo vestidos de novia.

—Esto lo tendremos en menos de una semana preparado, ya verás.

Y así fue. Todo estaba listo, salvo los trajes. Habían mandado las invitaciones y los regalos para los invitados estaban listos en una cesta que ella había adornado con flores secas.

Una tarde, dos días más tarde apareció Lucas con dos alianzas preciosas de oro blanco, y finas que a ella le encantaron y las arras.

Doce monedas de plata que había comprado y que a ella también le encantó. Para ella todo era maravilloso.

—Me encanta todo. Es perfecto. Son cosas sencillas, Lucas, como siempre lo había imaginado. Pero nos faltan los trajes.

El sábado por la mañana me voy a comprar el mío. Deberías hacer lo mismo cielo. No lo dejes tan tarde. Quiero que seas la novia más guapa del mundo. Deja eso terminado y luego voy con Lucas en cuanto venga de Londres y le compramos su traje. Nos queda poco. Ya lo sabes. ¡Te quiero!

Fue el sábado con Estrella a comprarse su vestido y en la primera tienda, se lo compró. Le había gustado mucho. Se le pegaba un poco al cuerpo y se le notaba la incipiente barriga, pero estaba preciosa.

Era un encaje con licra que la hacía sentirse cómoda y podía moverse perfectamente. El escote era de barco y sólo tenía una manga hasta el codo, la otra libre. Y era recto, pero estrecho hasta abajo. El encaje era maravilloso y de color blanco roto.

Quiso ponerse una mantilla agarrada a un moño en el pelo que le cayera casi al final del vestido, del mismo color. Zapatos beige y un ramo pequeño de flores beige y blancas también. Unos pendientes antiguos a juego con el vestido, no muy largos. Zapatos y ropa interior. Y tanto a Estrella como a ella, le pareció todo maravilloso.

—Vas a ser la novia más guapa del mundo. ¡Estás preciosa! ¡Me encanta! Lucas, se va a quedar maravillado. Ya verás. Si no está ya muy loco por ti, lo estará mucho más.

—¿Te gusta de verdad? —le preguntó ilusionada, mirándose al espejo.

—Es tu vestido. Está hecho para ti. No hay otro más bonito. Ni que vaya con tu personalidad. Me encanta. Y además no tiene que meterte de abajo. Te queda perfecto.

—Nos lo llevamos todo.

—¡Qué bien Reme! De verdad, estás preciosa.

Y se fueron con la compra hecha en tan solo unas horas. Fue el tercer vestido que se probó el que se compró. Había sido más fácil de lo que pensaba, pues ella no se había hecho a la idea de ningún vestido.

Fueron después a una boutique a comprarse ropa para el viaje de novios, porque Estrella insistió en que debía a ir a París preciosa.

Y se compró un montón de cosas. Se gastó más de lo que nunca se hubiera gastado, pero merecía la pena.

Y de allí fue a casa corriendo y lo guardó todo en uno de los dormitorios y le prohibió a Lucas que mirara.

—Loca, no pienso mirar tu vestido hasta que no aparezcas por la Iglesia del brazo de tu padre. Y además parece que no has comprado sólo el vestido de novia. Traes el coche lleno. Me encanta que te compres cosas. Mi madre está como loca con ser la madrina. Dice que se va a poner una mantilla española

—Me encanta. Va a ser una boda andaluza. Y ahora tengo un hambre... y sí, he gastado una pasta, por culpa de Estrella.

—Recuérdame que la felicite.

—Sí, confabúlate con ella. Nada más eso me faltaba. Toda la vida ahorrando y me he gastado más que en toda mi vida en ropa. De todo, Lucas. Me he vuelto loca. No le tenía que haber hecho caso a esta loca de Estrella.

—No te preocupes, tontita. No te faltará de nada conmigo. En cuanto nos casemos, juntaremos el dinero y tendremos tarjetas de un único número de cuenta, la mía. Y lo que ganes en tu empresa, lo vamos a guardar para los niños, ¿qué te parece? Cierra la boca y come. Me he traído comida de un barecito. Tapas. Lo que te gusta.

—Pero... eres de lo que no hay. Nadie puede contigo.

—¿No quieres que guardemos dinero para los chicos? Ya sabes, gastos Universidad, masters, esas cosas. Pues tendremos una cuenta aparte. Todo lo que te de la empresa. Mi dinero para nosotros y el resto ahorro. De todas formas, al final de cada año meteremos en esa de lo que nos sobre de la mía un poco. Los niños crecen rápido.

—Que será el doble de lo que yo ahorre.

—Ven aquí bobita. Deja ya de tomarte las cosas así, con el dinero. El dinero es solo dinero y tenemos suerte de tenerlo para nosotros y para nuestros hijos. Ya no tendrás que trabajar en el campo. Sólo trabajar a mí. Es un trabajo más excitante, ¿no?

—¿Cómo te quiero, mi amor! No sé qué voy a hacer contigo, desarmas todos mis planes. Tendré que trabajarte en cuanto coma. ¿Ha llamado el chico? A mí no me ha llamado hoy

—Sí, acabo de hablar con él. Está acabando el curso. Le quedan dos días. Termina el martes. El miércoles por la mañana lo tenemos en casa. Aún le quedará un fin de semana y el siguiente sábado es nuestro día especial. El cinco de Agosto, estaremos casados pequeña. Me ha dicho que ya tiene ganas de volver, pero que ha hecho un montón de amigos de otros países. Ya te dije que era bueno el curso. Hablará inglés, mejor que yo.

—Cuando venga, así podemos intentar hablar inglés cuando no estés tú y se irá acostumbrando.

—Cuando yo no esté, podéis hablar inglés. Le irá bien. Al final tendré un hijo bilingüe.

—Y ahora disfrutemos de la soledad que aún tenemos.

—Vete pensando mientras voy comiendo algo. Luego me cuentas... insaciable.

Pasaron dos días y llegó Lucas hijo de Inglaterra. Estaba más alto y guapo.

Fueron los dos a esperarlo y lo abrazaron fuerte. Mientras lo llevaban a casa él les iba contando todo lo que había vivido en Oxford, cómo era la Universidad, las normas, las habitaciones, que había aprendido mucho, que era una Universidad fuerte y dura, pero muy buena. Que se había acordado mucho de ellos.

No paraba de hablar. Quería contar todo. Y tendrían que oírlo más. De momento lo dejaron en casa y volvieron al trabajo. Marta, se encargaría de colocarle la ropa y hacerle algo de comer.

Marta, era la chica que tenían contratada de la agencia para cuidar de la casa, pero desde que estaban ellos, les habían subido las horas, desde las nueve hasta las tres de la tarde, porque ahora eran tres.

Lucas decía que luego tendrían que contratar a una niñera. Y le vendría bien, la verdad. Ya habían hablado de dinero, lo conocía muy bien.

Era tan generoso... Ahora, él pagaba todo, pero sabía que en cuanto se casaran las cosas cambiarían. Se lo había dicho y visto así, sería bueno tener una cuenta de ahorro para los niños. Trabajaría duro en la Empresa y todo iría a parar a la cuenta conjunta para los tres hijos.

La boda se celebró en la Iglesia que había cerca de la casa de su tía, a la que ella había acudido de vez en cuando. Toda la familia de ambas partes y los amigos, vecinas de su tía y trabajadores de ambas empresas estaban invitados.

La iglesia estaba preciosa, adornada con flores y rosas rojas y blancas.

Reme llevaba su vestido precioso y Lucas estaba guapísimo con su esmoquin. El padrino era su padre y la madrina, la madre del novio. Y Lucas nunca vio una novia más guapa que Reme.

Había soñado con ella tantas veces, la había amado tanto y la amaba que no podía creerse que ahora, después de tanto sufrimiento estuviese allí, en el altar a punto de ser su mujer para siempre y tener tres hijos con ella.

Nunca se aburría con ella. Quizá el que fuesen amigos antes, facilitara su relación, pero no podía ser más feliz que haciéndola feliz a ella y a su hijo.

A su hijo. Lucas le compró un traje de diseño. Reme se echó las manos a la cabeza, porque ya tenía dos presumidos en casa.

La ceremonia fue muy emotiva. Con todos sus familiares que no podían creerse esa historia de amor.

Después comieron en un restaurante de uno de los salones de los hoteles que llevaba Lucas, con una pista para bailar al lado de la playa.

La comida fue exquisita y aunque Reme había insistido incansablemente en pagar parte, sólo la dejó pagarse el vestido de novia a regañadientes porque sabía que eso no lo iba a conseguir.

Cuando todo terminó y se despidieron de los familiares y amigos que se quedaron hasta el amanecer bailando y celebrando.

Su hijo iba a dormir con la familia en la casita de la tía, porque iban a quedarse con el chico una semana, la que ellos iban a París y así no se quedaría solo.

Por lo que la noche de bodas, estarían solos en casa, porque él quería alquilar una suite en un hotel, pero ella prefería estar en casa. Ahí estaba más cómoda y su casa era preciosa.

—¿Y ahora tengo que cogerte en brazos al abrir la puerta?

—Si puedes con tres...

—Podré.

Abrió la puerta y la subió por las escaleras.

—¡Déjame en el suelo bobo, que te vas a hacer daño!

—Iré a que me den masajes —dijo riéndose—, si eres pequeña y aún no se te nota tanto...

Cuando llegó al dormitorio, la dejó en el suelo y empezó a quitarle los botones que el vestido tenía detrás.

—¡Qué bien hueles, me encanta tu pelo! —fue bajando las manos hasta sus senos—, y me encantan tus pechos, sobre todo ahora que están más grandes y tus pezones cuando te rozo.

—Si me dices esas cosas creo que no terminaremos de desnudarnos. Ya sabes que estoy especialmente sensible con este embarazo. Tengo un deseo sexual del que tú, eres el culpable, cielo.

—Me encantas —le decía con una sonrisa—. Vamos a recordar ese deseo. Esta noche es nuestra noche de bodas y voy a hacer que la recuerdes siempre, porque ahora sí eres

verdaderamente mía. He esperado veinte años. Ya te vale. Eres la mujer más dura que he conocido.

La desnudó y se desnudó él. Fue besando cada palmo de su cuerpo. Su vientre ya abultado claramente, pellizcando sus pezones y tocando su sexo mojado con maestría y listo para él, porque cuando la tocaba, ella se derretía y le respondía como una mujer que había descubierto su sexualidad.

—Por favor no tardes...

—Espera, no tengas prisa, déjame hacer y déjate ir. Tenemos toda la noche.

—Te necesito ya...

—Si insistes, no puedo negarte nada.

Y entró en ella de repente, llenándola por completo y llevándola y llevándose con sus empujones hasta las más altas cotas del placer.

Ella gritó y dijo su nombre y él hizo lo mismo vaciándose en ella. Vaciando su amor por ella dentro de su cuerpo.

Terminaron sin respiración. Él se puso boca arriba y la atrajo hacia su pecho besándola en los labios.

—¡Te amo Reme! Te haré la mujer más feliz del mundo. En serio, no sabes lo mal que lo he pasado estos años sin ti. No sé qué he hecho para merecer tanta felicidad.

—Ya lo soy. Soy muy feliz y eres tan de... “todo”, que te mereces serlo. Si soy yo la culpable de tu felicidad, me siento muy orgullosa. No habrá nunca un hombre más especial para mí nunca, nunca, nunca. Ni al que más voy a querer.

—Ya lo sé, es por mi dinero, por eso.

—¡Qué tontillo eres!... sabes que nunca será por eso.

—Aún no hemos terminado, esta noche es nuestra noche de bodas y hay que aprovechar. Mañana tenemos libre. Hasta pasado no nos vamos de viaje. No me pienso levantar de la cama.

—Qué exagerado eres. Los niños se van a quejar.

—Que descansen después. La vida es dura. Y ahora sin preservativos, me pones demasiado excitado y tengo ganas a todas horas y en todas partes. Tengo un perfil no reconocible.

—¡Eres tremendo! De lo que no hay.

Y la besó y tocó en todo su cuerpo y con su boca le hizo el amor y luego fue el turno de ella.

Al final se dieron juntos una ducha haciendo el amor por última vez esa noche porque ya casi amanecía.

Durmieron hasta bien entrada la tarde. Tomaron algo y descansaron al lado de la piscina.

Al día siguiente salían para París y ella llamó a su hijo y familia para ver cómo estaban. Hicieron las maletas y pidieron cena para llevar.

Mientras descansaban y comían en la piscina, ella recordó cuando eran adolescentes.

—¿Te acuerdas de José?

—Claro, me acuerdo de todos. Incluso de cuando en los exámenes, copiaba. ¿Por qué te has acordado precisamente de él?

—Porque he recordado la anécdota de él con Don Felipe. El profesor de religión, ese que quiso ser cura, o vino del seminario.

—Claro que me acuerdo de Don Felipe, de Don Braulio, de la señorita Pepis.

—Siempre he dicho que tienes buena memoria. Pues me estaba acordando de que un día cuando salíamos de la escuela, siempre rezábamos el padrenuestro de pie antes de irnos. A él le dio por reír y a Don Felipe le dio mucha rabia. Se acercó a él y le dio un guantazo que se le puso

toda la cara colorada.

—Eso no lo recuerdo.

—¿No? Pues no me he reído tanto en la escuela en la vida. Cuando le dio el guantazo, se puso muy serio y nosotros rezando, cada vez más despacio. Y le dio otro guantazo, y le decía: ahora riéte y se ponía serio, le daba otro y ahora te pones serio y se reía ¡Ay madre mía!, le dio por lo menos diez guantazos.

—Y tú dices que yo tengo buena memoria. La verdad es que eran tiempos memorables.

—Sí, mi madre me hacía unos vestidillos cortos que no me gustaban nada y cuando tenía que subir las escaleras a la segunda planta de la escuela, tenía que recogérmelos para que los niños no me vieran las bragas. Era muy vergonzosa. Por eso prefería siempre pantalones.

—Yo, solo recuerdo que fuiste la primera niña que vi cuando llegué. Los niños se reían de mí por mis pantalones cortos y llevaba un reloj, ¿recuerdas?

—Sí y tu cámara de fotos. Me hubiese gustado tanto tener una cámara de fotos en ese tiempo... y unos prismáticos también. Me parecían cosas mágicas.

—Me enamoré de ti la primera vez que te vi. Llevabas unos pantalones de campana beige oscuro y un jersey por la cintura, de lana y de rayas, y tu pelo largo. Eras desconfiada. Menos conmigo. Me parecías una niña lejana e inaccesible, algo enigmática. Rara. Extrovertida, pero rara para algunas cosas. Pero era como si yo te conociese de toda la vida y pudiera mirar en tu interior.

—¿Qué tiempos! Pero a mí, no me gustabas tú. Una pena. Eras mi mejor amigo. Pero yo no sabía nada de chicos o amor. Cuando salía de la escuela me iba a trabajar al campo. Tenía trece o catorce años. ¿Qué iba a pensar yo en chicos?

—Ya lo sé. Me apenaba verte, que lo sepas. Pero ahora ya no trabajarás, salvo en lo que te guste. Pero al final, lo pasábamos muy bien todos.

—Sí, no teníamos nada, pero hacíamos de una piedra un arma de destrucción masiva.

—¡Pero qué bruta!

—Me acuerdo de otra anécdota, pero creo que tú aún no habías llegado. Estamos dos cursos juntos con Doña Pepis (¡como éramos tan pocos...!) y me pilló hablando un día y me puso en un rincón de rodillas. Precisamente el día que venía al pueblo un hombre que vendía zapatos a la plaza y mi madre me dijo que pasaría por la escuela a decirle a la señorita Pepis que me dejara salir a probarme unos. Eso es lo que se hacía en ese tiempo. Te dejaban salir, te compraban los zapatos y de vuelta a la escuela. Bueno. Pues cuando llegó mi madre me pilló justo de rodillas en el rincón. Y como mi madre es como es, empezó a decirle a la señorita Pepis: eso es lo que usted tiene que hacer, cuando se porte mal castigarla. Y yo me ponía toda roja de vergüenza que ya bastante tenía. Luego mi madre me dio unos cuantos guantazos por la calle. Al menos me llevé unos zapatos.

—Reme, es que eras muy rebelde. Recuerdo que no podías con las injusticias, te enfrentabas a todo el mundo, incluso a los profesores y no sólo por ti, sino por todo. No te callabas nada. Me recuerdas ahora a esas Amazonas que llevan una espada de la justicia.

—Es verdad. Era una Amazona chica. Recuerdo que era tremenda.

Esa noche hicieron el amor de forma más calmada y apasionada. Nunca era igual hacer el amor con él. Siempre era distinto y sabía lo que ella necesitaba.

Después de hacer el amor volvieron a hablar de su infancia, recordaron de nuevo anécdotas y

de cómo habían llegado hasta allí.

A la mañana siguiente salieron para París. El viaje duró apenas hora y media y ella que tenía un poco miedo a volar, al lado de él estuvo tranquila y serena.

Lucas, había elegido un hotel con vistas al Sena, precioso, con una habitación espaciosa. Era uno de los hoteles de los que él estaba a cargo. Así que tenían todo a su disposición y le salía gratis.

Tuvo que decírselo a ella para que no se preocupara. Era tremenda con que otros se gastaran dinero en ella.

Durante la semana que estuvieron, que fue maravillosa, visitaron todos los monumentos de París, a ella le gustó mucho el barrio de Montmartre, allí compró algunos cuadros de los pintores y comieron una sopa de queso exquisita en uno de los restaurantes.

Las vistas desde allí, eran magníficas. Toda la ciudad. Los Campos Elíseos, Notre Dame, el Arco del Triunfo. La Torre Eiffel, El Louvre. Poco les quedó por ver. Esas avenidas tan anchas...

Dieron un paseo en barco por el Sena al atardecer y visitaron todos los restaurantes que él conocía típicos de París. Uno de los días ella quiso ir a Eurodisney. Otro de los días, alquilaron un coche y visitaron los pueblecitos que había hasta Nantes. Se bañaron en las playas y volvieron a París.

Lucas, también dedicó a pasar media mañana por la empresa.

Hablaban por teléfono con su hijo todas las noches y le contaban todo lo que ese día habían hecho.

Su hijo le dijo que ya se había apuntado a la autoescuela, como le dijo su padre, iba por las tardes y por las mañanas al despacho.

Lucas padre había dejado instrucciones a su segundo para eso, para que no perdiera tiempo.

Todo iba de maravilla. Volvían el domingo por la mañana, así que el sábado decidieron callejear y comprar regalos para todos y descansar.

De todas formas, ella se había cogido tres semanas de vacaciones y ya había agotado dos, una más con los preparativos de la boda, pero le quedaba una semana más para descansar en casa de tanto ajeteo. Además tendría que ir a la ginecóloga esa semana.

Lucas, en cambio, tendría mucho trabajo atrasado y además probablemente viajaría a Roma de nuevo en unas semanas. Pero estaban encantados con su nueva vida.

Volvieron el domingo y la vida empezó a transcurrir con normalidad.

Lucas le dio una mañana una tarjeta de crédito como le había prometido y ella, le hizo caso por el bien de sus hijos.

Así que una de las mañanas de la semana que tenía libre, fue al banco e hizo una sola cuenta para la empresa, ingresó todo lo que ella tenía ahorrado, lo puso a él también en la cuenta y esa sería la cuenta de ahorro para sus hijos.

También dedicó esa semana a ir a la ginecóloga con Lucas que la acompañó por la mañana. Les dijeron el sexo de los bebés. Dos niñas.

Así que en esa semana, se puso manos a la obra con la habitación. Mandó pintarla en rosa y malva y compró todo lo necesario para las dos niñas en la habitación frente a la de ellos, que era la más grande, porque su hijo Lucas, había cogido una retirada al fondo, con baño incluido. Cuando fuesen más grandecitas, cada una tendría su habitación y compartirían baño.

Lucas le dijo que comprara todo, desde muebles a ropa y los bolsos para el hospital, pañales y etc. Hasta compraron dos balancines. Las cunas, los cochecitos.

De algunas cosas, sólo necesitaba una, como el cambiador o la bañera, dos armaritos y dos

cómodas, de colores rosa y malva, para diferenciarlas. Quedó maravillosa. Pero había costado un pastón.

Cuando por la noche vino Lucas y la habitación estaba lista, le encantó la decoración, y ella quiso decirle el precio y él no quiso oírlo.

—No me importa Reme, lo que hayas comprado, bien comprado está. Además seguro que has comprado rebajado. Como si no te conociera.

Y era verdad. Había rebuscado cosas preciosas pero a buen precio, lo que pasaba es que ella no estaba acostumbrada a gastar tanto. Pararía ya de comprar.

Se le acabó su semana de descanso y reanudó su trabajo y su rutina.

Su hijo aprobó el carnet, el teórico, y luego el práctico a finales de Septiembre, y el padre apareció una tarde con un coche pequeño de cinco puertas, nuevo.

Reme, se enfadó un poco, porque quería que empezara con uno de segunda mano, pero Lucas la convenció de que uno pequeño, con todos los sistemas de seguridad, le daba más confianza y accedió. Pero sólo porque la había convencido de que era más seguro.

El hijo estaba encantado y se fueron a dar una vuelta. Fueron a la Universidad para aprenderse el camino y luego de vuelta a casa.

—Mamá. El coche es una pasada. He ido con papá a la Universidad y he vuelto y dice que conduzco muy bien.

—Sólo espero que seas prudente y no corras mucho.

—Claro mamá. Ya lo sé. Tendré cuidado.

Abrazó a su hijo y a Lucas le dio las gracias.

Que le hubiese salido por arte de magia un padre a su hijo, era para el chico lo más parecido a la felicidad, y no sólo por lo que su padre le compraba, sino por lo que le enseñaba y lo quería.

Lucas hijo, estaba contentísimo de tener hermanas. Lo que faltaba, otro padre protector. Sería más eso que un hermano. Como si lo conociera.

El padre y el hijo eran iguales... Estaban cortados por el mismo patrón.

Parecía que la vida volvía a su lugar. Cuando ella volvió al trabajo, Estrella se tomó sus vacaciones, por lo que llevaba más carga de trabajo, pero no le importaba.

Lucas comía todos los días con ella y su hijo también, en la tabernita. Luego ellos se iban y su hijo hacía una hora más en el trabajo y pasaba después por la agencia de su madre por si quería que le echara una mano, pero ella no quería que su hijo trabajara tanto, merecía un descanso después de un curso tan duro, así que se iba en su coche nuevo a casa.

—Ten cuidado cariño, conduce con prudencia.

—Sí, mamá. Te quiero. Hasta luego.

Cuando volviera Estrella de vacaciones, lo que restaba de verano, se iría antes a casa y dejaría a Estrella al cargo, así podía descansar más. Se cansaba y se le hinchaban los pies. Eso le pareció muy bien a Lucas.

La vida de casada era maravillosa. Por las tardes noches disfrutaban de la piscina y salían un rato después de cenar a pasear por los alrededores.

Luego se sentaban en el salón y ella ponía los pies en alto y Lucas le daba un masaje, leían o veían alguna peli y charlaban de muchas cosas. A veces, si Lucas tenía que terminar algún trabajo, ella se iba a leer al sofá de su despacho para no estar sola.

Iban a la ginecóloga mensualmente y tomaba unas vitaminas y su barriga iba engordando, pero ella llevaba una dieta rica en frutas y verduras y cositas a la plancha para no engordar demasiado.

Lucas tuvo que ir a Roma dos semanas en las que lo echó tanto de menos..., Para rellenar el

vacío empezó a escribir en las agenditas del embarazo de las niñas que había comprado y que escribía a diario sus impresiones y lo que sentía.

Hablaban todas las noches y ella, le contaba todo cuanto había hecho ese día. Y esperaba el momento en el que volviera para tenerlo a su lado, porque lo necesitaba en esos momentos.

Llegó Octubre y el tiempo pasaba felizmente.

Su hijo ya había empezado en la Universidad su segundo curso de Arquitectura e iba y volvía en el coche.

Y ella, se venía un par de horas antes del trabajo para dormir una siesta, ducharse o nadar un poco en la piscina.

Aunque ya mismo la cerrarían, porque empezaba a refrescar. Había sido un verano largo y caluroso, incluso para estar en Málaga, que siempre tenía una temperatura ideal. Le había venido bien, porque había hecho mucho ejercicio en la piscina.

Andaba por los alrededores y echaba de menos a Lucas, porque él la acompañaba en algunas actividades siempre que podía.

Nunca se había alegrado tanto de la vuelta de Lucas, hasta se emocionó y derramó algunas lágrimas cuando lo abrazó:

—¡Eh! Pequeña, ¿qué pasa? Ya estoy aquí contigo.

—Te he echado mucho de menos. Estoy muy vulnerable con este embarazo. Sólo es la emoción de verte. Te amo, te amo mucho, mi amor.

—¡Esa es mi chica! La que me quiere como yo la quiero. ¡Estás preciosa!

—Dirás gorda, mira qué gorda estoy —dijo haciendo que él la mirase.

—Lo que tienes ahí me pertenece, por lo que estás preciosa, tontita. Ya estoy en casa y yo también te he echado mucho de menos. Ya te lo demostraré cuando lleguemos, si nos dejan las gemelas.

—Intentaré que se duerman.

Su hijo estaba en la Universidad, entraron en la habitación y se amaron con pasión como siempre hasta quedar satisfechos. Disfrutaron del día hasta que se hizo de noche y volvieron a amarse, a reconocer su sexo, a gemir su nombre, a ser suya. Suya para siempre.

Hasta que el hijo no estuvo a punto de volver de la Universidad, no se levantaron para cenar con él.

Nunca discutían, y si lo hacían era por el tema del dinero. No le gustaba discutir con él, pero llevaba razón. Si se ponía en su lugar, ella, haría lo mismo.

Lo mejor era la reconciliación, aunque no eran discusiones, reconocía que era terca con el dinero y debía dejar tanta terquedad, cuando Lucas era tan generoso. Al final, él tenía razón en ese tema.

Parecía que llevaban un tiempo en el que Lucas no tenía que viajar, en el que ella volvía un par de horas antes del trabajo y le venía muy bien. Se cuidaba mucho en comer y hacer ejercicio.

La ginecóloga le dijo que podía tenerlos a los siete meses. Que estuviera preparada. Que con dos niños, nunca se llegaba al final del término del embarazo. Así que tenía que cuidarse mucho.

Le daba mucho miedo que tuviesen que hacerle una cesárea, aunque era una probabilidad, ella haría todo lo posible por tener un parto natural, porque la cesárea era una operación al fin y al

cabo, pero si no había otra posibilidad, no había nada que hacer.

Estos sentimientos se los contaba a Lucas, que la calmaba y le decía que no se preocupara, que al ser pequeñas, más de lo normal, podría quizá tenerlas de forma natural. La abrazaba y la consolaba.

También le contó su miedo a la ginecóloga y ella le dijo que si todo iba bien, no debía preocuparse, que tendría un parto normal, a no ser que se presentaran problemas. Que lo que debía es estar tranquila.

Ya iba haciendo frío y la piscina la tenían cerrada, así que ella se acurrucaba en el sofá del salón a leer o en del estudio de Lucas cuando este trabajaba y cuando estaban por la tarde noche padre e hijo, los dos juntos en el estudio, ella se iba al salón a escribir en las agenditas o veía una película para que ellos hablaran en inglés o de arquitectura o el padre le explicara lo que no entendía... Luego cenaban juntos.

Por las noches charlaban mucho en la cama, hacían el amor. Le contaba sus problemas con la empresa, ella con la suya y siempre tenían cosas que contarse.

El verano que viene vendrá Lucas de nuevo a mi despacho a trabajar. Creo que hasta que termine la Universidad. Y también irá a otro curso de inglés. Cuando lo hable perfectamente, lo mandaremos a Francia o a Italia.

—¿Por qué a esos lugares?

—Porque son lugares donde tenemos sucursales, quizá si aprende el idioma pueda trabajar en algunos de ellos. Y puedo darle un cargo. Pero el idioma es imprescindible

—Creo que tienes razón, como siempre. Pero espera que termine de hablar bien un idioma y luego le propones otro. Si no, se va a excitar y lo que le conviene es sacar la carrera.

—No confías en tu hijo. Es muy inteligente y la sacará en los cuatro años. Y con buenas notas. Ya verás mujer, confía. En cuanto al idioma en un par de veces que vaya más a Londres aprenderá el idioma a la perfección. Luego que aprenda otro y así.

—Porque te tiene para ayudarlo.

—En parte, pero no hace falta, es inteligente por sí solo —dijo con absoluta convicción.

—Creo que es inteligente como tú.

—Y tiene tan buen corazón como su madre —le decía mientras la abrazaba por la cintura—. Estas niñas crecen por días. Ya no puedo casi darte la vuelta con una mano. Gordita.

—Sí, desanímame más de lo que estoy. No voy a recuperar mi figura en años.

—¿Por qué te preocupas por eso? Yo no lo hago. Estás embarazada de gemelas, es natural, cielo. Pero ya verás como cuando las tengamos, recuperarás la figura. Y te sentirás mejor. Pero por ti, a mí me da igual, yo te veo preciosa y te quiero muchísimo, bobita.

—Me gustas como eres, luego tienes la piscina y andar y ya está te pones en dos días perfecta. A mí, también me puedes usar como máquina de hacer ejercicio.

—Sí, eso lo tendré en cuenta. Cielo... contigo si no tuvieras que trabajar, perdería todo lo que me sobra. ¿Sabes una cosa?

—Dime, mi amor.

Cuando pase lo de las chicas y podamos reanudar las relaciones voy a tomar pastillas anticonceptivas. Creo que son más seguras que los preservativos. No quiero más niños imprevistos.

—Tú, lo que quieres es matarme, quedarte con toda mi fortuna y cobrar el seguro.

—Mira que estás loco. Lo digo porque no quiero ya más niños. Pero así podemos hacerlo también sin nada, como ahora.

—Será una locura. Me moriré dentro de tu cuerpo. Serás un veneno para mí siempre. ¡Te amo, mi niña!

—¡Te amo, mi amor!

CAPÍTULO 11

Cada día eran más felices y disfrutaban de su casa y de sus trabajos. Reme alquiló la casa de su tía al hijo de una vecina y guardaba ese dinero en la cuenta que tenían para sus hijos.

Y llegó Noviembre.

A mediados de Noviembre, un día. Reme se levantó rara y al ir al baño supo que se había puesto de parto.

Llamó a Lucas y entre él y su hijo la ayudaron a vestirse, tomaron los bolsos que ella había preparado tanto para las gemelas como para ella y se fueron al hospital.

El parto tardó unas horas, pero no hubo que hacerle cesárea.

Pesaban poquito y eran preciosas y chiquititas. Cuando se las entregaron a su padre y a su hermano, se emocionaron.

Toda la familia de Lucas había acudido al hospital. Reme estaba bien, apenas le dieron puntos y la llevaron a la habitación individual que Lucas había pedido en un hospital privado. La dejaron descansar mientras preparaban a las pequeñas.

Se llamó a Estrella para que se hiciera cargo del trabajo. Ya habían contratado una ayudante mientras Reme se cogía unos meses para estar con las chicas.

Estaba dormida en la cama de la habitación descansando y Lucas estaba sentado en un sillón, cuando ésta abrió los ojos y lo miró:

—¡Hola guapo!

—¡Hola preciosa, qué valiente has sido! —Se acercó a la cama y la besó— ¡Te quiero!

—¿Cómo están las niñas? Son preciosas, ¿verdad? Tan chiquititas...

—A pesar de todo están perfectamente, ahora las van a traer para que les demos de comer.

—Quiero darles unos meses el pecho, si puedo.

—Lo que tú quieras, mi niña. ¿Sabes cómo vamos a llamarlas? Deberíamos ir pensando en eso. Lo hemos dejado para el final.

—¿Eliges tú una y yo otra? —preguntó ella.

—Venga, a mí, me gusta Alba —Elegió el padre.

—Es un nombre precioso, adjudicado a la primera que entre. ¿Qué te parece Jimena?

—Es un buen nombre para la segunda.

—Pues resuelto el problema. Qué fácil ha sido elegir nombres. No hemos tenido que comprar ni el libro.

A los tres días volvieron a casa. Contrataron a una chica para que ayudara a Reme con las niñas.

Ella se preocupaba por el dinero, porque cada día Lucas venía con cosas para las niñas pero él estaba encantado con sus hijas y todo era poco para ellas.

—¿Cuántas veces te he dicho que tengo dinero para llevar a mi familia adelante? Gano el suficiente dinero como para manteneros. No debes preocuparte. Te has casado con un hombre rico.

—Eso es lo que me preocupa, ser una mantenida.

—Pero mujer si no dejas que te regale ni joyas. Además tú también ganas suficiente dinero y estamos casados en bienes gananciales, o sea que todo es de todos en esta casa. No quiero que te

preocupes. Gastaremos lo que tengamos que gastar. Cuando estaba en Nueva York, gastaba más yo solo que ahora con toda la familia.

—¿Es que eres muy señorito!

—Bueno, en la ropa y el perfume, no pienso bajar, que lo sepas. Me gusta lo bueno. ¡Ven aquí! Tú eres una de las cosas buenas a las que no quiero renunciar.

—Tendremos que esperar un poco para eso que tienes en mente.

—Lo que tengo en mente es besarte y abrazarte, malpensada.

—Sí, sí.

Las niñas se portaban muy bien. Estaban muy contentos con la chica que habían contratado para dedicarse exclusivamente a las gemelas, para que Reme pudiera descansar y para más adelante cuando se reincorporara al trabajo.

Y todo seguía su curso. Una noche, un mes y medio más tarde, ella se puso un camisón corto y transparente para dormir y cuando él salió del cuarto de baño, la miró:

Mujer, ¿me quieres matar así? —se quedó parado en el umbral de la puerta del baño, con la toalla alrededor de la cintura de su imponente cuerpo. Algunas gotas de agua tenía en el pecho y el vientre y a ella eso le apreció sumamente sexy.

—Bueno, si te portas bien, podríamos tener una aventura amorosa o sexual, como prefieras.

—¿Podemos ya? ¿En serio? —Ya estoy excitado.

—Me lo ha dicho la ginecóloga. Y si la ginecóloga lo dice, ella sabrá más que nosotros. Solo que tengamos más cuidadito al principio. Sin tanta pasión como le pones a las cosas. Guapo.

—Pues ven aquí mi amor, que ya estaba desesperado. Tendré el mayor cuidado del mundo

—Y se quitó la toalla y se quedó desnudo.

—Si te quedas desnudo, tendrás problemas conmigo, pequeño.

—Te quiero Reme y no me canso ni me cansaré de ti. Y si tengo que tener problemas por esa razón, me encantará tenerlos. ¡Ojalá todos los problemas que tenga, sean de esa índole!

Y así se lo demostró aquella noche y las muchas noches que siguieron.

CAPÍTULO 12

Cuatro años después...

Cuatro años más tarde, estaban los dos en el aeropuerto despidiendo a Lucas hijo, que había terminado con éxito sus estudios de arquitectura e iba a Nueva York a hacer un Master de un año en la Universidad donde lo hizo su padre.

Habían dejado a las niñas con la niñera en casa para poder despedir bien a su hijo Lucas en el aeropuerto.

Reme estaba con lágrimas en los ojos, porque era la primera vez que su hijo la dejaba tanto tiempo.

—No llores, vendrá por Navidad, pequeña. Son solo unos meses— le decía Lucas, el padre.

—Ya lo sé, pero es tan mayor ya...

—Mamá, por favor no llores. Ya no soy un niño.

Abrazó a su madre con ternura.

—Para mí siempre serás mi niño, por mucho que crezcas.

Ya tenía veintidós años, pero para ella era su niño, que se iba convirtiendo ya en todo un hombre. Había superado en altura a su padre y se había hecho un hombre.

El gimnasio había modelado su cuerpo y ya tenía a todas las chicas revoloteando a su alrededor, porque era tan guapo e imponente como su padre.

Su padre había conseguido que fuese otro hombre presumido que le gustaba vestir bien e ir perfumado. Y su padre nunca le negaba nada. Era su ojito derecho y ella lo sabía.

Tenía que reconocer que para ir a trabajar debían vestir bien. Y en los veranos había trabajado duro codo con codo con su padre y todos los veranos, había viajado y hecho cursos de inglés e italiano.

Todo le parecía poco para la educación de su hijo a Lucas, y estaba segura de que haría lo mismo con sus hijas en el futuro.

Trabajaba duramente, como ella para que sus hijos en cuestión de educación, no les faltase nada.

Su padre lo estaba preparando bien y estaba muy orgulloso de él y del hombre en el que se estaba convirtiendo y ella también.

A la vuelta de hacer el Master, trabajaría con su padre en la empresa, que se había convertido en una de las más punteras y nunca faltaba trabajo.

Ya hablaba inglés e italiano perfectamente con los cursos que había hecho en verano y con su padre la mayoría del tiempo, hablaban en inglés, italiano, cuando ella no estaba presente.

También tenía muchas nociones de francés que aprendería con más probabilidad, al volver del Master.

Y ese era un consuelo que ella tenía, que todos estarían cerca cuando terminara el Master, que estaría trabajando con su padre en la empresa.

Había hecho todos los años prácticas y sabía ya casi todos los entresijos y todo el conocimiento que su padre le había enseñado.

Pero seguro que su padre lo mandaría a viajar en su lugar. Se lo dijo. Él estaba cansado y cuando volviera su hijo y estuviese un par de años viajando con él, lo dejaría solo al cargo de la empresa en cuestión de viajes.

Así, él podía quedarse en casa con ella y con las niñas, no viajar tanto y preparar a su hijo para llevar los asuntos en el extranjero.

Su hijo, le había pedido la casa de su tía para independizarse a la vuelta y ella comprendía que debía tener su espacio, suponía que necesitaba intimidad para estar con chicas y libertad. Además tendría un buen sueldo y podría mantenerse.

Pero estaría bastante por casa. Vivían cerca.

Se la pintarían, haría algunos arreglos y la modernizaría. Y le pondrían muebles nuevos antes de que viniera.

Su padre, ya estaba manos a la obra. Tener proyectos para sus hijos era su prioridad. Y con Lucas, nunca se escatimaba en gastos.

Era su niño mimado, su ojito derecho. Lo cual no hacía que quisiera menos a sus hijas, pero eran pequeñas aún, le darían trabajo cuando crecieran. Pero a él le encantaba su familia.

No le importaba a Reme que se independizara Lucas. Su hijo, estaba cerca, y tendría veintitrés años cuando volviera de Nueva York.

La vida tenía que seguir su curso, pero seguro lo tendría más en casa que en la suya y si salía con alguna chica, aumentarían la familia en una más. Le gustaba tener la casa llena de gente.

Las niñas, Alba y Jimena, con cuatro años, eran terremotos. Habían entrado al cole el año anterior.

Y se pasaban todo el día dibujando y llevándole los dibujos a su padre y éste jugaba con ellas, con infinita paciencia.

La empresa de Reme, iba viento en popa. Estrella se había casado, pero seguían trabajando juntas.

Por fin habían comprado vehículos para la empresa y la vida le sonreía. Tenía un buen dinero ahorrado para la Universidad de las chicas y estaba en plan ahorrativo para comprar una casa a cada una cuando fueran mayores.

Cuando el avión partió, él la abrazó con ternura. Reme lloró emocionada, pero sabía que los hijos deben volar libres y hacer su vida, como ella lo hizo en su tiempo.

Salvo que su hijo, no estaría solo jamás. Ahora tenía a sus dos padres y no le faltaría nada, ni en lo económico ni emocionalmente.

—Vamos Reme, no llores más, un año pasa volando y debemos dejar a nuestro hijo independizarse. No le faltará nada allí. Le mandaremos una mensualidad y ya verás que aprovecha el idioma que es importante —le decía para que no sufriera ni se preocupara—. Además se queda a dormir en la Universidad. Le va a venir muy bien. Recuerda que yo estuve cuatro años y era más joven que él y recuerda tú que eras una adolescente y ya estabas trabajando sin nadie que te ayudara. Afortunadamente nuestro hijo nos tiene a nosotros —él la abrazaba con ternura.

—Ya lo sé, tienes razón en todo, pero lo echaré tanto de menos... un año, es tanto tiempo...

—Hablaremos todos los días con él. Y ya te he dicho que haremos todo lo posible porque pase la Navidad con nosotros si quiere, y si quiere ver la navidad en Nueva York, que la vea. De todas formas, No puede pasar sin las niñas, parece su padre.

—Sí —dijo sonriendo, pero con lágrimas aún en los ojos—. Te ha quitado el puesto de

protector.

—Así me dedico yo a su madre. Ahora lo echaré yo de menos a él.

Cuando desapareció por la puerta de embarque, salieron los dos en busca del coche al parking. No habían llevado a las gemelas al aeropuerto porque eran pequeñas y estaban en el cole.

—¿No te cansas de mí? —le preguntó mirándolo mientras volvían los dos en coche. Y pensando en los cinco años de felicidad que llevaban viviendo juntos.

—De ti, nunca jamás. Eres el amor de mi vida. Mi familia y la razón por la que me levanto todas las mañanas. Estoy enamorado de ti desde siempre y eso no va a cambiar nunca.

—¡Poeta!

—¡Fea!

—Has sido un padre increíble y un marido maravilloso todos estos años. El miedo que tenía al principio se me ha pasado con creces y no me arrepiento de haber creído en ti y en tu confianza en lo nuestro. Soy muy feliz. Y te amo.

—Yo, también te amo guapa. ¿Pasamos por casa antes del trabajo?

—Está Marta aún en la casa —le dijo con cara de interrogación.

—¡Vaya por Dios! —dijo enfadado.

—Luego, cuando las niñas se duerman.

—¿Y si pasas por mi despacho? Está al lado de tu trabajo. Podemos hacer manitas. Lo cierro, digo que no me molesten...

—Tu secretaria lo va a saber.

—Mi secretaria es una tumba.

—¿Y si la mandas a hacer algún recado?

—¡Qué buena idea! No se me había ocurrido.

Paró en el despacho y subieron juntos, mandó a su secretaria a hacer un par de recados y cerró con llave el despacho.

La cogió en volandas y la sentó en la mesa. Le subió la falda y le apartó a un lado, las braguitas esas tan minúsculas que desde que había recuperado la figura se ponía y lo volvía loco. Le había dado por la ropa interior. Y a él, le encantaba.

Apartó lo que le estorbaba en la mesa.

Se bajó los pantalones y la penetró con fuerza y calma en la mesa del escritorio. Le tapó un grito con la boca. Se movía en ella con pasión y tuvieron un orgasmo espectacular.

Era difícil volver a la normalidad, después de comportarse como dos adolescentes.

Media hora después, su secretaria no había vuelto y ella no se había ido, porque tenía otros planes.

—Llama a tu secretaria —le dijo Reme.

—¿Para qué? —Le preguntó él intrigado.

—Quiero saber cuánto va a tardar.

Lucas la llamó y le dijo que tardaría media hora más.

—Media hora —le dijo Lucas.

—Me da tiempo. — dijo Reme.

—¿Tiempo de qué? —Le preguntó interrogante.

—Siempre he querido hacer algo. Lo he visto en las películas

Y se fue donde él se había sentado, en el sillón de su despacho, puso las rodillas en el suelo y le abrió las piernas.

Le bajó de nuevo la cremallera de los pantalones. Le sacó el miembro que iba creciendo,

largo y duro y empezó a chuparlo y a lamerlo, debajo de la mesa, de forma que si alguien entraba, no se la veía.

—Miedo me das. ¿Qué querrás hacer? Remeeee... Por Dios.

—Calla loquito, te voy a hacer algo que siempre quise hacer, ya lo sabes.

Y él se agarraba a los brazos del sillón con fuerza.

—¡Dios Reme! Eres de lo que no me esperaba. Eres una depravada, mujer.

—¿En serio? ¡Pídeme que siga! Esta depravada va hacerte algo espectacular.

—Casi no puedo hablar cielo...

—¡Pídemelo pequeño!

—¡Sigue, sigue, sigue! Oh Dios, sí...

Él gemía y temblaba bajo su boca. Le cogía la cabeza y echando la suya atrás en un movimiento de excitación, fue lo más sensual y erótico que nadie le hizo en su despacho jamás.

Su mujer estaba loca, pero si era por él, se lo perdonaba. Había aprendido demasiado desde que hace cuatro años probó el sexo y estaba siempre en plena adolescencia.

Lucas estaba llegando al límite...

—Pequeña, ya, oh Dios...

Y al avivar del viento, derramó en ella... jazmines blancos.

Table of Contents

[Otoño sobre la Arena](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)